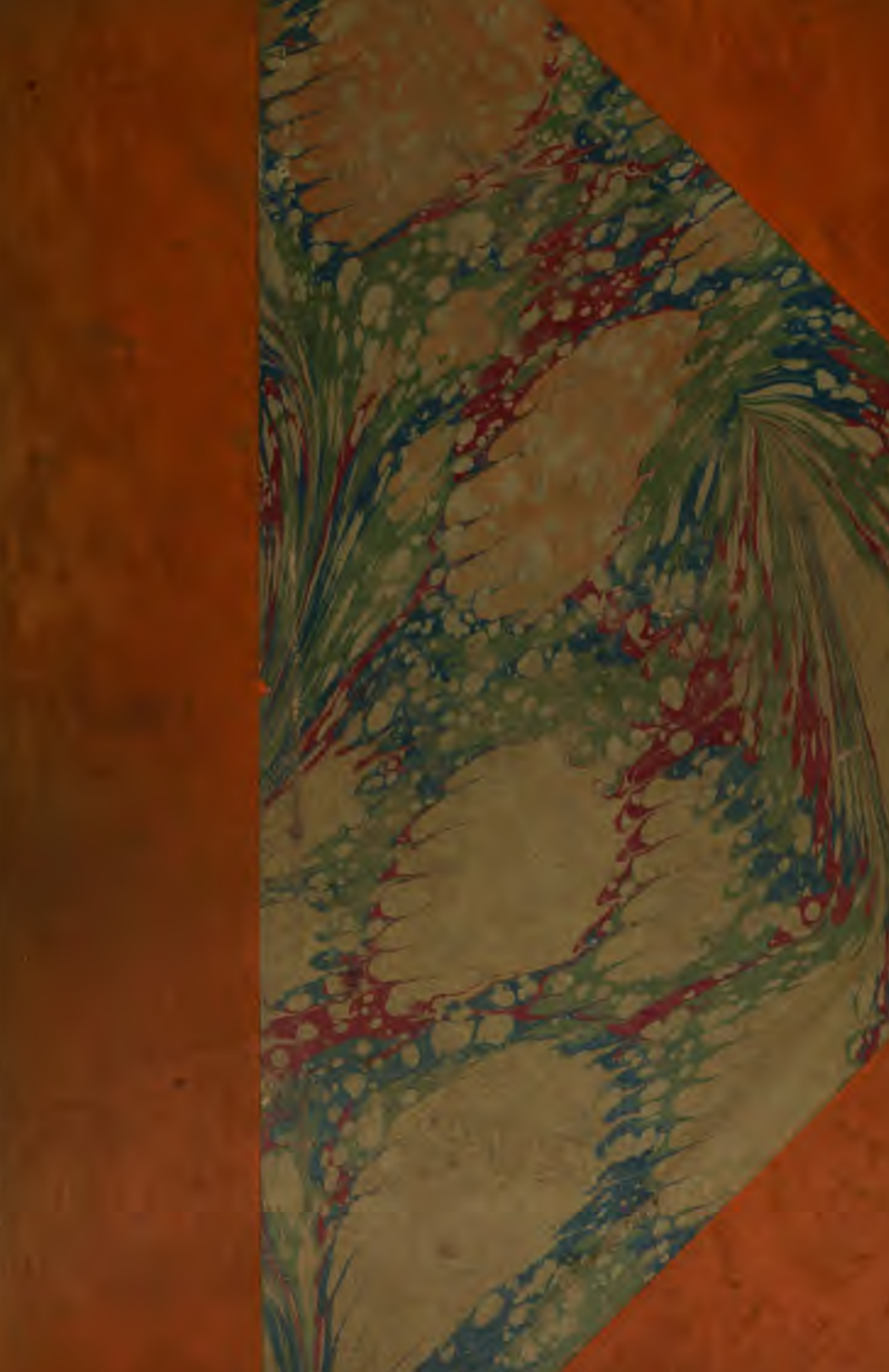
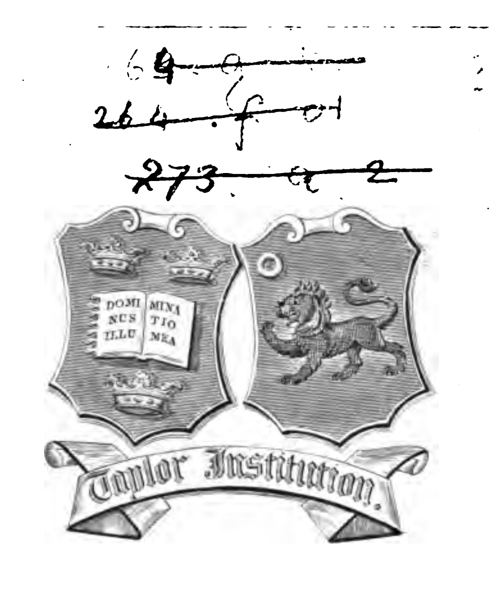
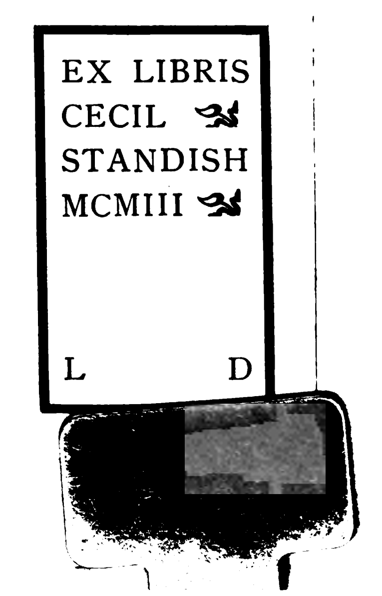



DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.


EX LIBRIS
CECIL
STANDISH
MCMIII
L D

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

CUARTA EDICION

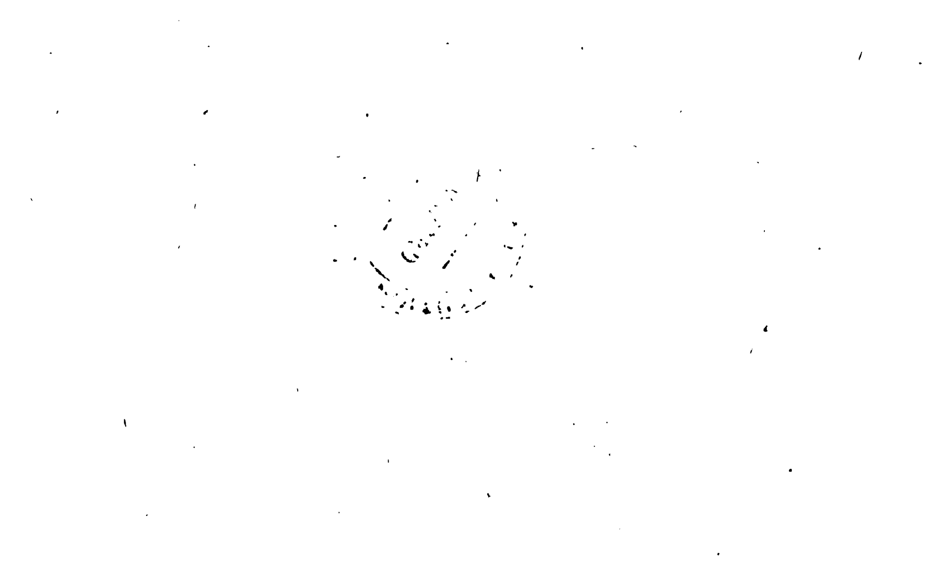
CORREGIDA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.

TOMO I.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1819.



PRÓLOGO

DE LA ACADEMIA.

En el año de 1780 publicó la Academia Española su magnífica edicion del INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA en cuatro tomos en 4.° mayor, acompañada de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, su autor, y del Análisis de la fábula, escritas una y otra con singular juicio, erudicion y gracia por su individuo de número D. Vicente de los Rios, y adornada con estampas y otros dibujos de los mejores profesores de aquel tiempo. El intento de la Academia fue desagraviar la memoria del ilustre Cervantes, poco honrada hasta entonces entre sus compatriotas, haciendo una edicion digna de libro tan apreciable, y promover el estudio de la lengua castellana, ofreciendo correcto y mejorado uno de sus principales textos y modelos. Para que el fruto fuese mas general y fácil publicó posteriormente las dos ediciones de 1782 y 1787 en 8.°, hechas á menos costa, pero con igual correccion, adornadas tambien con estampas, y acompañadas de la vida de Cervantes y del análisis del QUIJOTE.

La Academia, no limitando su zelo á esta empresa, meditaba extenderla á otras obras de Miguel de Cervantes y de los mas celebrados escritores castellanos. Habia consagrado á la ejecucion de este pensamiento parte del tiempo que le permitian sus tareas ordinarias, y señaladamente la revision y aumento del Diccionario, objeto preferente de su instituto; pero todo quedó suspendido con motivo de las novedades que ocurrieron en el estado interior del reino durante el año de 1808 y siguientes.

Cuando se restableció la paz en el de 1814, tuvo la Academia que dedicar enteramente sus esfuerzos á la urgente impresion del Diccionario de la lengua castellana; y el público disfruta ya desde el año 1817 de la quinta edicion de esta importante obra, hecha con algunas adiciones y mejoras.

Desembarazada la Academia de este cuidado volvió desde luego la atencion á su anterior proyecto de publicar las obras castellanas de mayor mérito en verso y prosa. Su plan es y ha sido desde los principios hacer ediciones cómodas y decentes, distantes de ambos extremos de mezquindad y de lujo, y so-

bre todo correctas, ajustándolas á las impresiones primitivas, y cotejándolas con las antiguas copias manuscritas, si las hubiere. Piensa ilustrarlas con las vidas de los autores, juicios críticos de sus obras, noticia de sus ediciones, y demas particularidades que puedan interesar á la historia literaria, y contribuir á la mayor comodidad, placer y provecho de los lectores. Finalmente todas las ediciones serán iguales en el tamaño, caracter de letra y adornos; á fin de que los curiosos puedan, si quieren, juntar una coleccion uniforme de lo mejor que se ha escrito en nuestra lengua. Esta multiplicacion de buenos modelos derramados copiosamente por todas partes, es en el concepto de la Academia el medio mas eficaz para propagar y mantener el buen gusto, la pureza y la elegancia del habla comun, y precaver los daños de la ignorancia, de las malas traducciones y de los resabios extrangeros, que van desfigurando mas cada dia nuestro idioma.

Las poesías de Garcilaso de la Vega, de Bernardo de Valbuena y del bachiller Francisco de la Torre; la Araucana de Ercilla, la historia de la guerra de Granada por Mendoza, y las tres Vidas

selectas y algunos tratados del P. Rivadeneira, son las obras que hasta ahora han dado ocupacion á la laboriosidad de la Academia. Repartidas entre sus individuos segun la aficion é inclinacion particular de cada uno, ó encargadas á varios de ellos reunidos, pero siempre con sujecion al examen y aprobacion comun del cuerpo, estan mas ó menos adelantadas segun las circunstancias y proporciones; algunas se estan ya imprimiendo, y concluidas que sean, seguirán otras. Pero entre todas ha mirado la Academia con especial predileccion las de Cervantes. Por ellas ha querido dar principio á su coleccion, asignando el primer lugar, como era justo, al Ingenioso Hidalgo.

Esta nueva edicion académica no es mera repeticion de las anteriores. Difiere de ellas en el plan que se ha seguido para la correccion del texto, en las notas con que se le ha ilustrado, y en la vida de su célebre autor, que ahora se publica.

Sabida cosa es que Cervantes, despues de haberse dado á luz la primera parte del Quijote en Madrid el año de 1605, mientras se hallaba establecido en Valladolid, volvió á imprimirla en el de 1608, corrigiendo y retocando algunos

pasages. Esta es la edicion que la Academia ha elegido para texto de la actual, considerándola como la postrera voluntad de su autor, y como acreedora á obtener la preferencia sobre la primera, que ni se hizo á su vista, ni recibió su última mano. Sin embargo la Academia ha confrontado cuidadosamente la presente edicion, no solo con la primera, sino tambien con la segunda que se hizo en Madrid el mismo año de 1605, y por el mismo impresor Juan de la Cuesta: edicion que por esta igualdad de circunstancias no se habia discernido bien de la otra hasta ahora que se han tenido entrambas á la vista. No ha sido inutil este trabajo, porque ha producido algunas correcciones que no alcanzaron los editores, que confundiendo las dos impresiones, solo consultaron la una.

De la novedad en la eleccion de original para la primera parte ha resultado necesariamente la de las variantes, que la acompañan. En las ediciones precedentes la Academia, deseosa de que no careciesen de las enmiendas hechas por Cervantes, expresó por separado las lecciones en que la impresion de 1608 se diferenciaba de la primitiva de 1605:

convertidas ahora estas variantes en texto, se expresan por separado las diferencias de las dos ediciones del año de 1605.

En cuanto á la segunda parte del Quijote no cabe duda ni eleccion en la del original que debe seguirse. Una sola vez se publicó en vida de su autor, que fue en el año de 1615, pocos meses antes de su muerte; y esta por consiguiente es la única edicion que puede mirarse como reconocida y autorizada por Cervantes. Las variaciones que se advierten en las ediciones hechas poco despues en Valencia, Bruselas, Lisboa y Barcelona fueron arbitrarias, por cuya razon la Academia las ha desatendido, adoptando solo algunas que son visiblemente enmiendas de pasages ó palabras viciadas.

Se notan en efecto con bastante frecuencia descuidos tipográficos en las primitivas ediciones: negligencia y desaliño, harto comun en nuestras imprentas de aquel tiempo, que ha prestado materia al zelo de los que han aspirado despues á publicar el Quijote sin estas imperfecciones y defectos. Asi lo hizo el doctor D. Juan Bowle en la edicion que imprimió en Salisburi el año de 1781. Este erudito ingles, que trabajó por es-

pacio de muchos años en prepararla, formando copiosos índices, y anotando los pasages en que Cervantes alude á los antiguos escritores latinos, á los modernos poetas italianos, y á los diferentes libros de caballerías; indicó con una sagacidad digna de admirarse en un extrangero alguna que otra correccion del texto. Imitóle despues D. Juan Antonio Pellicer, el cual comprobando y extendiendo las observaciones de Bowle, y aun disfrutándolas alguna vez mas de lo justo, añadió muchas notas por lo respectivo á las costumbres españolas y á varios personages y sucesos, haciendo tambien en la leccion algunas enmiendas felices é ingeniosas. Y la Academia, tributando el debido honor á la penetracion y crítica de ambos comentadores, se ha aprovechado oportunamente de sus luces para mejorar el texto de la fábula.

Estos son los auxilios que la Academia ha disfrutado en la presente edicion. Porque las notas festivas del caballero Edmundo Gayton, impresas en Lóndres el año de 1654, son inútiles para la inteligencia y correccion de la obra, y aun por lo comun poco decorosas y reflexivas. Las que acompañan á la edicion del

Sr. Ideler en Berlin el año de 1804, y á la de Paris de 1814, son todas tomadas de las de Pellicer y de Bowle, únicos ilustradores beneméritos del QUIJOTE. Á ejemplo suyo, aunque no con tanta extension, la Academia ha añadido en la edicion actual algunas breves notas, ya sobre alusiones á la vida del autor ó sucesos de su tiempo, ya sobre sus imitaciones de autores clásicos, ya sobre la etimología de algunas palabras árabes, ú otras exóticas de que usó Cervantes, ya sobre los motivos de las correcciones que se han hecho, ciñéndose siempre á lo preciso, y huyendo de repetir lo que han observado otros.

A estas notas, que se han colocado al fin de los tomos respectivos, indicándolas con los correspondientes reclamos en el discurso de la obra, ha agregado la Academia la nueva vida de Cervantes, que ha escrito con mucha diligencia, y aumentado por medio de laboriosas investigaciones y de varios documentos inéditos, el académico de número D. Martin Fernandez de Navarrete. La Academia la ha juzgado digna de publicarse, aunque sin responder de las opiniones que en ella se manifiestan; y la ha pre-

ferido para la edicion presente á la que escribió D. Vicente de los Rios, sin perjuicio del justo crédito de esta, por las particularidades desconocidas hasta ahora que contiene acerca de las cosas de Miguel de Cervantes, y por el interes que su erudito autor ha sabido darle enlazándola con la historia militar, política y literaria de su tiempo, é ilustrando varios puntos con originalidad y acierto.

Para que puedan disfrutar de este nuevo monumento, erigido á la fama póstuma de Miguel de Cervantes, los que posean otras ediciones distintas del Quijote, ha dispuesto la Academia que se impriman y vendan ejemplares sueltos, posponiendo en ello su interes á la comodidad y beneficio del público.

Como la nota de diminuta, que los descubrimientos posteriores imponen á la vida de nuestro autor escrita por Don Vicente de los Rios, no alcanza al juicio crítico de la fábula, ni al plan cronológico é itinerario escritos por el mismo, ha creido la Academia que cederia en obsequio de los aficionados al estudio de nuestra literatura el incluirlos, como lo ha hecho, al principio de la edicion, agregando tambien el mapa geo-

gráfico con que salieron las precedentes.

Para que en nada desmerezca de ellas la actual se han grabado veinte estampas de asuntos diversos de los publicados hasta ahora, no solo por la Academia, sino tambien por otros editores tanto nacionales como extrangeros. Con el fin de lograr la uniformidad necesaria en esta materia para la perfeccion, los dibujos son todos de mano del acreditado profesor D. Josef Ribelles. En el grabado no ha habido igual fortuna: las diez primeras estampas estan grabadas con mucha maestría por D. Tomas Lopez Enguídanos; y no habiéndole permitido la muerte continuar la empresa, la ha concluido D. Cárlos Blanco, desempeñando con habilidad las diez estampas restantes. Finalmente el grabador de Cámara de S. M. D. Blas Ametller ha dibujado y grabado nuevamente por el cuadro que posee la Academia el retrato de Miguel de Cervantes; y lo ha hecho, como verá el público, con la felicidad correspondiente á la reputacion que goza dentro y fuera de España entre los profesores de las Bellas artes, y con el esmero que pedia de justicia la memoria del inmortal autor del QUIJOTE.

JUICIO CRÍTICO

Ó

ANÁLISIS DEL QUIJOTE,

POR EL TENIENTE CORONEL

D. VICENTE DE LOS RIOS, ACADEMICO DE NUMERO.

ARTÍCULO PRIMERO.

PRINCIPIOS EN QUE SE FUNDA ESTE ANÁLISIS.

La mayor parte de los autores que celebran el QUIJOTE se han empeñado mas en darle elogios generales, que en formar un análisis exacto que descubra clara y distintamente su plan, su caracter y objeto. Esta empresa, aunque árdua y dificil, es indispensable en el presente discurso, por ser el medio mas adecuado y oportuno para manifestar cada una de las excelencias de la obra y todo el mérito de su autor.

2 El modo mas obvio y natural de calificar las obras de ingenio es compararlas con otras del mismo arte y de la propia especie. La emocion y placer que siente un lector instruido y sabio en la *Eneyda* de Virgilio le sirve de regla para juzgar la *Jerusalen* del Taso ó el *Paraiso* de Milton, por la semejanza ó desproporcion que encuentra entre estas obras comparadas con la primera. La fábula del QUIJOTE, original y primitiva en su especie, no puede sujetarse á este juicio, porque no hay

otra con quien compararla. Cervantes está en el mismo caso que Homero; y las reflexiones que se saquen del arte y método observado por este autor en el QUIJOTE, servirán de regla para juzgar las demas fábulas burlescas, asi como las observaciones hechas por Aristóteles sobre la Ilíada y Odisea fueron el fundamento de las leyes que este sabio filósofo dió en su Poética á las fábulas heróicas.

3 Para encontrar los verdaderos principios en que debe fundarse el juicio del QUIJOTE, es preciso recurrir á las fuentes del buen gusto, y descubrir en ellas el modo mas natural y agradable para divertir el espíritu y mover el corazon humano, imitando la accion de un personage ridículo y extravagante. Este presenta desde luego á la imaginacion de los lectores la idea de un héroe, á quien el autor atribuye una sola accion con un determinado fin, lo que igualmente sucede en las fábulas épicas: por consiguiente los principios generales de estas fábulas pueden servir tambien para hacer juicio del QUIJOTE, no perdiendo nunca de vista en su aplicacion la diferencia que debe haber entre contar naturalmente la accion ridícula de un héroe burlesco, cuyo ejemplo debemos huir, ó referir poéticamente la accion maravillosa de un verdadero héroe, á quien por precision hemos de admirar.

4 Con esta limitacion se puede comparar Cervantes á Homero. Ambos fueron poco estimados en sus patrias, anduvieron errantes y miserables toda su vida, y despues han sido objeto de la admiracion y del aplauso de los hombres sabios en todas las edades, paises y naciones. Siete ciudades poderosas disputaron entre sí el honor de haber servido de cuna á Homero, y seis villas de España han litigado el derecho de ser patria de Cervantes. Ambos fueron ingenios de primer orden, nacidos para ilustrar á los demas, y para fundarse un im-

perio particular en la república de las letras. Uno y otro sacaron sus invenciones del tesoro de la imaginacion con que los habia dotado la naturaleza; pero Homero remontando su vuelo presentó á los hombres toda la magestad de sus dioses, toda la grandeza de los héroes, y todas las riquezas del universo. Cervantes menos atrevido, ó mas circunspecto, se contentó con retratarles al natural sus defectos, tirando al centro del corazon humano las líneas de su instruccion, y adornándola con todas las gracias que podian hacerla amable, provechosa y suave. Aquel sacó á los hombres de su esfera para engrandecerlos, y este los encerró dentro de sí mismos para mejorarlos. En Homero todo es sublime, en Cervantes todo natural. Ambos son en su línea grandes, excelentes é inimitables: pero en esta parte conviene mejor á Cervantes que á Homero el elogio de Veleyo Patérculo, porque efectivamente, ni antes de este español hubo un original á quien él imitase, ni despues ha habido quien sepa sacar una copia de su original imitándole. Por esto los literatos, que han visto la multitud de volúmenes escritos en alabanza de Homero, disimularán con facilidad la prolijidad de este análisis: en el cual es preciso, antes de formar juicio del Quijote, dar una idea de los principios en que debe fundarse, y aplicarle despues con individualidad las reglas que resulten de ellos. De este modo no solo servirá de ilustracion á los lectores para conocer y apreciar esta obra, sino tambien les dará luz para calificar el mérito de las demas fábulas burlescas.

5 Los principios generales que pueden aplicarse á la fábula del Quijote, igualmente que á las heróicas, se encuentran con mayor facilidad observando sencillamente la naturaleza y fin de las mismas fábulas, que estudiando las varias obras di-

dácticas escritas sobre este asunto, cuyas ideas vagas, informes y opuestas entre sí sirven mas para confundir el entendimiento, que para ilustrarle. La sana razon enseña que los preceptos de las artes deben ser breves, claros, sencillos y deducidos todos de un principio fijo y determinado, cual es, que las obras del arte sean medio preciso y seguro para que el artista logre el fin que se propuso.

6 El fin de todos los fabulistas sensatos y juiciosos consiste principalmente en instruir deleitando: fin muy util á la sociedad, porque destierra de ella el ocio con el entretenimiento, y los démas vicios con la enseñanza. El deleite ocupa el espíritu, previene la atencion de los lectores, y los precisa á que reciban con gusto la enseñanza disfrazada con la máscara de la ficcion, y dorada con la novedad de lo maravilloso ó de lo ridículo: extremos ambos, que bien manejados embelesan y suspenden el ánimo, porque le sacan de la esfera de los sucesos comunes y ordinarios de la vida, con los que ya estamos familiarizados. De que se sigue que el objeto de la fábula debe ser á propósito para agradar á los lectores, á fin de que por su medio consiga el autor instruirlos.

7 El objeto de la fábula es la basa en que estriba todo el edificio de ella, y la idea que regla su arquitectura. El cuerpo ó el todo de la obra no es otra cosa que esta misma idea desenvuelta y delineada por menor con todas sus circunstancias: por consiguiente el deleite y placer, que está como encerrado y contenido en el objeto de la fábula, debe manifestarse clara y distintamente á los lectores en el todo de ella y en cada una de sus partes, creciendo y aumentándose desde el principio hasta el fin, ó á lo menos sosteniéndose con igualdad en toda la obra.

8 Las reglas fijas para lograr este agrado de los

lectores proceden de la naturaleza del espíritu humano, cuyo placer, deleite é instruccion se solicita en las fábulas.

9 Nuestro espíritu es naturalmente curioso, inconstante y perezoso. Para agradarle es indispensable incitar á un tiempo mismo su curiosidad, prevenir su inconstancia y acomodarse á su pereza. Todo lo que es raro, extraordinario, nuevo y de un éxito dudoso é incierto, mueve la curiosidad del espíritu: la simplicidad y unidad convienen á su pereza, y la diversidad y variedad entretienen su inconstancia. De esta discreta observacion de Fontenelle se deduce con evidencia que para agradar á los hombres es necesario unir estas tres cualidades en el objeto que se les presente.

10 Esta reflexion y las anteriores dan la verdadera norma para formar juicio de las fábulas agradables é instructivas. El autor ha de elegir un objeto propio y apto para deleitar á los lectores y conducirlos insensiblemente al fin que se propone. De este objeto debe deducir una accion sola, completa, de proporcionada duracion, que excite la curiosidad, y sea verosímil y variada con otras acciones subalternas, ó episodios enlazados naturalmente con ella. Los actores han de ser conformes á la accion, dependientes del héroe ó principal actor, todos de diverso caracter, y constantes en su diversidad. La narracion de la accion, que es el todo, ó cuerpo de la fábula, debe ser hermosa, dramática y dulce. Últimamente el estilo ha de ser puro, enérgico y conveniente al asunto de la fábula. Observando estas reglas formará un todo capaz de mover la curiosidad del lector, variado y uniforme, correspondiente al objeto de la fábula, y á propósito para la moral que quiera enseñar en ella. De la novedad en el objeto elegido resultará la fábula original, de la discrecion en la

moral útil, y de las otras circunstancias agradable. El mérito de Cervantes, y la destreza con que supo unir y manejar estas tres cualidades, se manifestará palpablemente aplicando las referidas observaciones al QUIJOTE, para hacer juicio de esta obra, de la que solo se notarán aquellas gracias ó perfecciones mas exquisitas ó mas ocultas, pasando en silencio muchas, que ningun lector dejará de percibir aunque no las conozca.

ARTÍCULO II.

NOVEDAD DEL OBJETO DEL QUIJOTE.

11 La eleccion de Cervantes en el objeto de esta obra fue tan acertada, que solo el título de ella presenta desde luego al lector en el ridículo caracter del héroe la idea y el objeto de una fábula, no solamente nueva y original, sino tambien mas agradable é instructiva por su naturaleza, que las otras fábulas cuyo asunto es heróico, y su moral séria é indeterminada.

12 La mayor parte de los sabios creen que el fin de los autores de estas fábulas no es enseñar á los hombres una verdad sola, sino darles un tratado completo de moral: é igualmente convienen en que el objeto de las mismas fábulas es excitar la admiracion de los lectores con la union de lo maravilloso y heróico. Por consiguiente el deleite y placer que se siente en su leccion debe resultar precisamente de la claridad y distincion con que el lector penetre la mutua dependencia de las acciones de los héroes con el influjo y decretos de las deidades: conocimiento y placer reservado al corto número de personas sabias, capaces de leer estas obras con inteligencia: el resto de los hombres ni las entiende, ni las aprecia, ni las lee, ni las co-

noce. La moral, la enseñanza y los ejemplos que encierran para instruccion de los lectores, tienen igual limitacion, y solo pueden aprovechar á alguno de estos, de los cuales verosímilmente ninguno ha corregido sus costumbres movido de los sanos consejos de la Ilíada ó Eneyda. El poco efecto de estas instrucciones pende precisamente del caracter de las mismas fábulas y de la índole del corazon humano. Homero, padre y maestro de todas ellas, eligió para las suyas dos asuntos heróicos: los demas á su imitacion han hecho lo mismo; y por tanto sus consejos, sus moralidades y ejemplos son generales, serios, aplicados á personas de alta clase, y por lo comun á príncipes, cuyos defectos, por pequeños que sean, son muy perjudiciales á la sociedad, y sus resultas trágicas y lastimosas. Por otra parte el corazon humano, naturalmente inclinado á la felicidad, al ocio y á la libertad, oye regularmente cón disgusto las reprensiones generales que le comprenden, escucha con repugnancia el tono magistral de los consejos serios, mira con despego los sucesos trágicos, y ve con indiferencia los ejemplos de la miseria humana en personas de otra esfera y clase distinta, porque se persuade que jamas podrá hallarse en igual situacion ni peligro. De aqui proviene que la moral de estas fábulas no hace mas que una impresion pasagera en el ánimo de los lectores, la cual se desvanece y acaba con la misma leccion, sin dejar estampado en su ánimo rastro alguno que pueda contribuir despues á la correccion ó enmienda general que sus autores solicitaron.

13 Todo es al contrario en el QUIJOTE. El fin principal de Cervantes fue la correccion de un vicio solo; pero de un vicio arraigado y altamente impreso en el vulgo, que estaba infatuado con el falso pundonor de la caballería andante, y con las

perniciosas historias que contenian las extravagantes proezas de sus imaginados héroes. Para lograr este fin le sugirió su ingenio original un medio nuevo y jamas intentado de otro alguno. Eligió por objeto de su fábula excitar la risa y diversion de los lectores, pintándoles en ella un caballero andante tan desvariado y fanático, que sola su idea y su nombre hicieron ridícula y despreciable aquella caballería tan aplaudida. El vulgo mismo avergonzado de su error derribó el ídolo luego que le vió tan graciosamente representado al natural.

14 Este medio, hallado por Miguel de Cervantes en la república literaria para corregir los vicios de la civil, es mas llano, mas popular y menos elevado que el de Homero y sus imitadores; pero por lo mismo es mas fuerte, mas poderoso para contrastar y vencer el caracter y complexion de la multitud, y mas adecuado al temple del corazon humano. Todos los hombres tenemos una secreta propension á la sátira y á la burla, y todos somos tambien naturalmente inclinados á la imitacion y al remedo: asimismo el amor propio, que es la pasion mas dominante y mas profundamente grabada en nuestro corazon, nos fuerza insensiblemente á creernos superiores á los demas de nuestra especie, y consiguientemente á disimular las faltas propias, y á descubrir y notar las agenas. No hay escena alguna en el teatro de la vida donde logre nuestro amor propio mayor complacencia que en la representacion satírica, ó en el remedo burlesco de un vicio, y mucho mas si está contraido á una determinada persona. En ella encontramos dos gustos, el de ver lo ridículo de los vicios, y el de verlo aplicado á otro sugeto distinto. Esto nos hace estar atentos á la representacion, fija las gracias y circunstancias de ella en nuestro ánimo, y nos mueve á desviar y apartar lejos de

nosotros la ridiculez que en otros nos ha provocado á risa. Igualmente aquellos pocos á quienes el mismo amor propio les permite que se conozcan poseidos de aquel vicio, y comprendidos en la burla y remedo, nó solo no se atreven á continuarlo, sino que lo evitan con cuidado, temiendo hacerse objeto de la risa de los demas, y parecer en público como retratos de aquel original. Asi por este medio de contrahacer y remedar los defectos como ridículos y dignos de la risa y desprecio comun, se consigue un deleite y pasatiempo general, y una correccion aun mas general que el mismo deleite.

15 Este placer y enseñanza fueron los efectos que causó el QUIJOTE, purgando con el eléboro de la risa las cabezas tercas y obstinadas que habian resistido al poder de las leyes civiles, y á las vigorosas y serias impugnaciones de la moral. La experiencia ha manifestado que este específico, tan diestramente aplicado por Cervantes, no tiene solo el mérito de la novedad, sino al mismo tiempo una fuerza irresistible á la dolencia, y un gusto naturalmente acomodado al paladar de los enfermos.

16 La union de estas circunstancias en el objeto del QUIJOTE acredita la eleccion de Miguel de Cervantes; pues en fuerza de ella abrió desde luego á su ingenio una senda tan original como la de Homero, y mucho mas acomodada para encaminar por ella á los hombres hácia su utilidad y deleite: eleccion discreta, oportuna y peculiar de los grandes maestros, que saben dar todo el realze posible á sus obras con una sola pincelada.

ARTÍCULO III.

CUALIDADES DE LA ACCION.

17 De este objeto escogido con tanto acierto dedujo Cervantes la accion de su fábula, que es la locura de D. Quijote: al modo que la de la Ilíada es la ira ó cólera de Aquiles. Aristóteles dice que Homero, asi como en las demas cosas fue excelente, tambien conoció lo mejor en la unidad de sus fábulas, porque en la Ilíada y Odisea no finge todas las cosas que sucedieron á Ulises y Aquiles, sino solo aquellas que pueden constituir una sola accion. Del mismo modo Cervantes no fingió toda la vida de D. Quijote, sino únicamente aquella parte de ella relativa á su locura, que es la única accion de la fábula. Por esta razon la comenzó desde el principio de la manía, y no desde el nacimiento de D. Quijote, á semejanza de Homero, que segun la discreta observacion de Horacio, no empezó por la muerte de Meleagro para referir la vuelta de Diomédes, ni tampoco la guerra de Troya desde el nacimiento de Cástor y Pólux. Los que han aplaudido el Gerundio como una obra comparable al QUIJOTE pueden aplicarle esta y las restantes observaciones, y conocerán cuán dificil es quitar la clava de la mano de Hércules.

18 La accion del QUIJOTE tiene tambien las circunstancias de completa y proporcionada en su duracion. Ya se sabe que una accion se llama íntegra ó completa cuando consta de principio, medio y fin. La Ilíada principia por la cólera de Aquiles, continúa con sus efectos, y finaliza con su satisfaccion; é igualmente en la fábula de Cervantes vemos nacer, crecer y acabarse la locura de Don Quijote.

19 La magnitud de la accion, ó la distancia que debe haber entre su principio y su conclusion, es lo que entendemos por duracion. Aristóteles la explica con una agradable metáfora. Cualquiera cosa hermosa que sea compuesta de diversas partes, dice este filósofo, no solo debe estar bien ordenada, sino ser tambien de una congruente magnitud, pues la hermosura consiste en la proporcion y el orden. Por lo cual asi como no puede parecer hermoso un animal demasiadamente pequeño, porque se hace imperceptible á la vista y la confunde, asi tampoco podrá parecerlo el que fuere en extremo grande; porque la vista no puede comprenderle de una vez; antes bien aquel todo huye y se oculta á la consideracion de los que le contemplan. Este ejemplo, aplicado á la accion de la fábula, manifiesta que su magnitud y duracion deben arreglarse de modo que ejerciten la atencion del lector sin confundirle.

20 Homero es alabado justamente por la sabia economía con que limitó la duracion de la Ilíada á solos cuarenta y siete dias, resultando de esta corta duracion la proporcionada magnitud de la fábula, y la facilidad para comprender toda su accion juntamente con los episodios, máquinas y demas ornamentos poéticos con que la varió y enriqueció. El Quijote, adornado con tanta diversidad de episodios y circunstancias agradables, tiene igual proporcion en la magnitud de su fábula, cuya accion dura solos ciento sesenta y cinco dias.

21 La unidad y competente duracion de la accion son cualidades acomodadas á la pereza de nuestro espíritu. La integridad, el interes y verosimilitud de esta misma accion son respectivas á su curiosidad: la integridad ó complemento de la accion la satisface, y el interes y verosimilitud la excitan y mantienen.

22. El interes nace de dos principios: ó de la naturaleza de la misma accion, ó de los estorbos que se oponen á la empresa del actor. El primero pertenece á la voluntad, porque nos mueve; y el segundo al entendimiento, porque nos divierte y entretiene. Nuestro corazon se interesa mas y siente mayor emocion cuanto mayor es la relacion que tiene con el actor que se le presenta en la fábula: porque cualquier hombre se complace mas en ver obrar y triunfar á un individuo de su misma especie, de su mismo pais y de su propia religion, que á otro á quien falte cualquiera de estas circunstancias. La accion de la fábula determina la especie de interes dominante en ella respecto á la situacion de los lectores: asi el interes de religion es el principal para los cristianos en la *Jerusalen* del Taso, el interes de nacion el que mueve mas á los franceses en la *Enríada*, y el interes de humanidad el que nos ha quedado solamente en la *Iliada* y *Eneyda*. Este es el mas esencial en cualquiera fábula, porque es el único que subsiste siempre, y que comprende á todos los individuos de la especie humana. La Ilíada es superior á las demas fábulas en este punto, porque su accion no es una empresa particular respectiva á esta ó la otra nacion; sino una pasion, una accion sacada del corazon humano, que por consiguiente interesa á todos los hombres en general.

23 El interes de humanidad varía relativamente al objeto de las fábulas. En las heróicas nos interesamos por la admiracion que nos causa la accion de un héroe á quien favorecen las deidades; y en las burlescas nos divertimos con la risa á que nos mueve la locura y extravagancia de un actor ridículo: aquella admiracion y esta risa son agradables á todos los hombres, y generales en ellos: consiguientemente la accion ridícula del QUIJOTE

interesa á toda la humanidad, como la heróica de la Ilíada, con la diferencia que la emocion causada por un objeto ridículo es mas natural y permanente, que la que resulta de la admiracion de un asunto heróico.

24 De esta observacion se infiere que la religion del héroe se mira con indiferencia en las fábulas burlescas, y que el interes de nacion obra en ellas al contrario que en las heróicas. En esta se aumenta á proporcion de la mayor inmediacion al héroe, y en aquellas se disminuye en la misma razon. La accion de Aquiles interesaba mas á los griegos que á los bárbaros, y mas á los mirmídones que á los otros griegos: la de D. Quijote interesó menos á los españoles que á los extrangeros, y menos á los manchegos que al resto de la nacion. La razon es obvia, porque todos los hombres nos atribuimos parte de la gloria de los que nos pertenecen, y procuramos evitar lo ridículo de ellos que se nos puede atribuir. De aqui nace que las fábulas heróicas son desde luego recibidas con aplauso por todos los nacionales del héroe, y las burlescas sufren siempre en su misma patria grandes persecuciones de aquellos que se creen retratos del actor original; pero esto mismo cede en aumento del interes de humanidad: porque al fin los opositores se enmiendan, la persecucion calma, y la fábula triunfa y conserva para siempre el principal mérito de agradar á todos los hombres, despues de haber corregido á algunos. En este caso está ya el QUIJOTE: el interes de nacion y de religion de su héroe son indiferentes como en la Ilíada, y ambas fábulas agradan por el interes de humanidad, que vivirá siempre.

25 El interes de la accion perteneciente al entendimiento es aquel que mueve su curiosidad por medio de los obstáculos opuestos al héroe. Los hu-

manistas llaman á estos obstáculos nudos, y al medio que sirve para vencerlos, desenlaze. De esta circunstancia proviene la diferencia entre las acciones ordinarias de la vida, y las extraordinarias de las fábulas. Aquellas para que sean completas, basta que tengan principio, medio y fin: estas para serlo y para interesar al lector, necesitan que su medio sea un nudo, y su fin el desenlaze ó solucion de aquel nudo. Todo hombre que lee una fábula pone su atencion en la empresa del héroe, y en los medios de que se vale para conseguirla: los obstáculos que impiden el logro de esta empresa incitan á un mismo tiempo el esfuerzo del héroe para sobrepujarlos, y la curiosidad del lector para ver el efecto que surten, hasta que llegando el fin ó desenlaze de la accion queda el esfuerzo del héroe triunfante, y la curiosidad del lector satisfecha.

26 Á mas del nudo principal de la accion debe haber en ella otros varios obstáculos menos considerables, que pongan al héroe en algun peligro, mantengan la curiosidad del lector, y varíen la fábula. La solucion ó éxito de estos lances ha de ser de modo que el héroe quede en salvo, y no en reposo, y la curiosidad del lector contenta, pero no satisfecha.

27 Todo obstáculo ó nudo es mejor mientras mas indisoluble parezca, y la solucion lo será tambien á proporcion que fuere mas sencilla y natural, y mejor deducida de la accion.

28 Los obstáculos nacen precisamente de la flaqueza ó ignorancia del actor. Cuando resultan de esta se disuelven con el conocimiento claro de lo que antes se ignoraba, y cuando provienen de flaqueza se vencen auxiliándola con una fuerza superior. Á la primera solucion llaman, en aquel idioma con que han querido oscurecer las artes, desu-

enlaze por *agnicion ó reconocimiento*; y á la segunda por *peripecia ó revolucion.*

29 Como el objeto de la fábula épica consiste en interesar á los hombres admirándolos, es necesario que los obstáculos opuestos al héroe sean de una dificultad extraordinaria y superior á sus fuerzas, y que los desenlazes provengan del concurso de las deidades. De este modo se aumenta sucesivamente la admiracion, se enlaza lo maravilloso con lo heróico, y lo extraordinario del nudo con la naturalidad y verosimilitud de la solucion.

30 Del objeto de la fábula burlesca se origina que su accion conste de una infinidad de nudos y desenlazes, que presentan á la curiosidad é inconstancia de nuestro espíritu un incentivo contínuo, y un espectáculo agradable por su variedad. La accion de un héroe es una empresa dirigida con eleccion y conocimiento hácia un cierto fin: todos los medios de que se vale para lograrle van gobernados por la prudencia, y encadenados recíprocamente: al contrario; un actor ridículo se propone un fin disparatado, é incapaz de lograrse por ningun medio, y los que pone en práctica son extravagantes, desvariados, inconexos entre sí, y con el objeto de sus ideas. Tambien un héroe encuentra obstáculos efectivos propios de su accion, ó dispuestos por una causa superior para impedirla, y los supera realmente con sus esfuerzos, ó con el auxilio de otra causa mas poderosa; pero el actor ridículo, solo y abandonado á su locura, ni tiene quien determinada y constantemente se le oponga, ni menos halla en sí recurso para remover los estorbos que se le presenten: por lo que toda su accion es una serie de sucesos casuales, vagos é indeterminados. Cada uno de ellos es un obstáculo accidental, que se disuelve tambien casualmente: y el conjunto de todos compone el nudo principal de

la accion, que consiste en el aumento de la extravagancia del actor, y no tiene otro modo mas natural de desatarse que el fin y la conclusion de aquella extravagancia.

31 La Ilíada es excelente en el enlaze de lo maravilloso y heróico, de cuya union resulta que los obstáculos sean extraordinarios y difíciles, y su solucion verosímil. Aquiles para satisfacer su cólera encuentra un estorbo invencible en la suprema autoridad de Agamenon. Aquel héroe, el mas valeroso del ejército, estaba justamente ofendido, y era ademas hijo de una diosa: por consiguiente tenia á favor suyo la justicia de su causa, la proteccion de su madre, y el interes de todas las deidades amigas de los griegos, con cuyo auxilio triunfó al fin de Agamenon, y quedó satisfecho. De todas estas circunstancias compuso Homero el admirable dechado de su fábula, donde estan entretejidos con singular destreza y profusion lo maravilloso con lo extraordinario, y uno y otro con lo verosímil: pues no hay cosa mas creible para los hombres que ver los obstáculos, insuperables en su concepto, vencidos por el concurso ó disposicion de la divinidad.

32 Cervantes merece igual alabanza por la discrecion con que supo manejar lo ridículo haciéndolo verosímil, y sacándolo de varios objetos donde solo su ingenio podia encontrarlo. Como la accion de su fábula es la manía de D. Quijote por resucitar la caballería andante, era preciso que este héroe saliese á campaña. Los caballeros andantes encontraban á cada paso una aventura; y el todo de estas aventuras era el asunto de las historias que Cervantes queria desterrar, y D. Quijote intentaba imitar: asi el fin del autor y del héroe requerian que su accion fuese un tejido continuo de aventuras procedidas todas de la locura del actor, y uni-

das con ella. Esta es la causa por qué el QUIJOTE entretiene á los hombres mas agradablemente que las fábulas heróicas, y por qué tambien los obstáculos de su accion son tan extraordinarios, y su éxito tan nuevo y natural. En la fábula épica ve el lector todos los acontecimientos como fueron en sí, y como los vió el héroe, de suerte que la relacion de ellos le presenta cuando los lee el propio espectáculo que tuvo el héroe cuando sucedieron. Por otra parte la naturaleza misma de la accion pone desde luego presentes al entendimiento del lector los estorbos que pueden resultar de ello; y la relacion del héroe con las deidades le manifiesta las causas sobrenaturales que es regular concurran á impedirla ó facilitarla: por lo cual cuando el héroe se ve en algun peligro natural, ó dispuesto por alguna deidad enemiga, el lector espera que el valor y prudencia del héroe, ó el auxilio de los dioses que le favorecen, le sacarán salvo de aquel peligro; y este anticipado conocimiento quita parte de la novedad á los sucesos, y disminuye la curiosidad previniéndola.

33 No sucede asi en la fábula de Cervantes: cada aventura tiene dos aspectos muy distintos respecto al héroe y al lector. Este no ve mas que un suceso casual y ordinario en lo que para D. Quijote es una cosa rara y extraordinaria, que su imaginacion le pinta con todos los colores de su locura, valiéndose de la semejanza ó alusion de las mas mínimas circunstancias para trasformar los molinos de viento en gigantes, la bacía del barbero en yelmo de Mambrino, y los títeres en ginetes moriscos. El lector siente un secreto placer en ver primero estos objetos como son en sí, y contemplar despues el extraordinario modo con que los aprende D. Quijote, y los graciosos disfraces con que los viste su fantasía. Este placer es una de aquellas

gracias privativas del QUIJOTE, que no pueden tener las fábulas heróicas.

34 Antes que se disipe la complacencia que resulta de estos dos aspectos de las aventuras, tiene el lector otro espectáculo igualmente curioso en el enredo y éxito de las mismas. Como la dificultad verdadera de estas pende de su naturaleza, y la que tienen respecto á D. Quijote procede de su aprension y locura, el lector, aunque conoce clara y distintamente la facilidad ó dificultad de estos nudos, no puede graduar cómo los estrechará el antojo de D. Quijote, ni menos conjeturar cuál será su éxito, porque uno y otro han de ser efectos del capricho de un loco, ó de la casualidad, que no guardan reglas fijas. Esta indecision aumenta su curiosidad, y contribuye á que sienta una agradable sorpresa, viendo el extravagante y singular modo con que D. Quijote aumenta la dificultad de las aventuras mas asequibles, y se representa como fáciles las que son en realidad insuperables. El éxito ó solucion de estas aventuras es igualmente natural é imprevisto. Rara vez sale bien D. Quijote de sus empresas; y cuando sucede asi es por un efecto de la casualidad; pero en su concepto siempre queda victorioso, porque la felicidad casual la atribuye á su propio valor, y la infelicidad verdadera á la casualidad, á la fuerza superior de un encantador enemigo, ó bien á otras disculpas propias de su locura, con las que cada vez se confirma mas en ella. Asi en cada aventura hay por lo regular dos obstáculos y dos éxitos, uno efectivo en la realidad, y otro aparente en la aprension de D. Quijote, y ambos naturales, deducidos de la accion, y verosímiles, sin embargo de ser opuestos: porque el lector no compara las dificultades y soluciones aprendidas por D. Quijote con las verdaderas, sino con la manía de este

héroe, que es preciso se las represente al reves de lo que son: de que procede que los mismos hechos que en las historias de Amadis, Belianis y demas caballeros andantes son enfadosos é increibles, son al contrario verosímiles y agradables en el QUIJOTE, porque en este se presentan como una apariencia de su loca imaginacion, y en aquellas como sucesos reales y efectivos.

35 Si se reflexiona el destino que tienen los obstáculos y desenlazes en las fábulas, se conocerá que el tener dos éxitos las aventuras de D. Quijote es una de las circunstancias que acreditan mas el ingenio y juicio con que Cervantes dispuso los nudos y soluciones de su fábula respecto al objeto de ella y al caracter de su héroe. Los obstáculos deben estrechar el nudo de la accion en cualquiera fábula, para poner al héroe en precision de obrar y darse á conocer: por consiguiente la solucion debe ser tal, que el héroe se confirme en su designio, y continúe en él, segun corresponde al objeto de la fábula. Conforme á este principio está siempre en peligro el héroe en las fábulas épicas, y sale siempre victorioso; porque de esta suerte los obstáculos impiden y hacen dificil su accion, y al mismo tiempo el éxito feliz de ellos le confirma en su designio, le anima á continuar en él, y nos le representa admirable, que es el objeto de estas fábulas. En las burlescas, cuyo objeto es movernos á risa, ha de quedar siempre el actor principal malparado, ó ridículo á los ojos de los lectores para divertirlos, y venturoso y feliz en su concepto para confirmarle en su extravagancia, y darle motivo á que la siga: pues un loco, que efectivamente fuese valeroso y afortunado, seria mas bien odioso é importuno, que agradable y divertido; como al contrario si él mismo conociese que siempre era desventurado y cobarde, al fin escarmentaria de su

locura, y no seria verosímil que la continuase. Este es el mérito principal de Cervantes: aquellos hechos que vistos como son en sí hacen ridículo y digno de risa á D. Quijote, aquellos mismos mirados con el lente de la locura de este héroe, le representan como un caballero valiente y afortunado. Sola la discrecion de este autor podia haber descubierto un medio tan ingenioso para que las aventuras de D. Quijote ridiculizásen su accion en la realidad, y la hiciesen plausible en su imaginacion.

36 De aqui se sigue por una consecuencia natural, que el nudo principal de una accion ridícula debe tener tambien estos dos aspectos relativos á los lectores y al héroe, y ha de proceder de la locura del mismo héroe, y no de otra causa extraña. La propiedad esencial del nudo de cualquiera fábula es tener siempre al héroe en precision de obrar segun su caracter, y mover la curiosidad del lector conforme al objeto de la fábula. En las heróicas una causa superior y opuesta al héroe le fuerza á luchar continuamente con ella hasta sobrepujarla, con lo que manifiesta su heroicidad, y excita la admiracion de los lectores. En las burlescas la misma extravagancia del actor le precisa á continuar constantemente en su locura, y á dar que reir á los demas con ella. Si el nudo de la manía de D. Quijote procediese de una fuerza extraña, si era superior acabaria luego con el esfuerzo del actor, y si fuese inferior seria destruida al punto por él, y en uno y otro caso se cortaria la accion en los principios por faltarle un obstáculo permanente que la sostuviese.

37 Del mismo principio se deduce que la revolucion ó mudanza de la fortuna, y el reconocimiento ó nocion clara de lo que antes se ignoraba, deben causar en la fábula burlesca una solucion ó éxito inverso del que producen en la heróica; é

igualmente que las infelicidades en que caiga el actor ridículo han de ser burlescas y no graves. Una pedrada ó una caida son males leves, que mueven á risa: una herida ó golpe mortal seria un objeto de compasion mas bien que de alegría. Esta razon convence que el desenlaze principal de la accion debe ser feliz como en la epopeya, porque en esta se representa al héroe admirable, como en el QUIJOTE ridículo; y si acabasen con desgracia serian mas dignos de piedad, que de admiracion ó de risa. Cualquiera que lea con atencion á Cervantes reconocerá la destreza con que se valió, para perfeccionar la accion de su fábula, de estas observaciones y de otras muchas que es forzoso omitir en este discurso.

38 El nudo principal se desata naturalmente con la conclusion de la locura del héroe. Don Quijote vencido como caballero andante, dió palabra de no continuar en aquel ejercicio: asi concluyó su locura por un efecto de la misma locura, que le precisaba á cumplir su promesa infaliblemente, y ademas quedó en reposo, y consiguientemente feliz en la realidad, aunque no en su aprension. Los críticos, que convienen en que el desenlaze mejor es aquel que fuere mas natural, sencillo, inesperado y deducido de la misma accion, tendrán precision de confesar que la solucion del QUIJOTE es de las mas perfectas que ha producido el ingenio de los hombres.

39 No es mas estimable esta obra por el interes con que su accion mueve y satisface nuestra curiosidad, que por la agradable variedad con que sus episodios entretienen nuestra inconstancia. El destino de estos es servir de descanso á los lectores, presentándoles otros objetos distintos de la accion principal en estas acciones subalternas, las cuales deben estar enlazadas con ella para conservar la unidad, tratar asuntos diversos entre sí para multiplicar la variedad, ser mas ó menos dilatadas

á proporcion de su relacion con el objeto de la fábula, y tener, si es posible, su nudo y solucion particular. Aristóteles establece como regla precisa que las fábulas épicas deban extenderse y dilatarse con muchos episodios, y por esta causa dice que Homero en la Ilíada se muestra divino sobre todos los demas poetas, pues habiendo elegido una accion de proporcionada magnitud, no quiso ceñirse á sola ella, sino interponer en su narracion muchos episodios, con los cuales hace su fábula riquísima y llena de variedad.

40. Si fuera lícito hacer enumeracion de los episodios del Quijote, se manifestaria claramente el ingenio de Cervantes, la fecundidad de su imaginacion, y la puntualidad con que observó todas las reglas del arte. El que leyere atentamente esta fábula observará con una secreta admiracion que la mayor parte de sus episodios, á mas de ser deducidos naturalmente de la accion, y estar enlazados con ella, influyen tambien en su continuacion, y preparan diestramente los sucesos posteriores. Tal es el escrutinio de la librería de Don Quijote, cuyo objeto es hacer crítica y juicio de los libros de caballería (1. 44). Este episodio tan estrechamente unido con el objeto de la fábula, y tan divertido para los lectores por la revista que pasan ante ellos todas las historias caballerescas, parece á primera vista contrario á la continuacion de la fábula, porque con la quema ó reclusion de estas historias, y la ocultacion del aposento que servia de librería, se le quitaba á D. Quijote la causa y principal fomento de su locura; pero en esto mismo es donde se mostró mas la discrecion de Cervantes. Como para satisfacer á D. Quijote cuando buscase sus libros era forzoso darle una disculpa que le aquietase, y ninguna podia cuadrarle si no tenia alusion con su manía, supusieron

que un encantador se habia llevado los libros y el aposento; y esta respuesta, que al parecer debia sosegarle y curarle poco á poco, borrándole las ideas que no podia renovar con la leccion, fue la que inflamó mas su extravagancia, y atizó el fuego de su locura. Persuadióse desde luego que respecto á que tenia un encantador por enemigo declarado, era sin duda ya tan famoso caballero andante como aquellos que se habia propuesto por modelo, en cuyas historias representaban el primer papel los encantadores; y de esto dedujo todas las consecuencias que podian confirmarle en su necia resolucion, como lo manifestó despues, atribuyendo las desgracias, que eran efectos de su locura, á la ojeriza de este sabio enemigo. Aqui se ve claramente que la solucion de este episodio surtió un efecto contrario al que se habian propuesto los autores de ella, y animó á D. Quijote para continuar su accion en vez de impedírsela. El célebre Pedro Daniel Huet, que cuenta á Cervantes entre los mas aventajados ingenios de España, le elogia con razon por la aguda y prudentísima censura que hace de los libros de caballería en este episodio; pero aun es mucho mas digno de alabanza por la oportunidad de su solucion, que por todas las otras apreciables cualidades que concurren en él: y la circunstancia de ser el primero que la casualidad presenta en la fábula de Cervantes, puede servir de prueba para conocer el mérito que generalmente tienen los demas con que está entretejida y variada.

41 Ninguna cosa contribuye mas á hacer agradable esta variedad que la contraposicion, porque hace mudar enteramente de objeto á los lectores, representándoles á continuacion de una escena triste otra alegre, y mostrándoles el espectáculo de unos juegos marciales despues de la pintura de una corte espléndida y deliciosa. Pero este modo

de diversificar los episodios, dándoles objetos de especies distintas ú opuestas entre sí, no es tan delicado ni tan singular como cuando son de una misma especie, y su variedad nace de la diferente graduacion que tienen dentro de aquella especie. Mas alabanza merece Homero por el arte con que supo diferenciar el caracter de Aquiles, Héctor, Diomédes, Ayax, Telamon y Patroclo, todos valerosos, y todos de distinta graduacion en el valor, que si les hubiera dado caracteres de especies diversas ó contrarias. En este caso está Cervantes: los episodios del QUIJOTE, que son distintos en su especie, son muy agradables por la variedad respectiva con que divierten á los lectores, desviando su atencion de la locura de D. Quijote; pero lo son con mucha mas particularidad aquellos que tienen por objeto comun el amor, y manifiestan á los lectores por grados y sucesivamente todas las figuras y disfrazes con que se apodera de nosotros esta pasion tan própia de nuestra naturaleza, y tan agradable y general en la flaqueza humana. Si se lee la fábula de Cervantes con reflexion y conocimiento, se verá retratado al natural el amor en todas sus posiciones y actitudes: el trágico é infeliz en el episodio de Grisóstomo (I. 100), el precipitado y mudable en las historias de Cardenio (I. 275) y Dorotea (II. 7), el ingenuo y pueril en el suceso de Clara (II. 267), el falso y engañoso en el casamiento de Leandra (II. 368), el constante y resuelto en el lance de Quiteria y Basilio (III. 221), el fingido y burlesco en la pasion de Altisidora (IV. 76, y 355), y el ligero y poco decoroso en la aventura de la dueña Rodriguez (IV. 113). Estos episodios son excelentes por el discreto modo con que muestran á los hombres todos los embelesos y todos los peligros de esta dulce y venenosa pasion. La relacion

de los sucesos mueve nuestro corazon con el estímulo mas sensible del amor, y el éxito de cada uno presenta á nuestro entendimiento el consejo mas prudente que se le podia dar en igual situacion. No son seguramente tan útiles los tratados filosóficos en que nos dan á conocer la naturaleza de esta pasion por medio de ideas abstractas y sutilezas refinadas, que se evaporan y disipan al momento: la leccion de Cervantes, animada con ejemplos prácticos, y determinada á personas fijas, es mas permanente, agradable y provechosa.

42 La duracion de estos episodios es muy proporcionada á la conexion que tienen con la fábula; y asi el de Cardenio y Dorotea es el mas dilatado, porque contribuye á la continuacion de la fábula y al fingido encanto (II. 1) de D. Quijote con la graciosísima suposicion del reino de Dorotea. Cervantes graduó con mucha destreza la extension de los episodios; y si dormitó como Homero alguna vez, supo igualmente que él recompensar un pequeño descuido con grandes aciertos.

43 Entre las maravillosas ocurrencias del poeta griego una de las mas singulares es la que tuvo en la eleccion del asunto de algunos episodios, que por lo vario, agradable ó extraordinario de su objeto son la admiracion de todos los hombres, y han sido y serán imitados por todos los poetas épicos. La copia de los juegos fúnebres de Patroclo se ve en el certamen que celebró Enéas en Sicilia por el aniversario de Anquises, y en los combates con que ganó Telémaco el cetro de Creta: Calipso y Circe estan retratadas en Dido y en la misma Calipso; y finalmente la bajada de Ulíses al infierno fue tambien imitada por Virgilio en la Eneyda, y por Fenelon en el Telémaco. Cervantes supo enriquecer su fábula con tres episodios igualmente admirables que los de Homero; y en esta parte el fabu-

lista español no es inferior al poeta griego, ni en la variedad de los objetos, ni en lo extraordinario y nuevo de los asuntos, ni en las demas cualidades, que son causa de la celebridad de aquellos episodios de la Ilíada y Odisea.

44 En las bodas del rico Camacho (III. 206) tienen los lectores un equivalente á los juegos y certámenes de las fábulas épicas. En él se describen las parejas que corrieron los labradores, y las danzas de los zagales, de las doncellas y de las ninfas, todas diversas por los adornos, y muy agradables por el artificio de unas, por la discreta alegoría de otras, y por la propiedad de todas. La relacion del sitio, del aparato y acompañamiento de las bodas es en extremo amena, natural y divertida. El nudo de este episodio excita la curiosidad del lector, y su inesperada y agudísima solucion es admirable: de modo que atendido el objeto popular del QUIJOTE, era imposible encontrar teatro mas adecuado para representar unos juegos, ni juegos mejor proporcionados y correspondientes á aquel objeto.

45 La morada de D. Quijote en casa de los Duques corresponde perfectamente á la detencion de Enéas en Cartago (III. 322). Es muy digna de atencion la idea con que Cervantes introdujo este episodio para representar en él todas las aventuras extraordinarias y maravillosas, que no podian suceder verosímilmente á D. Quijote sin el auxilio del poder y habilidad de un príncipe que se las proporcionase. En este episodio se presenta á los lectores la pintura de una montería semejante á la de Enéas y Dido (III. 373); pero mucho mas variada por las máquinas y aparato con que despues de ella y en el silencio de la noche se celebró la magnífica y noble aventura del desencanto de Dulcinea. El extraño suceso de la Trifaldi (IV. 6) y

su continuacion son tambien un espectáculo tan divertido como la relacion del saco de Troya: la aparicion del clavileño alígero (IV. 35) no es menos oportuna ni agradable que la descripcion del Paladion troyano, y los amores de Altisidora (IV. 76) son comparables en su línea con la pasion de Dido.

46 Aunque los mencionados episodios son extraordinarios y raros, con todo no parecen tan singulares como el de la cueva de Montesinos (III. 237), adonde fingió Cervantes haber bajado D. Quijote, al modo que los héroes de la mitología descendieron al infierno. El nombre de esta cueva, tomado de un caballero andante, hace mas natural y verosimil este episodio, que los sueños en que se fundan los de la Eneyda y Telémaco. Cervantes unió en él toda la singularidad de que era capaz su asunto, con toda la gracia y ridiculez propias de su objeto y de la locura de D. Quijote. Primero se ve á este héroe abriéndose camino con la espada, y derribando las malezas que estorbaban la entrada de la cueva; y tambien se ve salir de entre su espesura una multitud de aves nocturnas, negras y agoreras. Despues sigue la relacion del mismo D. Quijote, en que encadena y ata con la historia de Montesinos todas las extravagancias de su imaginacion y de la caballería andante, como si efectivamente las hubiese visto en los senos de aquella caverna. De aqui tomó ocasion Cervantes para fingir que en ella estaban encantados el caballero Montesinos, su escudero Guadiana, la dueña Ruidera, sus siete hijas, y sus dos sobrinas: dando asi á las antigüedades de la Mancha un origen fabuloso y acomodado al caracter de D. Quijote, al modo que Virgilio se valió de la bajada de Enéas al infierno, para describir la descendencia de este héroe y la grandeza romana. La aparicion de Dulcinea encantada en aquella cueva no es menos opor-

tuna que el encuentro de Enéas con Dido en la selva infernal; y no solamente enlaza este supuesto encanto con los anteriores sucesos, sino que abre un camino natural al héroe para continuar su extravagante empeño de desencantarla. En fin si se considera la delicada union de lo extraordinario, lo ridículo y lo verosimil en este episodio, se conocerá el ingenio, el arte y la fecundidad prodigiosa de su autor.

47 Una de las mas sabias reglas de Aristóteles para las fábulas épicas es que abunden en sucesos probables y extraordinarios. Esta observacion aplicada á los referidos episodios, no deja que objetar á los críticos mas severos y ceñudos. Verdad es que los episodios del Quijote no son, absolutamente hablando, tan magníficos y extraordinarios como los de las epopeyas; pero lo son respectivamente á la naturaleza de aquella fábula, y tienen tanto mérito en ella como los de Homero. Cervantes hubiera podido á poca costa vestir su fábula con episodios del todo heróicos y maravillosos; pero estos retazos de púrpura la hubieran afeado en vez de adornarla. El punto de la dificultad consiste en hermosear la ficcion con lo extraordinario hasta la línea señalada por lo verosimil, la cual jamas perdió de vista Cervantes en la accion de su Quijote.

48 Esta tiene la singularidad de haber sido sacada toda de la imaginacion de Cervantes. Homero es original; pero las acciones de sus héroes, y la intervencion de sus deidades, las encontró en la tradicion y en la mitologia griega, que le sirvieron de norte para acomodar los sucesos de sus fábulas al gusto de aquellos lectores: lo que manifiesta, que asi como los defectos que ahora notamos en ellas no deben imputarse á Homero, sino á las ideas y costumbres de su tiempo, del mismo

modo muchos de sus aciertos serian efecto de estas ideas, mas bien que de su ingenio. Homero tomó lo maravilloso de sus obras de la boca de los griegos: y Cervantes lo ridículo de su fábula de las manos de la naturaleza: de ella sola sacó la accion del QUIJOTE, que pulió despues con el arte y la lima hasta ponerla en estado de entretener, interesar y complacer á todos los hombres.

ARTÍCULO IV.

CARACTERES DE LOS PERSONAGES DE ESTA FÁBULA.

49 Para que la accion de una fábula sea correspondiente al objeto de ella, no basta que tenga en sí todas las cualidades que se han manifestado en la del QUIJOTE; es forzoso tambien que determine los personages, y se enlaze con ellos, porque todo el interes y verosimilitud de la accion pende de que sus actores sean proporcionados y conformes á ella. Por esta razon despues de haber examinado la accion del QUIJOTE, se sigue naturalmente la consideracion del caracter y costumbres de este héroe y demas personages que le acompañan.

50 El caracter no es otra cosa que aquella disposicion natural que nos inclina á obrar siempre de un determinado modo, la cual influye en nuestras operaciones, y se fortifica y da á conocer por medio de ellas: de suerte que el caracter es propiamente lo que llamamos genio, y la repeticion de actos conformes á este genio equivale á lo que se llama costumbres.

51 Estas en sentir de Aristóteles deben ser buenas, convenientes y constantes. La bondad no ha de ser moral, sino respectiva á la idea que nos den del personage la fama, la historia y la mitologia, ó

bien el mismo autor de la fábula cuando su héroe es ideal, como sucedió á Cervantes: por lo que representando á Enéas piadoso, furioso á Aquiles, y loco á D. Quijote, sus costumbres son buenas con esta bondad respectiva.

52 La conveniencia ó decoro de las costumbres es tambien relativa á la edad, al sexo y á la clase ó gerarquía del personage. Si á un niño, á una muger, ó á un simple soldado se les atribuyesen las costumbres de un príncipe adulto y belicoso, no serian convenientes ni guardarian el decoro. Esta conveniencia en los héroes conocidos por la historia ó la mitologia, se llama semejanza, porque los pinta conformes á su fama. Aristóteles la nombró tambien como circunstancia precisa de las costumbres, en atencion á que los actores de la tragedia y epopeya, de que trataba, debian ser conocidos por su fama.

53 La última cualidad de las costumbres es la constancia, que consiste en que no desmienta el actor su caracter con sus operaciones, las cuales deben dar siempre indicios de su genio y de su condicion, á menos que no concurra alguna causa poderosa y suficiente para que obre de distinto modo.

54 Los personages de una fábula, que sean dependientes del héroe, tengan diversos caracteres, y los tengan arreglados á estas leyes, serán proporcionados á su accion, y presentarán á la imaginacion el interes, unidad y variedad precisas para dar gusto.

55 Las fábulas narrativas deben esmerarse en la pintura y expresion de las costumbres, para que su continua consideracion imprima en nuestro ánimo los ejemplos que resultan de ellas. Por esta razon la magnitud y duracion de estas fábulas es mayor que la de las dramáticas, porque la relacion de una accion es naturalmente mas debil y menos activa

que su representacion. Si la cólera de Aquiles ó la locura de D. Quijote se ejecutasen en el teatro, no necesitarian manifestar los hábitos de estos héroes tan difusamente como se hace en la Ilíada y en el QUIJOTE.

56 Homero excedió á todos los poetas épicos en la muchedumbre y variedad de sus caracteres. Cada deidad, cada héroe de la Ilíada representa un papel tan propio y peculiar suyo, que es imposible confundirle ó equivocarle con otro: hasta los héroes, cuya principal cualidad es el valor, tienen un cierto distintivo que los caracteriza, como ya se ha notado. Los caracteres de Nestor, Príamo y Hector son excelentes; pero descuella sobre todos el de Aquiles, el cual causa temor y respeto á todos los hombres, y es el objeto del cuidado ó del rezelo de todas las deidades.

57 Para no perderse en el laberinto de estos caracteres se guió Homero por el hilo de la historia y de la teogonia, que le presentaban el modelo de las costumbres de los dioses y de los héroes. Cervantes fue el inventor de sus caracteres como de su accion, y asi la gloria de sus aciertos le pertenece toda, sin que nadie pueda pretender una mínima parte de ella.

58 La mayor dificultad que tuvo que vencer Cervantes fue la escasez de personages á que le reducia su accion, la cual le imposibilitaba variar los caracteres para evitar el fastidio de la uniformidad. El héroe de la fábula épica ha de tener forzosamente muchos que le acompañen y ayuden por causa de su gerarquía, por la naturaleza de su accion, ó por la disposicion de las deidades; pero la fábula de Cervantes le limitaba á dos personages solos en la mayor parte de su accion. Restablecer la caballería andante imitándola, no requeria otra cosa que un caballero que obrase, y un escudero

que le sirviese: otro cualquiera unido constantemente con ellos hubiera sido impertinente é inverosimil. Las aventuras relativas á esta accion debian tambien buscarse en la soledad de los campos, y esta circunstancia ponia igualmente á Cervantes en la necesidad de manejarla con estos dos únicos personages.

59 Entre todos los poetas épicos solo Mílton tuvo que vencer una dificultad semejante. El género humano se componia al tiempo de la accion del Paraiso perdido de solos Adan y Eva; pero la misma consecuencia de la accion multiplicaba sus caracteres, representándolos primero como dechados de perfeccion en el estado de la inocencia, y despues como ejemplos de la infelicidad y miseria en el del pecado, y por esta razon el poeta ingles encontró naturalmente en su accion el recurso de cuatro caracteres en solas dos personas.

60 Este medio que Mílton debió á su asunto, le buscó mucho tiempo antes Miguel de Cervantes, y le halló dentro de su imaginacion. Don Quijote es un hidalgo naturalmente discreto, racional é instruido, y que obra y habla como tal, menos cuando se trata de la caballería andante. Sancho es un labrador interesado, pero ladino por naturaleza, y sencillo por su crianza y su condicion. De suerte que estos dos personages tienen un caracter duplicado, el cual varía el diálogo y la fábula, y entretiene gustosamente al lector, representándole á D. Quijote unas veces discreto, otras loco, y manifestando sucesivamente á Sancho como ingenuo y como malicioso. Estos caracteres jamas se desmienten. Don Quijote dentro de su misma locura conserva las vislumbres de su discrecion, y en los asuntos indiferentes siempre toma el hilo del discurso desde su manía, ó va al fin á parar en ella.

61 No es posible leer con reflexion el Quijo-

TE sin conocer esta agradable variedad que reina en el caracter del héroe. La pintura que D. Quijote hace de los dos rebaños que le parecian ejércitos (I. 178), y el coloquio en que cuenta muy por menor á Sancho todo lo que habia de sucederles cuando se presentasen en la corte de un monarca (I. 229), son asuntos propios de su locura, pero estan referidos con mucha discrecion. Los razonamientos sobre la edad dorada (I. 92), sobre la preferencia de las armas respecto á las letras (II. 183), y sobre las vicisitudes de las familias y linages (III. 58), aunque discretísimos é indiferentes en sí mismos, estan no obstante enlazados con la locura de D. Quijote, la cual es el origen de unos, y el paradero de otros. Estos ejemplos manifiestan que Cervantes observó el decoro y constancia de las costumbres propias del caracter que habia dado á su héroe.

62 Los dos aspectos de este caracter producen otro efecto tan eficaz como la variedad, para sujetar gustosamente la atencion de los lectores. El héroe de cualquiera fábula debe ser amable, á fin que el lector se interese en su accion y le siga en ella. Si la locura de D. Quijote fuera continua y sin ningun intervalo, seria por precision fastidiosa é intolerable; al contrario su racionalidad y buenas partidas le hacen amable aun cuando obra como loco, y no habrá ningun lector que se canse ó enoje de ver sus operaciones ó escuchar sus discursos.

63 Sancho procede siempre segun le inclina el interes. Cuando le parecia tenerle seguro, creia con el mayor candor del mundo todos los disparates de su amo, le obedecia ciegamente, y le servia con la mayor voluntad; pero en las ocasiones en que imaginaba que no sacaria fruto alguno de aquellas correrías, se disgustaba con él, le replicaba, sentia todas las incomodidades de la vida andante; y

el dolor de perder aquel interes que esperaba, le hacia agudo y malicioso. Para conocer que el verdadero caracter de Sancho es este, basta ver sus costumbres en toda la fábula, y señaladamente en el suceso de la princesa menesterosa (II. 30) y en el desencanto de Dulcinea (III. 391, IV. 363). Todas las acciones y palabras de Sancho en estas dos aventuras prueban que su cualidad principal era el interes, y que este unas veces le adormecia en su sencillez, otras dispertaba su malicia, y algunas le hacia intrépido y determinado á pesar de su natural cobardía.

64 Con este conocimiento manejó Cervantes de tal modo los sucesos de la fábula respecto á Sancho, que siempre le tiene suspenso con alguna esperanza, ó cebado con algun interes, como por ejemplo, con los escudos de Sierra Morena (I. 259, III. 45), los del Duque (IV. 217), la paga del desencanto de Dulcinea (IV. 363), y el gobierno de la ínsula (I. 59, III. 124). Con el propio fin hace que Sancho desprecie la honra de comer al lado de su amo, pidiéndole la conmute en otra cosa de mas provecho y comodidad (I. 91); y con el mismo finge tambien que salió de la venta contento y alegre por haberse excusado de pagar la posada á costa del manteamiento (I. 172): en lo que palpablemente se ve que el caracter de Sancho no es ser simple ni agudo, animoso ó cobarde, sino ser interesado, y serlo de modo que el interes le hace parecer bajo distintas formas, segun el conato que necesita emplear para conseguirle. Los que han objetado á Cervantes que no guardó consecuencia en las costumbres de Sancho, no penetraron la idea de este autor, ni el arte con que supo variar los caracteres sin faltar á su igualdad.

65 Si este interes tan arraigado en el corazon de Sancho procediera de un principio vicioso, se-

ria poco amable su caracter, y nada á propósito para divertir á los lectores. Cervantes tuvo tambien presente esta circunstancia. El morisco Ricote, extrañado de España con los demas de su secta, volvió disfrazado á fin de desenterrar su tesoro y llevársele. Confió este secreto á Sancho, ofreciéndole doscientos escudos por que le auxiliara, á tiempo que acababa de perder el gobierno, y con él la esperanza de enriquecerse; y sin embargo Sancho, como buen vasallo, despreció el interes por no desobedecer á su Rey, y como honrado aseguró voluntariamente al morisco que no le delataria (IV. 194). Esta observacion prueba que el interes de Sancho no procedia de una codicia desenfrenada, sino solo del terco anhelo de tener con que sustentarse, adquiriéndolo por medios lícitos en su dictamen.

66 Las gracias de este escudero son urbanas, nativas é inimitables, y se encuentran en todas sus acciones y discursos. Sus soliloquios son saladísimos, particularmente el que hace entrando en cuentas consigo para hallar el medio de engañar á D. Quijote, sin volver al Toboso en busca de Dulcinea (III. 92). Este es original, y comparable en su línea á los monólogos de Juno en la Eneyda. El aplauso general de los sabios es infalible prueba del mérito de Cervantes en esta parte; y los que leyeren los donaires de Sancho sin emocion y complacencia no deben atribuirlo á defecto del autor, sino á su mal gusto ó á la torpeza de su comprension.

67 Una de las circunstancias que manifiestan mejor el decoro é igualdad de las costumbres de D. Quijote y Sancho, es la facilidad con que se conoce cuando obran ó hablan estos dos personages, sin otro indicio que la conveniencia de sus operaciones y la propiedad de sus discursos: cir-

cunstancia que tambien se encuentra respectivamente en los demas interlocutores de la fábula.

68 En ellos varió y multiplicó Cervantes los caracteres con una profusion admirable; pero enlazándolos con la accion de modo que casi todos son precisos é indispensables para su continuacion, y todos dependen del héroe. Nada se hace en esta fábula que no sea por respeto suyo, y no tiene en ella menor papel que Aquiles en la Iliada.

69 Las personas que intervienen casualmente en la accion se presentan en dos posiciones diversas, una verdadera, y otra aprendida por D. Quijote; y el lector ve los graciosos arranques de la fantasía de este héroe, y goza tambien de la sorpresa y novedad que su no esperada locura causa en los demas interlocutores. Las costumbres de cada uno de ellos, aun de los que hacen papel solo de paso en la fábula, son tan convenientes á su caracter, y es tan propio de su condicion, que mas parecen retratos al natural, que pinturas sacadas de la imaginacion de Cervantes. Los barberos, los cuadrilleros, los bandoleros, el ventero, Maritornes, maese Pedro, en una palabra todos los personages son unos papeles excelentes, y tan bien representados como si su autor los hubiera estado observando con el mayor cuidado para copiarlos. Sobre todo son notables los pastores y los enamorados, porque sus caracteres estan discretamente variados, no obstante que son de una misma especie.

70 Aquellos interlocutores que concurren determinada y personalmente á la accion tienen dos caracteres distintos, uno propio de su verdadera situacion, y otro relativo á la que fingen para con D. Quijote; y en este último caso tienen tambien para los lectores dos aspectos como los demas que entran solo por casualidad en las aventuras. Tales

son la princesa Dorotea (II. 30), el caballero de los Espejos (III. 141), la condesa Trifaldi (IV. 13), y los demas personages de estas aventuras, de la del desencanto de Dulcinea (III. 379), y de la resurreccion de Altisidora (IV. 343). Pero principalmente es digna de notarse la variedad de actitudes en que se presenta Dorotea. Cuando Cervantes la pinta como es en sí, enamorada, prófuga, inconsolable é infeliz (II. 6), causa su desdicha una emocion tan grande como la complacencia que resulta despues de la mudanza de su fortuna, y del feliz éxito de sus amores (II. 164): cuando la representa como una princesa que viene á buscar auxilio en los brazos de D. Quijote para subir al trono de su reino (II. 32), es singular el placer que causa la propiedad con que desempeña su fingido papel, y la conformidad de sus acciones y discursos con este supuesto caracter, con el cual hace reir á los lectores, al mismo tiempo que maravilla y sorprende á D. Quijote y á Sancho. Tanta variedad de caracteres, de situaciones y de afectos en una sola persona no se encuentran seguramente en las fábulas épicas: y lo que mas debe admirarse es el arte con que Cervantes los dispone y enlaza para unirlos con la locura de Don Quijote, y hacerlos verosímiles y agradables. El lance que habia puesto á Dorotea en aquella triste situacion era procedido del amor caballeresco de D. Fernando, que queria abandonarla (II. 18) por Luscinda esposa de Cardenio: su encuentro con este y con el cura le proporcionó el consuelo de que Cardenio como interesado (II. 3) le ayudase á lograr su fin, y le dió ensanche y motivo para ganar tambien el favor del cura, contribuyendo á su idea de engañar á D. Quijote. Este papel le representa perfectamente, hablando á veces como instruida en los libros de caballería con toda la

los unos y la representacion de las otras: el canónigo de Toledo, como sabio y modesto, examina el asunto y destino de las comedias é historias caballerescas, hace patentes sus defectos y abusos, enseña el modo de corregirlos, confiesa la utilidad que podria sacarse de ellas, y agrada y convence á los lectores, porque impugna su error y mal gusto con las invencibles armas de la razon y de la urbanidad. Este eclesiástico es uno de los personages mas apreciables del QUIJOTE, por la urbanidad, discrecion y solidez que manifiesta en todos sus discursos.

72 Las impugnaciones serias, y deducidas de la moral contra los libros de caballería, las puso Cervantes en boca de este canónigo y del cura, para que su caracter les diese mas autoridad y peso. Ambos manifiestan el error vulgar de creer ciertas aquellas historias, por estar impresas con licencia, del mismo modo y con la misma seriedad que lo manifestó el incomparable Melchor Cano; pero el canónigo lo hace presente asi al mismo D. Quijote (II. 358), y el cura al ventero y demas que le acompañaban, en ocasion que no asistia este héroe (II. 79), porque segun su caracter no debia aconsejarle ni reprenderle su manía, sino antes bien valerse de ella para retirarle á su casa, como al fin lo hizo, sin perderle de vista hasta que lo consiguió.

73 Estos interlocutores del QUIJOTE, que disponen las aventuras para confirmar al héroe en su locura, ó preparan los medios para retirarle de ella y reducirle á su juicio, hacen en esta fábula el mismo papel que los dioses en la Ilíada; pero sus caracteres son mas propios y de mayor decoro. Ciceron dice que Homero se empeñó en atribuir á las deidades las cualidades humanas, en lugar de haber trasladado las divinas á los hombres. Longino estrecha mas esta objecion: *cuando veo*, di-

ce, *las heridas, las conspiraciones, los suplicios, las lágrimas, las prisiones y demas sucesos de las deidades en la Ilíada, me parece que Homero se esforzó todo lo posible para representar á los dioses de peor condicion que los hombres, porque al fin nosotros tenemos en la muerte un puerto seguro para acabar nuestras miserias; pero los dioses, segun Homero los pinta, no son propiamente inmortales, sino eternamente miserables*. Los personages del QUIJOTE estan exentos de semejante impropiedad; y aunque su intervencion no es tan brillante, ni deslumbra tanto como las máquinas de Homero, es sin duda alguna mas sólida, é ilustra mas á los lectores.

74 En las fábulas épicas no deben introducirse caracteres moralmente perfectos. Un personage completo, que no tuviese defecto alguno, pareceria un prodigio mas bien que un hombre, seria inverosimil, y como tal llamaria poco la atencion. Algunos críticos han notado á Virgilio la demasiada perfeccion de su héroe, cuyo caracter desluce á los demas, y quita mucha parte del interes de la fábula. Si esta objecion es justa respecto al héroe y demas personages épicos, mucho mas lo será en las fábulas populares, porque su héroe, como propuesto para objeto de risa, ha de tener forzosamente algun vicio moral, y los demas actores principales serian impropios representantes de una accion ridícula si fuesen un modelo de perfeccion. Cervantes sin faltar á esta regla introdujo un caracter perfecto en la persona de la imaginada Dulcinea, la cual es de los principales y mas notables personages del QUIJOTE, y concurre á la accion de este héroe bajo de tres formas distintas. Como la circunstancia de estar enamorado era esencial á la caballería andante, D. Quijote eligió para objeto de sus amores á Dulcinea (1. 8), figurándosela

como una dama perfecta, *hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linage* (III. 353). La pintura de las costumbres de esta dama, que hace D. Quijote, puede servir de ejemplo á todas las de su sexo, y su caracter no es impropio ni inverosimil, porque es fantástico, y existe solo en la imaginacion del héroe.

75 Esta misma dama tan perfecta, cuando se ve por la aprension de D. Quijote, es un objeto de risa y complacencia mirada como es en sí, ó ségun la graciosa trasformacion (III. 97) que hizo de ella Sancho. Dulcinea en realidad era una labradora moza, bien parecida, é ignorante de los amores de D. Quijote; pero conforme al ardid de Sancho es una aldeana fea, grosera y rústica. Las distintas figuras de Dulcinea, la confusion que causan en la imaginacion de D. Quijote y Sancho, y las extraordinarias aventuras y sucesos que resultan de su fingido encanto, son un manantial de placer y entretenimiento para los lectores.

76 Otro objeto no menos divertido les presentó Cervantes en dos actores irracionales, pero precisos para la accion, la cual sin ellos seria inverosimil, porque D. Quijote y Sancho era preciso que fuesen montados conforme á su ridículo caracter. La pintura de estos animales, los graciosos nombres que les puso Cervantes, la amistad que supone habia entre los dos, y la intervencion que tienen en los sucesos, como en el de los Yangüeses (I. 138), y en el hurto (I. 257) de Gines de Pasamonte los enlazan con la accion y con el héroe; y manifiestan que los objetos mas extraños, groseros é insensatos toman proporcion, alma y nobleza entre las manos de un hombre habil é ingenioso.

77. Estas observaciones bastan para dar una

idea de los personages del QUIJOTE, de sus diversos y singulares caracteres, de la bondad, conveniencia y decoro de sus costumbres, de su relacion con el héroe, y de la conformidad y enlaze que tienen con la accion. Cervantes, del mismo modo que hizo patente su ingenio en la invencion de la accion y de las personas, mostró tambien su buen gusto en el orden con que colocó y dió la debida proporcion á los sucesos y á los personages en la narracion del QUIJOTE.

ARTÍCULO V.

MÉRITO DE LA NARRACION DE ESTA FÁBULA.

78 La accion con sus personages y episodios es la materia de la fábula, y la narracion es su forma. Aunque un autor tenga excelente ingenio y fecunda imaginacion para inventar una accion, y crear las personas mas conformes y propias de ella, no podrá hacer una obra perfecta si no está dotado del juicio y tino preciso para expresar sobre el lienzo cada parte en su correspondiente lugar, y cada figura en la actitud y término que le compete, colocándolas de modo que resulte de su recíproca union un todo bien ordenado, agradablemente dispuesto y variado. Este es el objeto de la narracion, que por tanto debe considerarse como la parte mas esencial de cualquiera fábula, y la que mas contribuye á su perfeccion.

79 Para lograrla es indispensable que el título sea propio y sacado del asunto: que su narracion principie proponiéndole con llaneza y brevedad: é igualmente que para hacerla mas verosimil y admirable, suponga el autor que está inspirado por una deidad, y solicite su auxilio invocándola. Estas circunstancias son unos preliminares de la nar-

racion, á que los humanistas llaman partes de cantidad de la fábula.

80 Homero tomó el título de sus poemas del lugar de la accion, ó del nombre del héroe, y limitó la proposicion é invocacion de la Ilíada á un solo verso; de suerte que en la propiedad del título todos le han imitado, y en la sencilla brevedad de la proposicion é invocacion nadie le ha igualado.

81 Cervantes dió á su fábula el nombre del héroe, intitulándola: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y aunque en la mayor parte de las ediciones le han puesto por título: *Vida y hechos del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, ha sido equivocacion ó descuido de los editores.

82 La facilidad y llaneza de su proposicion es correspondiente al asunto; pues si en las fábulas heróicas ha de ser sencilla, para que el primer arranque del autor no desluzca el resto de la obra, con mucha mas razon debe observarse esta regla en las fábulas populares.

83 En ellas seria defectuosa la proposicion, si fuese tan concisa y breve como en las épicas. El héroe de estas es tan famoso y conocido por la historia ó la mitología, que con indicar su accion basta para que el lector forme una idea clara del asunto de la fábula: al contrario el héroe fingido, y la imaginaria accion de una fábula burlesca, precisan á que el autor principie manifestando á los lectores las principales circunstancias de la empresa y del actor, á fin de que tengan el conocimiento indispensable para leer la obra con gusto y con inteligencia. Cervantes lo practicó asi en el QUIJOTE, exponiendo en el primer capítulo concisamente y sin ninguna superfluidad el caracter del héroe, y las causas de su accion.

84 De esta diferencia que hay entre las fábulas heróicas y burlescas procede que la invocacion, que no es precisa en estas, sea necesaria en aquellas. En la accion de un héroe intervienen causas sobrenaturales, cuyo proceder es oculto y misterioso, y por esto Homero no podia saber sin la inspiracion de las musas las determinaciones de los dioses respecto á la cólera de Aquiles, ó á la peregrinacion de Ulises; pero los sucesos naturales y ordinarios del QUIJOTE no necesitaban para saberse el auxilio de estas deidades. Cervantes conmutó discretamente la invocacion en el recurso á Cide Hamete Benengeli, quien como árabe y manchego debia saber por menor las particularidades de la locura de D. Quijote, lo que hace verosimil la fábula, y al mismo tiempo indica el origen de nuestras historias caballerescas, como advirtió Pedro Daniel Huet.

85 La reflexion de este sabio acredita el acierto con que Miguel de Cervantes compensó la invocacion principal en el QUIJOTE con otra circunstancia mas oportuna y propia de su objeto. Pero como las invocaciones no tienen lugar solo en el principio de la fábula, sino tambien siempre que conviene dar crédito y autoridad á las cosas extraordinarias ú ocultas que se refieren en ella, Cervantes la usó antes de la narracion de los singulares sucesos del gobierno de Sancho (IV. 81), al modo que Homero recurre á las musas para hacer el catálogo ó enumeracion de las naves que los príncipes griegos llevaron al sitio de Troya.

86 Á estas partes precedentes á la narracion de las fábulas heróicas añadió Cervantes en la suya el prólogo, que debe reputarse como parte precisa de su cantidad, destinada á dar á conocer previamente á los lectores el fin del autor, para que desde luego entren á leer la obra con esta inteligencia.

El personage destinado en el teatro antiguo para informar al auditorio del asunto de la comedia antes de principiarla, justificaria plenamente el prólogo de Cervantes, si la razon necesitara valerse del apoyo de la autoridad.

87 Esta es una de las máximas que establece en el expresado prólogo, el cual es uno de los mas discretos que se han escrito, y todos los sabios reconocen en él el ingenio, juicio y buen gusto del autor de D. QUIJOTE. Fontenelle, Crousaz, ó quien quiera que se disfrazó bajo el nombre de Matanasio, tradujo en frances este prólogo, que habian omitido los traductores del QUIJOTE, y le dedicó al autor de la *Historia crítica de la república literaria* para confundir su afectacion, manifestándole en el proceder de Cervantes el retrato de un verdadero sabio, que *desprecia las prefaciones, se burla de los panegíricos, ridiculiza las citas, y se rie de las notas marginales, comentos y acotaciones con que los que quieren parecer literatos acostumbran adornar sus escritos, disfrazando con tan extraños afeites la razon en trage de cortesana.*

88 No necesitó de ellos Cervantes para unir en la narracion del QUIJOTE todas las cualidades que podian perfeccionarla. La narracion de cualquiera fábula ha de ser hermosa, dramática y dulce. La hermosura consiste en el orden y regularidad con que deben proporcionarse los sucesos raros y extraordinarios, de suerte que esten variados discretamente, y encadenados de modo que su enlaze parezca natural, y no efecto del arte. Lo comun y ordinario de los sucesos verdaderos, dice Bacon de Verulamio, y la seguida uniformidad con que la historia los presenta, estomaga y fastidia al entendimiento humano; en la fábula por el contrario, se recrea y explaya gozando de un espectáculo nue-

vo, inesperado y singular por la variedad de sus mutaciones.

89 De aqui se sigue que la narracion ha de ser dramática: pues asi como el historiador refiere, el fabulista imita, y por tanto no debe hablar en persona propia, sino en la de los interlocutores para variar y animar la narracion.

90 La dulzura de esta consiste en la mocion de los afectos, la cual gana la voluntad, al modo que su hermosura agrada al entendimiento. Por esta razon Horacio, el mas sabio legislador de las fábulas, pone por ley fundamental de su perfeccion que sean útiles y dulces.

91 Este mismo poeta encarece la hermosura de las narraciones de Homero, presentándolas como norma y modelo de todas. La moderacion con que empieza, el arte con que deduce de un principio llano y natural tantas decoraciones maravillosas, el juicio con que elige el punto de donde debe principiar, trasportando á sus lectores en medio de los sucesos, como si estuviesen enterados de sus causas, que despues refiere oportunamente: la eleccion con que sabe descartar todas las cosas que el arte no puede hacer lucir: el buen gusto en fin con que varía y mezcla la realidad y la ficcion, de suerte que el principio corresponda al medio, y este al fin; son las virtudes y gracias que hermosean las narraciones de Homero en el dictamen de Horacio.

92 Los críticos distinguen dos especies de orden en la narracion, uno natural, que comienza por el principio, á que siguen el medio y fin, y otro artificial, en el cual el medio está colocado antes del principio: Conforme á esta division es artificial el orden de la narracion en la Odisea, y natural en la Ilíada. Cervantes eligió con mucha propiedad el orden natural en el QUIJOTE, co-

mo mas acomodado á su asunto llano y popular.

93 Con este orden dirige todos los acontecimientos de la fábula, y todas las acciones y discursos de los interlocutores al punto preciso de su objeto, preparando de antemano los sucesos con la mayor naturalidad, variando las pinturas y situaciones con singular destreza, aumentando sucesivamente el interes del lector de aventura en aventura, y dejándole siempre columbrar los lejos de otras mas agradables para incitar su curiosidad, y llevarle insensiblemente hasta el fin de la fábula.

94 Muchas de las observaciones que se han hecho sobre los episodios y personages del QUIJOTE manifiestan, que aun aquellos acontecimientos que parecen opuestos ó indiferentes á la accion, estan ordenados de suerte que influyen en su continuacion. Los medios de que se valió el cura para reducir á D. Quijote fueron los que contribuyeron mas oportunamente al aumento de su locura por el mismo término con que intentaba remediarla. La condicion que puso Cardenio al principio de su historia, de que no le interrumpiesen (I. 274), parece á primera vista indiferente para la accion, y es la que enlaza con ella este episodio, y le hace servir de medio para continuarla. Lo propio sucede con el hecho de haber estorbado el cura la ida de Sancho al Toboso para entregar aquella graciosa carta á Dulcinea (I. 325), el cual es el origen de su trasformacion y encanto, y de todos los sucesos que resultan de él. La bajada á la cueva (III. 238), la entrada en casa de los Duques (III. 329), y la mayor parte de las aventuras, concurren igualmente á la prosecucion de la accion. Hasta los sobrenombres atribuidos á D. Quijote le dan un aire caballeresco muy á propósito para confirmarle en su locura, principalmente el de *caballero de los Leones*: epíteto arrogante y sonoro,

con el cual le parecia que llevaba un sobrescrito recomendable para dar á conocer su valor, y por esto Cervantes le hizo ganar este título poco antes del encuentro con la Duquesa (III. 178), para que se valiese de él al tiempo de presentarse á esta señora (III. 325).

95 Las aventuras que tienen particular relacion con el caracter del héroe, ó con su accion, estan preparadas con tal arte, que es necesario observarle atentamente para descubrirle. Entre las circunstancias que hacen mas admirables á Enéas y Aquiles, y dan mayor verosimilitud á sus victorias, debe reputarse como una de las mas esenciales la de las armas, que les hicieron fabricar Tétis y Vénus por mano del dios Vulcano. Esta máquina es de las mas singulares y agradables que hay en la Ilíada y Eneyda. Pero Homero no solo excedió á Virgilio en haber sido el original de ella, sino tambien en la destreza con que la condujo y manejó. Vénus lleva armas divinas á Enéas sin motivo y sin precision, porque este héroe conservaba las que habia tenido siempre, y debia pelear con Turno, cuyas armas eran obra de mano humana. Tétis las dió á Aquiles en ocasion que estaba desarmado, y tenia que combatir con Héctor vestido de las armas divinas, que el mismo Aquiles habia cedido á su amigo Patroclo. Esta diferencia manifiesta que la copia de Virgilio es forzada y fria, y el original de Homero animado y muy oportuno.

96 Si se comparan las armas de Tétis con el yelmo de Mambrino (I. 223) se verá igual ingenio y arte en Cervantes para ridiculizar á su héroe, que en Homero para hacer admirable al suyo. Cualquiera que lea esta aventura, y contemple á Don Quijote cubierta la cabeza con una bacía de barbero, conocerá facilmente el ingenio de Cervantes; pero no todos penetrarán el arte con que fue pre-

parando este suceso desde el principio de la fábula. Las armas que tenia D. Quijote, á mas de ser viejas, tomadas de orin y llenas de moho, estaban sin celada de encaje, por lo que le era indispensable buscar medio para completarlas. Primero fabricó con cartones una media celada, que desbaratada al primer golpe le precisó á rehacerla y fortificarla con unas barras de hierro (I. 6): despues se rompió segunda vez en la batalla del vizcaíno, quedando de resultas herido y desarmado D. Quijote, el cual indignado juró no sosegar hasta adquirir á fuerza de armas el yelmo de Mambrino, ú otro de igual temple (I. 86), á lo que contribuyó tambien Sancho representándole que sus desgracias procedian de no haber cumplido aquel formidable juramento (I. 188). Todas estas circunstancias hacen precisa, oportuna y muy graciosa la aventura de la bacía, que se le figuró á D. Quijote yelmo de Mambrino: y porque fuese mas verosimil, previno igualmente Cervantes la causa por qué relumbraba, el motivo de llevarla el barbero sobre la cabeza, y la ocasion con que este pasaba por aquel sitio: de suerte que la aventura de este yelmo fraguado en la imaginacion de Cervantes es semejante á la máquina de Homero, y mas natural que la de Virgilio.

97 El desenlaze de la accion está preparado tambien desde antes de la tercera salida de D. Quijote con la introduccion del bachiller Sanson Carrasco, que es uno de los principales y mas bien imaginados personages de la fábula (III. 25). Su intervencion la dispuso Cervantes de modo que hace verosimil el enredo, y natural el éxito ó solucion. El ama se vale de él para que estorbe con sus consejos la salida de D. Quijote, y él lo promete asi, y lo hace al reves, alentándole á que salga, y ofreciéndose á servirle de escudero. El lector no extraña la mudanza de este interlocutor cuando sabe que

tiene intencion de valerse de otro medio para curar á D. Quijote, y con esta idea sigue la fábula, deseando ver qué medio será el que pondrá en práctica para el logro de su intento; pero queda suspenso y absorto cuando al fin reconoce en el caballero de los Espejos al mismo bachiller (III. 145), que esperando curar á D. Quijote venciéndole, contribuyó al aumento de su manía quedando vencido. Esta catástrofe, y el disimulo con que oculta su intencion desde el principio, vencen la indeterminacion de Sancho, estimulan la locura de Don Quijote, entretienen la curiosidad de los lectores con los nuevos coloquios de los dos caballeros y escuderos, y hacen verosimil la prosecucion de la accion al mismo tiempo que preparan su desenlaze. Si Sanson Carrasco hubiera vencido á D. Quijote como pretendia, ó le disuadiera de su salida segun queria el ama, se hubiera concluido ó cortado la accion fuera de tiempo. Las persuasiones de este interlocutor y su vencimiento fueron causa de que continuase, y dieron motivo para que él mismo, incitado despues con el mensage que la Duquesa envió á la muger de Sancho (IV. 147), volviese mas prevenido y con mayor precaucion á buscar á D. Quijote, y le venciese (IV. 313), dando de este modo un desenlaze natural á la accion.

98. Todos los acontecimientos raros y extraordinarios del QUIJOTE los previno Cervantes con igual destreza. La historia del desencanto de Dulcinea, tantas veces nombrada, y que merece serlo por su singularidad, está encadenada desde el principio hasta el fin con mucho arte y habilidad. Los juicios y disposiciones de Sancho durante su gobierno, que parecen á primera vista inverosímiles y superiores á sus talentos y capacidad, los preparó de antemano Cervantes en el coloquio del canónigo de Toledo, el cual hablando con Sancho

sobre el mejor modo de gobernar, le asegura que lo principal es la buena intencion de acertar, porque *asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto* (II. 364). El ardid con que le precisaron á dejar el gobierno es tambien muy verosimil (IV. 177), porque está naturalmente prevenido con la carta anterior del Duque (IV. 103). La graciosa manía de hacerse pastor en que dió D. Quijote, despues que se vió precisado á dejar la caballería y las armas (IV. 331), la indicó igualmente el autor en el escrutinio de la librería, cuando la sobrina rogó al cura quemase las poesías pastorales juntamente con los libros caballerescos, no fuese que sanando su señor de una dolencia, diera en otra (I. 51). Estos ejemplos manifiestan suficientemente el orden y naturalidad con que Cervantes dispuso y enlazó los hechos en la narracion de su fábula.

99 La variedad que tiene en las pinturas y situaciones es igualmente arreglada y fecunda. Las descripciones estan sembradas por toda la obra, de modo que la hermosean sin confundirla, ni embarazarse unas á otras. Corriendo la vista por todo el lienzo de la fábula se descubren colocadas simétricamente, y distribuidas de trecho en trecho, la pintura de los estudios, amores y desastre de Grisóstomo (I. 100), la de los desdenes y condicion de Marcela (I. 103), la del caracter y circunstancias de Dulcinea (I. 118), la del alba (III. 395), la de la noche, del rumor que causa el viento en los árboles, y del temeroso ruido de los batanes (I. 200), la del desasosiego de los bandoleros (IV. 270), y la de la mañana de S. Juan (IV. 270). Entre ellas se verán tambien agradablemente interpuestas las descripciones de las aventuras caballerescas, las que hace D. Quijote de sus imaginados ejércitos (I. 178), la del ameno sitio donde se divertian cazando las

pastoras (IV. 231), y finalmente entre otras muchas la del desencanto anunciado por Merlin en aquella selva (III. 379), comparable por su magnificencia con el bosque encantado del Taso; pero exenta de la inverosimilitud, que con tanta razon han objetado á este admirable y excelente poeta.

100 Cuando estas descripciones son dilatadas, ó relativas á sucesos posteriores, conviene interrumpirlas, para dar mayor realze y hermosura á la narracion, enlazándola con el resto de la fábula, evitando el fastidio á los lectores, ó incitando su curiosidad. Cervantes no omitió tampoco este agradable artificio en la descripcion de la batalla del vizcaíno (I. 74), en el episodio de Cardenio (I. 282), en las dos novelas (II. 142, 206), y en los demas acontecimientos entretejidos en la obra.

101 Las situaciones de los sugetos hermosean igualmente la narracion por la contraposicion y diversidad con que las ordenó y varió Cervantes. El análisis de las actitudes de aquellos personages que hacen algun papel en la fábula, seria la demostracion mas á propósito para convencerlo, si su indispensable extension no precisara á reducirse únicamente á los dos principales.

102 Estos jamas se presentan en una situacion uniforme y constante: todos los sucesos varían alternativamente su felicidad ó infelicidad, y mudan el semblante de su fortuna. Cuando los dos se lisonjean de algun acontecimiento próspero, les sobreviene al momento una aventura desgraciada é infeliz, que los abate, é inopinadamente se les presenta otra ocasion favorable, que los consuela y llena de esperanza para continuar. Á mas de esta vicisitud comun al amo y al escudero varió tambien Cervantes las situaciones del uno respectivamente al otro. Regularmente Sancho queda salvo en las ocasiones en que D. Quijote sale apedreado,

herido ó malparado, y por el contrario cuando mantean ó apalean á Sancho, D. Quijote queda fuera de peligro, y sin la mas mínima lesion. Esta variedad es causa de que la narracion sea verosímil y agradable. Las graciosas infelicidades de D. Quijote y Sancho dan que reir á los lectores; las prosperidades que los confirman y engrien en sus fantásticos proyectos hacen natural su continuacion, y la diversa fortuna que corren en un mismo suceso los precisa á prorumpir en aquellos dislates propios de su respectivo caracter, con los que se anima el diálogo, y se complacen y divierten los lectores.

103 La hermosura que resulta á la narracion del orden, enlaze y variedad de los sucesos, se realza mas cuando el autor presenta inopinadamente un acontecimiento raro y extraordinario, ó deduce de los sucesos comunes alguna circunstancia nueva é inesperada, ó bien los adorna con ocurrencias graciosas y oportunas. La repentina aparicion de Marcela (I. 129) al fin del episodio de Grisóstomo es una especie de máquina singular y agradable, porque satisface la curiosidad, y da motivo á D. Quijote para obrar conforme á su locura. El encuentro de las doradas y resplandecientes imágenes de San Jorge, Santiago y San Pablo es tambien original (IV. 223). Cervantes despues de tantos acaecimientos terrenos presenta de improviso una aventura celestial á su héroe, el cual llevado de su manía al punto gradúa de caballeros andantes aquellos Santos, y les hace un elogio discretísimo, pero propio de su extravagante imaginacion.

104 La libertad de Melisendra representada por maese Pedro con los títeres (III. 281), y la necia simplicidad con que Sancho consoló á los vecinos del pueblo del rebuzno (III. 303), son unas circunstancias sacadas de aquellos sucesos con tal arte, que sin ellas seria su narracion fria, lánguida y

poco divertida. Las ocurrencias con que Cervantes llena algunos vacíos de su fábula, hermosean tambien la narracion, y contribuyen á aumentar la curiosidad. Tal es el cuento que Sancho refiere á su amo entre tanto que esperaban la venida del dia para acometer la aventura de los batanes (I. 206), é igualmente el que contó con motivo de rehusar D. Quijote la cabezera de la mesa con que el Duque le convidaba (III. 336). Este es tan del caso, tan agradable y bien traido, que excede y hace mucha ventaja á la fábula de Níobe, referida por Aquiles, para convidar á Príamo. No es menos singular y graciosa la descripcion de las siete cabrillas, que el mismo Sancho hace, suponiendo que se habia apeado del Clavileño para entretenerse con ellas, y verlas á su sabor (IV. 48): descripcion que tiene mucho mérito por la agudeza con que en ella zahiere y moteja Cervantes aquella agradable y disparatada locura del Ariosto, cuando Astolfo va sobre su hipogrifo á la luna para traerle á Orlando la redoma donde estaba depositado el juicio que habia perdido. Estos adornos esparcidos con discreta economía, y sembrados ordenadamente por toda la narracion, la hacen hermosa y agradable, no tanto por la multitud de decoraciones, cuanto por el buen gusto y el acierto con que cada cosa ocupa el lugar que le es mas propio y conveniente.

105 El mismo orden observó Cervantes en el todo de la narracion. Primero sale D. Quijote solo: despues vuelve á salir acompañado de un escudero, y se va dando á conocer poco á poco en algunas aventuras: luego crece su fama con la ocurrencia de los extraordinarios sucesos de la venta y de su encantamiento: á la tercera salida, ufano ya con la publicacion de su historia, y famoso por ella hasta en los reinos extrangeros, emprende hazañas mayores, vence caballeros, arrostra leones, sale de los

términos de la Mancha y de los lugares pequeños, para correr otras provincias, y presentarse en las ciudades: se hospeda en casa de los grandes y principales caballeros, y va aumentando sucesivamente su fama y su locura, y con ella la diversion é interes de los lectores, que siguen á este héroe desde el principio hasta la conclusion de la fábula, creciendo siempre su curiosidad y gusto por medio de un particular embeleso é ilusion, que supo manejar Cervantes de modo que se siente y no se descubre.

106 Este sucesivo aumento del entretenimiento y complacencia de los lectores prueba que la segunda parte del QUIJOTE es superior á la primera. Efectivamente las aventuras son mas extraordinarias y magníficas, los personages tienen mas nobleza, y la narracion está mejor seguida y mas animada. Longino compara á Homero en la Odísea con el sol cuando está en su ocaso, que conserva su grandeza, pero no tiene ni tanta fuerza, ni el mismo ardor. Igual censura han merecido el Paraiso conquistado de Mílton, y los seis últimos libros de la Eneyda. Estos grandes ingenios, ó por haberse agotado en sus primeras invenciones, ó por haberlos debilitado la edad, no tuvieron igual fuerza en todas sus obras. La imaginacion del autor de D. QUIJOTE se conservó siempre como un rico y abundante manantial, cuya fecundidad no conoce término ni menoscabo.

107 Cada parte del QUIJOTE se divide en varios capítulos: estas divisiones estan hechas con mucho discernimiento, y sirven de pausas oportunas para no fatigar la atencion, ó para animarla, contribuyendo asi á la economía y buen orden de la narracion.

108 Aristóteles alaba la de Homero sobre todas las de otros poetas, porque para hablar intro-

duce siempre á los interlocutores, y dice muy pocas cosas en su propia persona. La simple leccion del QUIJOTE evidencia que Cervantes siguió su ejemplo. Todo lo hacen y dicen los interlocutores, el autor jamas parece sino cuando es indispensable para enlazar los discursos entre sí, ó con los sucesos de la fábula.

109. De esta observacion se infiere que la narracion no debe interrumpirse con digresiones, ni menos ha de cortarla el autor para hacer reflexiones en persona propia. Virgilio evitó estos defectos. Si hace alguna reflexion, es breve é indispensable para el desenlaze de la accion; las sentencias y máximas morales nunca las dice él, ni menos las propone directamente, sino las disfraza poniéndolas en boca de los interlocutores para darles mayor fuerza y energía. Cervantes procedió con el mismo juicio y moderacion. La reflexion mas dilatada es la que hizo sobre la pobreza con motivo de haberse roto las medias á D. Quijote en casa del Duque, y aun esta la hace en persona de Cide Hamete Benengeli (IV. 74). Si tal vez pone alguna digresion á la entrada de los capítulos, es tambien en boca del mismo, y con el fin de ridiculizar esta costumbre introducida por los árabes. Pero lo hace con grande discrecion, evitando el exceso de la Mosquea y otros poemas, en que cada canto empieza con una arenga, ó termina con una larga despedida. Las máximas y sentencias de que abunda el QUIJOTE estan embebidas en los razonamientos de los interlocutores, y jamas se vale Cervantes de ellos para ostentar una erudicion importuna: dice solamente lo que conviene, y omite todo lo demas con un juicio, gusto y moderacion singular, de suerte que es tan digno de alabanza por lo que calla como por lo que dice. Verdad es que algunos han notado falta de erudicion en Cervan-

tes; pero tambien es cierto que son de aquellos que gradúan la literatura por el número de citas, ó prefieren la ciencia intempestiva de Lucano á la oportuna instruccion y sabiduría de Virgilio.

110 Su Eneyda puede servir de norma para la dulzura de la narracion. En ella se excita todo género de pasiones: el amor, la compasion, la tristeza, la alegría y el regocijo; pero sobresalen la bondad y la piedad, como mas conformes al caracter de Enéas, al modo que en la Ilíada el furor y venganza predominan á todos los demas afectos. Los principales del QUIJOTE son la locura del héroe y la alegría y risa de los lectores: mas no por eso faltan el amor, la compasion y tristeza en los sucesos de Cardenio (I. 329), Dorotea (II. 6) y Basilio (III. 222): el terror en el éxito de Grisóstomo (I. 106) y Torrellas (IV. 260): la admiracion en la aparicion de Marcela (I. 129), en la aventura de Merlin (III. 384), y en la resurreccion de Altisidora (IV. 343): el furor en los pueblos del rebuzno (III. 271), y la venganza en los bandoleros (IV. 264). Toda la fábula abunda en varias pasiones expresadas al natural, y compuestas con destreza, las cuales hacen dulce y afectuosa la narracion, al mismo tiempo que el orden y proporcion le dan hermosura, y los interlocutores la representan, ocultando con su bien seguido diálogo la persona del autor.

111 Este es semejante á Homero hasta en la conclusion de la fábula. La Eneyda y la Jerusalen acaban con la accion: en la Iliada, terminada la accion, sigue la fábula con los juegos fúnebres de Patroclo, y el rescate del cadaver de Hector, que son unas consecuencias de la accion, á las cuales llama Horacio el final de las obras largas y dilatadas. Cervantes tuvo aun mayor motivo que Homero para continuar la fábula despues de conclui-

da la accion, á fin de dejar á su héroe perfectamente feliz, y realzar mas la moralidad de la obra. La locura de D. Quijote por resucitar la caballería andante imitándola, aunque cesó en cuanto á esta accion con la victoria de Sanson Carrasco (IV. 311), le dejó expuesto á otras extravagancias: y por tanto para curarle radicalmente, y dejarle en una situacion del todo feliz, era forzoso volverle á su antiguo estado. Asi lo hace Cervantes siguiendo la fábula con la mayor verosimilitud, llenando el intermedio con escenas muy propias del asunto, y del caracter y actual situacion del héroe, hasta que cobrado su juicio, despejada su razon en fuerza de una calentura (IV. 387), y restituido Don Quijote á su antiguo ser de Alonso Quijano el bueno, conoció sus desvaríos, detestó su locura, y los libros que la habian causado, y murió en el seno de la paz y tranquilidad cristiana (IV. 392), terminando este personage con toda la felicidad imaginable, y concluyendo la fábula con la instruccion mas oportuna y propia del fin para que se compuso.

ARTÍCULO VI.

PROPIEDAD DEL ESTILO DE ESTA FÁBULA.

112 No podria conseguir este fin agradando á los lectores si no tuviese la narracion un estilo correspondiente al objeto de la obra, del mismo modo que una pintura de buena invencion y dibujo no gusta ni complace á los inteligentes si le falta el realze de la luz y la sombra, y la última mano del pintor en el buen gusto y perfeccion del colorido.

113 Dista tanto el lenguage sublime y poético de las epopeyas del que debe usarse en las fábulas

populares, que no cabe otra comparacion entre ellos, sino la de su respectiva conformidad con la naturaleza y asunto de cada una de estas obras. La razon, la experiencia y el dictamen uniforme de los sabios concuerdan en que el estilo de unas y otras ha de ser puro, enérgico y conveniente. La pureza consiste en la naturalidad y propiedad de las voces: la energía en la precision y claridad de las expresiones; y la conveniencia en la eleccion del estilo correspondiente á la materia, que es la regla fija y segura para determinar su locucion. Los maestros de elocuencia señalan tres géneros de materias, de que derivan igual número de estilos. El sublime, el sencillo, y el medio entre estos dos. El primero corresponde á las materias heróicas y grandes, el segundo á las populares, y el último á las medianas.

114 Hasta los críticos mas severos confiesan á Homero la sublimidad de sus pensamientos, y la magestad y elevacion de su estilo. Longino sacó de la Ilíada y Odisea los principales ejemplos de su tratado de lo sublime, y Quintiliano dió én pocas palabras una idea de la perfeccion de su estilo, graduándole de sublime en los objetos grandes, propio en los pequeños, difuso y conciso á un mismo tiempo, festivo y grave, y tan admirable por la abundancia como por la brevedad. Toda la antigüedad ha mirado á Homero como el mejor modelo de la elocuencia; y los modernos no pueden separarse de esta decision, porque ni conocen toda la nobleza y propiedad de las voces, ni tienen oidos capaces de distinguir el legítimo acento de la musa griega.

115 El estilo del QUIJOTE tiene á favor de su pureza y energía un número de aprobaciones igual al de los sabios que han hablado de él. La respetable autoridad de estos, entre los cuales se cuenta

la Academia Española, se confirma con la facilidad y complacencia que encuentran en su leccion hasta los hombres mas ignorantes y rudos, que no comprenderian la locucion si las voces fuesen extrañas é impropias, ni menos penetrarian el alma y las gracias de los pensamientos, á no tener extremada claridad y precision. Ninguno ha repetido jamas la leccion de un paso del QUIJOTE para descifrar su sentido, sino para volver á gustar de nuevo la festividad y elegancia con que los expresó Cervantes: y si la pureza y energía de su estilo tuvieran el auxilio de la rima y cadencia poética, se sabrian de memoria y cantarian los lugares mas escogidos del QUIJOTE, al modo que se practicaba en Grecia con los episodios de la Ilíada y Odisea, segun el testimonio de Eliano.

116 Esta general aprobacion del estilo de Cervantes prueba tambien que es llano, natural y conveniente á la materia de su fábula, á la cual se acomodan el lenguage popular y sencillas expresiones de la prosa, igualmente que á los asuntos heróicos de Homero las figuras y ornamentos de la poesía. El diferente estilo que usan los autores mas famosos en las comedias y tragedias confirma esta eleccion de Cervantes, y es otra prueba de la conveniencia que hay entre su locucion y su asunto.

117 Nada da á conocer el talento de un autor tanto como el que su estilo se conserve siempre dentro de su esfera, sin tocar en ninguno de los vicios con quienes tiene afinidad. Los poetas faltos de ingenio y juicio suelen ser afectados y frios, queriendo parecer heróicos; y la mayor parte de los que usan el estilo popular han equivocado la sencillez con la vileza, y la templanza con la sequedad. Homero y Cervantes estan exentos de estos defectos. La Ilíada es sublime sin hinchazon, noble sin afeite, y elevada sin obscuridad: el QUI-

JOTE llano sin bajeza, sencillo sin debilidad, y familiar con decoro. Ambas obras conservan la conveniencia de su estilo con una igualdad y temperamento muy dificil, y reservado á los ingenios de primer orden.

118 Si esta dificultad se hubiera de graduar por la apariencia, pareceria que el mérito y la ventaja estaban de parte del estilo sublime, y que el familiar tiene tanta facilidad cuando se imita como cuando se lee; pero los jueces mas respetables de la elocuencia Ciceron, Horacio y Quintiliano confiesan que la facilidad de este estilo es aparente, y que en la práctica suda y trabaja en vano el que se determina á imitarle. Á la verdad la grandeza misma de los objetos, la nobleza de las figuras y metáforas, y el artificio de la locucion épica arrebatan la atencion de los lectores de modo que no les permiten pararse en las menudencias, ni divisar los defectos; mas en el estilo llano no hay falta, por pequeña que sea, que no se note, ni descuido que no se advierta; y el continuo esfuerzo indispensable para evitarlos no es menos dificil que el conato que requiere el estilo elevado y sublime.

119 Los modos de hablar triviales y bajos desfiguran mas á este estilo que al popular; pero la naturaleza de su asunto desvía por sí misma al autor de la ocasion de emplearlos. El QUIJOTE abunda de objetos muy familiares, tanto como la Ilíada de heróicos, y la exactitud con que Cervantes los pinta, sin envilecerlos ni confundirlos, es mas apreciable y singular que lo que comunmente se cree.

120 Los antiguos, que escribieron en lenguas ya muertas para nosotros, tienen en este punto una ventaja, que no alcanza á los modernos. Si hubiese en la Ilíada frases envilecidas con el uso popular,

ó expresiones bajas, no chocarian ahora á los críticos mas delicados, como hubiera sucedido entonces á los griegos, que las oian todos los dias en la conversacion y en el trato civil. Los escritos en lenguas vivas estan sujetos á la censura del vulgo, y no pueden tener siquiera una voz impropia ó muy trivial, que no la note al punto la mayor parte de los lectores. Pero hasta ahora no se ha encontrado en el QUIJOTE término ni expresion que no sea noble y decorosa, sin embargo de que su estilo ha sido examinado á la luz de dos siglos, y juzgado por oidos sabios, circunspectos é inteligentes.

121 Este mérito crece y se aumenta, si se considera el estado de la lengua castellana por aquel tiempo. El autor del Diálogo de las lenguas, el maestro Francisco Medina, Fernando de Herrera y Ambrosio de Morales, que florecieron en él, se quejan del abandono y descuido con que los españoles miraban su lengua, la cual llegó á envilecerse y abatirse de modo que nadie se determinaba á valerse de ella en asuntos capaces de mejorarla y perfeccionarla. No se escribian por lo comun en castellano sino vanos amores ó fábulas vanas: nadie osaba encomendarle cosas mas nobles, temiendo obscurecer la obra con la bajeza del lenguage: de lo que resultaba que no habia libros cuyo estilo fuese texto de la lengua, y cuya leccion é imitacion sirviese de regla para decir correcta y elegantemente. Á esta sazon principió á escribir Cervantes, y á mejorarse nuestra lengua, hasta llegar á lo último de su perfeccion. España admirada vió en el QUIJOTE una repentina y súbita trasformacion de nuestras antiguas fábulas: la vanidad cambiada en solidez, la bajeza en decoro, el desaliño en compostura, y la sequedad, dureza y grosería del estilo en elegancia, blandura y ame-

nidad. Cierto es que á esta mutacion habian contribuido otros autores amantes de su lengua; pero tambien es verdad que la naturaleza dotó á Cervantes con las particulares perfecciones de todos. La gravedad de Luis de Granada, la dulzura de Garcilaso, la pureza de Luis de Leon, la elevacion de Fernan Perez de Oliva, y la sencillez de Hernando del Pulgar estan enlazadas en el QUIJOTE, y unidas á la gracia y festividad propia de su asunto, y peculiar de su autor, que es tan inimitable en lo jocoso, como Homero en lo sublime.

122 Hay dos géneros de jocosidad: uno servil, chocante, torpe é indecoroso: otro elegante, urbano, ingenioso y festivo. Aquel en sentir de Ciceron es indigno de los hombres, y este propio solamente de los discretos, que saben usarle en tiempo y con oportunidad. Cervantes sazonó el QUIJOTE con todas las gracias de este estilo, sin desdorarle con bufonadas ni chocarrerías.

123 Las jocosidades á propósito para movernos á risa son, segun Quintiliano, las que proceden de la persona propia, de la agena, ó de los objetos medios. Cuando uno dice advertidamente algun disparate ó despropósito, cuando pinta los defectos agenos con viveza é ironía, cuando introduce un personage ridículo para que represente el papel de héroe, un simple que habla á bulto de lo que no entiende, ó un indiscreto que descubre frescamente y sin embozo lo que debia ocultar, entonces se excita la risa de los oyentes por medio de las personas agenas ó de la propia. Todas estas gracias se encuentran á cada paso en Cervantes. Las sencillezes y malicias de Sancho, la heroicidad ridícula de D. Quijote, y el disimulo burlador de los personages que siguen ó incitan su locura, son unos ejemplos tan visibles y frecuentes, que no necesitan individualizarse.

124 Los dichos y respuestas inopinadas que nacen de ignorancia ó disimulo, las ponderaciones irónicas, las frases burlescas, los juegos de palabras, los equívocos, y los modos de hablar familiares son jocosidades sacadas de los objetos medios. Todas ellas son comunes en el QUIJOTE, y agracian su locucion, porque Cervantes supo emplearlas sabia y comedidamente. Sin embargo de la fecundidad de nuestra lengua, y del ensanche que le permitia su asunto, rara vez se vale de equívocos, ó juega con las voces, y cuando lo hace es con una propiedad y discrecion que falta á muchos de nuestros escritores y poetas, cuyo principal númen consiste en aquellas puerilidades indignas de la poesía y del estilo serio, é insufribles siempre que se usan sin juicio y sin moderacion.

125 Los modos de hablar familiares son tan castizos en nuestra lengua, que en ellos se conserva su primitiva pureza. La continuacion y frecuencia con que vulgarmente se repiten les ha dado el nombre de refranes, y su abundancia es tanta, que seria preciso hacer una larga digresion si se hubiesen de nombrar las varias colecciones impresas y manuscritas desde Iñigo Lopez de Mendoza hasta Luis Galindo, las cuales ha procurado compilar el discreto y sabio caballero D. Juan de Iriarte. La gracia que dan estos refranes al estilo jocoso cuando se usan con oportunidad, y observando el decoro de las personas, está bien manifiesta en la Celestina, Florinea, Eufrosina y Selvagia, cuyo ejemplo siguió Miguel de Cervantes con el mismo esmero con que evitó la imitacion de los equivoquistas. En ninguna obra estan los refranes mejor aplicados que en el QUIJOTE; y ellos son los que llenan de pureza, gracejo y naturalidad los discursos de Sancho, por la propiedad con que los encadena algunas veces, por el despropósito con

que los amontona otras, y por la conveniencia que tienen siempre con su caracter.

126 Valiéndose de él usó Cervantes otro medio muy propio del estilo jocoso, introduciendo en los razonamientos de Sancho, del cabrero Pedro, y de otros personages, algunos vocablos corrompidos y desfigurados, que mueven á risa por la sencillez con que los dicen, y por el teson con que D. Quijote se empeña en reprenderlos y enmendarlos.

127 Tambien el arcaismo, ó uso de voces anticuadas, conviene al estilo jocoso, porque divierte con la imitacion del lenguage antiguo y desusado. Cervantes tenia particular gusto y conocimiento para remedarle, y en nada se conoce mas la destreza con que manejaba nuestra lengua, que en la facilidad con que se acomoda á toda especie de locuciones, usando de cada una como si ella sola hubiera sido el objeto de su estudio y aplicacion.

128 Una de las pruebas mas auténticas de esta destreza, del desenfado con que ridiculizó las ideas caballerescas, y de la aceptacion de su obra, es haber enriquecido la lengua con voces nuevas. Los nombres de *D. Quijote*, *Sancho Panza*, *Pedro Recio*, *Maritornes* y *Rocinante*, formados en la imaginacion de Cervantes, son ya voces peculiares de nuestra lengua, que significan un *desfacedor de tuertos*, un *hablador simple*, un *doctor impertinente*, una *muger tosca y zafia*, y un *caballo flaco*. Ademas de estas se han deducido del nombre de D. Quijote otras voces igualmente significativas, como *quijotada*, *quijotería* y *quijotesco*. Su inventor tuvo el mérito de introducirlas junto con la complacencia de verlas admitidas en la lengua castellana.

129 En ella pudieran usarse tambien proverbios sacados del QUIJOTE. No habria modo mas

festivo y donoso para corregir á los que interrumpen á cada paso sus discursos con digresiones importunas, como decirles *que volviesen presto de Tembleque*, al modo que lo dijo el religioso de casa del Duque á Sancho (III. 338). El mayor honor que puede tener una obra cómica en opinion de Fontenelle es que se saquen proverbios de ella. Si muchas de las ocurrencias de Cervantes no logran esta honra, es por culpa de los que no han tenido discernimiento para encontrarlos, ó buen gusto para agraciar con ellos su estilo.

130 Por falta de este gusto suelen nuestros escritores caer en afectacion, queriendo evitar la repeticion y monotonía de las voces, ó bien usar un estilo desaliñado, por huir de esta compostura estudiada. Macrobio observó que las repeticiones de Homero tienen cierto mérito peculiar á este gran poeta, que no ha podido imitar otro alguno. Cervantes tambien repite á veces en un período los mismos términos y expresiones, pero de un modo tan suave y natural, que ni chocan al oido, ni alteran la energía y propiedad de su estilo. Uno y otro dieron á conocer en esta semejanza, que los grandes ingenios son elocuentes, aunque no se afanen por parecerlo.

131 Ninguno lo será, no obstante que carezca de todo vicio, si le falta la primera y principal virtud, que es lo que Longino llama sublime. Este consiste en una cierta fuerza, viveza y novedad singular y extraordinaria, que deleita, admira y suspende, arrebatando la atencion de los lectores como á pesar suyo. Los tres géneros de estilo admiten este sublime, el cual puede encontrarse en el estilo llano, y faltar en el heróico, porque no es lo mismo estilo sublime, que lo que aquel crítico griego entiende por sublime en el discurso.

132 Boileau y los demas que han ilustrado esta materia convienen en que el sublime no depende de la expresion, y puede hallarse en todos estilos; pero ni nombran ni excluyen tampoco al jocoso; por lo que será conveniente proponer algunas observaciones sobre este punto, que á mas de ser curioso en sí mismo, no ha sido tratado hasta ahora por ningun escritor.

133 El principal mérito de una obra irónica y burlesca no consiste en la festividad del estilo, ni en lo donoso de la diccion, sino en un cierto ridículo que está en la sustancia del discurso, no en el modo, y pende del pensamiento, y no de la expresion. Al modo que en la pintura hay algunos pintores que saben el secreto de copiar las cabezas mas serias, haciéndolas paródicas y ridículas, sin faltar á su semejanza, sin mudar sus facciones, ni alterar su combinacion, asi tambien en la fábula se puede retratar con toda propiedad cualquier objeto, ridiculizándole al mismo tiempo con un cierto aire burlesco, mas facil de conocer que de definir. Este equivale en las obras jocosas al sublime de los discursos serios, y es el que las perfecciona y hace excelentes.

134 Que Cervantes use frases burlescas, expresiones festivas, voces graciosas: que sazone con refranes el lenguage de Sancho: que imite los idiotismos caballerescos en persona de D. Quijote: que adorne el diálogo de los demas personages, y su estilo con todos los donaires de la locucion, es un mérito singular y grande; pero mérito que agrada mas á los hombres de humor que á los circunspectos, mas á los que poseen perfectamente la lengua que al vulgo, y mucho mas sin comparacion á los españoles que á los extrangeros. Pero que cuando los tiene á todos gustosamente divertidos con sucesos extraordinarios y graves: cuando Don

Quijote y Sancho estan llenos de admiracion, y los demas personages ocupados enteramente en cosas las mas separadas de la locura de aquel héroe: que entonces Cervantes saque de improviso, y como por una especie de magia, una ridiculez donosísima, oportuna, y naturalmente deducida de aquellos objetos tan distantes, este es el universal y primer mérito de la obra, y donde mostró su talento original.

135 Para hacerlo visible basta un ejemplo en la visita de las galeras que hizo D. Quijote acompañado de un caballero de Barcelona. Cervantes pinta con su acostumbrada maestría el saludo y fueraropa de los forzados, el chasco de Sancho, el rezelo de D. Quijote, la admiracion que causaron á ambos las maniobras y el zarpar de la capitana, y últimamente la dureza del cómitre en el castigo de la chusma. El lector conoce la distancia é inconexion de estos objetos con la caballería andante, está atento á la sorpresa y novedad que causan á D. Quijote, y no espera ni imagina que pueda mezclarse allí su locura, ni enlazarse con aquel suceso; pero Cervantes arrebata inopinadamente su atencion, y la traslada al desencanto de Dulcinea (IV. 295) con el ridículo y festivísimo apóstrofe que D. Quijote dirige á Sancho, persuadiéndole que se desnude, tome lugar entre los forzados, y deje el desencanto á la discrecion del cómitre. En esta y otras muchas ocurrencias, igualmente felices é inesperadas, se ve la fuerza de aquel ridículo, á cuya posesion debió Cervantes la palma de las gracias, que esparcieron el eco de su fama en toda la posteridad.

136 Longino asegura que el verdadero sublime es aquel á quien no podemos resistir, cuya impresion es casi eterna en nuestra memoria, y agrada universalmente á todos. Cuando un grande número

de personas de diferente humor, inclinacion, edad, profesion y lengua sienten todas igualmente la fuerza de un lugar de cualquier discurso, entonces este juicio y aprobacion uniforme de tantas personas, discordes en lo demas, es una prueba indubitable y cierta de que hay en él verdadero sublime.

137 Estas mismas señales convienen de todo punto al expresado lugar del QUIJOTE, y á todos los demas de igual naturaleza. Su gracia, festividad y donaire son independientes del estilo y de la diccion, y no estan reservadas á los españoles, ni á los hombres de buen humor, ni á los sabios; al contrario han hecho reir universalmente á toda clase de personas y naciones, y serán siempre escuchadas con gusto y aplauso en los cuatro ángulos del mundo, y hasta la última Thule. Saint-Evremond aconseja á los desdichados, que para aliviar y explayar el ánimo prefieran á la leccion de Séneca, Plutarco y Montaña, la de Luciano y Petronio, y á todas estas la del QUIJOTE: *sobre todo*, dice, *os recomiendo á D. Quijote, pues por grande que sea vuestra afliccion, la delicadeza y finura de su ridículo os encaminará insensiblemente á la alegría.* Esta finura y delicadeza es el sublime de la fábula ó discurso burlesco.

138 El juicio que formó Julio César de las comedias de Terencio en aquellos discretos versos que ha conservado Suetonio, confirma igualmente que las obras jocosas tienen un cierto sublime, que les es peculiar. Todo el mundo sabe el mérito de las comedias de Menandro, y el conato que puso Terencio en imitarlas: sin embargo no pudo llegar mas que á la mitad de su perfeccion. Su estilo es puro, suave, elegante y gracioso: en esta parte fueron semejantes; pero al latino le faltó la fuerza cómica, aquella virtud que sobresale tanto en el griego, y es la que caracteriza y da todo el va-

lor á sus comedias. Los críticos la llamarán como gustaren; pero no podrán negar que esta fuerza cómica de Menandro, y aquel ridículo fino de Cervantes hacen el mismo efecto en las obras jocosas que el sublime de Longino en las serias.

139 Ambas varían su peculiar estilo con atencion á las circunstancias. El QUIJOTE levanta la voz en algunas ocasiones, al modo que la Ilíada muda el tono en otras; pero Homero cuando quiere familiarizarse se baja á veces tanto, que suele separarse de la gravedad de la epopeya, degradándola con pinturas burlescas, como el retrato de Vulcano, el de Tersites, el de Iro, y la historia de Marte y Vénus. Cervantes divierte á sus lectores muy á menudo con objetos serios; pero muy distantes de todo lo que es hinchado y gigantesco.

140 El estilo con que hablan en algunos asuntos D. Quijote, el canónigo de Toledo, el caballero del Verde Gaban y demas personages graves, es igual, serio y digno del caracter de estos interlocutores; pero á todos excede el de algunas pinturas, cuya dulzura y nobleza es tanta, que todas las ponderaciones no son capaces de encarecerla. Por esto conviene trasladar aqui una de ellas para complacencia de los lectores sabios, y satisfaccion de los incrédulos.

141 Cuando D. Quijote imagina que son ejércitos los dos rebaños hace una hermosa é individual descripcion de sus principales caballeros; y despues para referir las naciones que los componen añade (1. 179): *A este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones. Aqui estan los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las fa-*

mosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo.

En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elíseos jerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino, finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

142 La exquisita erudicion de Cervantes, y la propiedad con que señala á cada nacion su peculiar atributo, no son tan agradables como la suavidad de su diccion, que hizo mas grata valiéndose de los rios de nombre sonoro y dulce. Tal es su estilo en esta descripcion, semejante á un rio claro y cristalino, cuya sesga y mansa corriente está convidando á gozar de la amenidad de sus riberas y de la pureza de sus aguas.

143 Todos los críticos han celebrado el catá-

logo de las naves de Homero en la Ilíada, y la enumeracion de los auxilios de Turno en la Eneyda. El paralelo con la expresada descripcion de los ejércitos hace ver que su autor no es menos original y elegante que los poetas griego y latino.

144 En los lugares mas heróicos del QUIJOTE elevó el estilo conforme á la grandeza del asunto, decorándole con todas las gracias de la elocuencia. Los personages imaginarios de la Ilíada no los empleó Homero, segun observa Addison, sino para animar la expresion de las cosas sencillas. En lugar de decir que los hombres huyen cuando temen, pinta el temor y la fuga como compañeros inseparables, y de la misma suerte representa á la victoria siguiendo los pasos de Dioméдes, á las gracias como camareras de Vénus, y á Belona vestida del terror y de la consternacion. Es evidente que estas figuras alegóricas tienen mucha gracia cuando se usan de paso y con discrecion. Cervantes se valió asi de ellas para expresar la atencion con que estaba todo el auditorio en la resurreccion de Altisidora. Dice que en aquel sitio *el mismo silencio guardaba silencio*: y á fin de exagerar la delicadeza de manjares de un banquete, introduce al apetito dudoso y perplejo, *sin saber á cuál de ellos debia alargar la mano*. Estas expresiones, y las demas que pudieran alegarse, manifiestan que Cervantes se sirvió de los personages imaginarios, al modo que Homero, sin darles mas que una accion momentánea, para presentar al lector las ideas sencillas mas agradablemente y con mayor viveza.

145 El mismo efecto hace en nuestro ánimo la armonía del estilo, por cuyo medio nos parece que vemos y oimos los sucesos de la fábula. En la Ilíada se oye el rozamiento de las cuerdas, el choque de las armas, el ruido de los combatientes, y se ve la ligereza de los caballos, y el enorme peso

de la piedra de Sísifo. El poeta embelesa y suspende la atencion del lector con esta armonía propia de la heroicidad de su asunto, de la índole de su lengua, y de la medida y cadencia de la poesía. En el QUIJOTE faltan todas estas circunstancias. El único objeto maravilloso es el desencanto de Dulcinea, y con todo se ve en él expresado (III. 379.) *el veloz y precipitado curso de las exhalaciones, el tardo y sosegado paso de los perezosos bueyes, el rechinamiento de las chilladoras ruedas de los carros, y el confuso rumor y ronco mormullo de las lejanas trompas y bocinas:* de suerte que Cervantes empleó la armonía del estilo heróico, extraña en su lengua, y conveniente solo en este lugar de su fábula, con un acierto igual por lo menos al que tuvo Homero cuando se valió del estilo jocoso para expresar algunos objetos de su poema.

146 Otra de las virtudes del estilo de Cervantes es la multitud de expresiones diversas con que amplía los pensamientos, ó individualiza un mismo afecto en distintas personas. La pintura que hace de la admiracion (III. 275) que causó el mono adivino en todos los circunstantes, cuando maese Pedro saludó á D. Quijote, basta para conocer la afluencia de este autor, y la riqueza y fecundidad de nuestra lengua.

147 Homero empleó los inmensos tesoros de la suya en la versificacion de la Ilíada: todos los dialectos griegos se perfeccionaron entre sus manos, y contribuyeron á la magestad, variedad y abundancia de la diccion de este poema. Cervantes no tuvo gual ensanche y libertad á causa de la respectiva escasez é imperfeccion de nuestra lengua, y de la corrupcion con que la hablaban algunos provinciales, y casi todos los autores caballerescos; pero no perdió la ocasion de imitar el lenguage vizcaíno,

el provincial de la Mancha, y el idioma de la caballería andante, burlándose de ellos, y enmendándolos con el remedo. Este discreto autor, no contento con proscribir las locuras caballerescas, quiso desterrar tambien su afectado y ridículo estilo.

148 El de las poesías que introdujo en el Quijote es castigado, puro, y está exento de los defectos que tienen las composiciones de la Galatea. En ninguna otra cosa se descubre mejor la madurez y circunspeccion con que escribió el Quijote, que en los versos de esta fábula. En ellos supo templar su aficion y esforzar su numen, usándolos con moderacion, trayéndolos oportunamente, y trabajándolos con mayor esmero y atencion que todos los demas de sus obras.

149 El Quijote es la mas á propósito para conocer la perfeccion de nuestra lengua y la elocuencia de Cervantes. Si fuera lícito dejar correr el discurso libremente, y la razon no precisara ya á ponerle término, se haria una enumeracion individual de las virtudes, adornos y variedad de su estilo. Se presentarian aqui todas las figuras de pensamiento y diccion vestidas con aquella gala y bizarría que tienen cuando salen voluntariamente del regazo de la elocuencia, sin que las arranquen por fuerza de los senos de la retórica. Se descubriria la magestad con que se eleva en algunos lugares, la sencillez con que se acomoda á otros, y la nativa gracia con que los hermosea todos, y con esto se manifestaria juntamente, que es mucho mas fácil ampliar los elogios de este ilustre escritor, que moderarlos.

150 La propiedad de su locucion, unida á la invencion y disposicion de la fábula, forman de sus varias partes un todo uniforme, variado, que excita la curiosidad; y es tan agradable, que lle-

va divertido y embelesado al lector hasta ponerle en proporcion de aprovecharse con utilidad de su moral.

ARTÍCULO VII.

DISCRECION Y UTILIDAD DE LA MORAL DEL QUIJOTE.

151 Dos son los principales medios de proponer á los hombres las verdades morales: los ejemplos de las virtudes y vicios sacados de la Historia, y los consejos y preceptos para su imitacion ó desprecio tomados de la Filosofía. La Fábula los abraza ambos, y los anima y suaviza de modo, que su moral es superior á la de la Historia y Filosofía. Los ejemplos que nos propone la Historia son imperfectos, diminutos, y carecen del alma que les da la Fábula, la cual los pinta no como se encuentran en la sociedad, ni como ordinariamente son, sino como deben ser, retratándolos con toda la propiedad y verosimilitud precisa para ser creidos, y dándoles todo el fondo y extension que necesitan para hacer mayor impresion en el ánimo de los lectores. El historiador solo puede copiar la virtud y el vicio hasta el término que le permiten sus originales; pero el fabulista retrata los hombres con un pincel libre, manifestándoles sin limitacion su debilidad, su grandeza, sus pasiones, sus vicios y sus virtudes, para mostrarnos de un golpe toda su hermosura ó deformidad, á fin de excitar nuestro amor ó nuestro aborrecimiento.

152 La Filosofía se vale para corregirnos de preceptos y consejos; pero la Fábula, sin disminuir en nada su fuerza, los mejora solo con despojarlos del sobrecejo y sequedad del Pórtico. El velo de la ficcion templa los vehementes rayos de

las verdades morales, proporcionándolos á la debilidad de nuestra vista, y la propension con que naturalmente anteponemos lo agradable á lo provechoso sirve de medio para inducirnos á la práctica de las severas máximas de la Filosofía, proponiéndolas con todos los halagos de una insinuacion dulce, y con todos los adornos de una discreta persuasion. A la manera que un camino largo, pero suave, ameno y divertido, fatiga menos y se anda con mas gusto que una senda áspera y desabrida, aunque conduzca al término con mas brevedad, asi perfecciona la Fábula las pinturas que la Historia deja en bosquejo, y asi tambien decora y viste las imágenes cuyo desnudo esqueleto nos presenta la Filosofía.

153 Esta fuerza y discrecion con que se tratan las verdades morales en las fábulas son las que causan su utilidad. La primera es mas precisa en las heróicas, y la segunda en las burlescas. Los asuntos serios necesitan realce, y los satíricos lenitivo.

154 De aqui nace la ventaja que tiene la moralidad de las fábulas burlescas. La sátira permite una cierta libertad para abultar sus objetos; y esta libertad corrige nuestras flaquezas, y fija nuestra curiosidad mejor que la seria é indeterminada moral de las epopeyas. No hay eco mas agradable á nuestros oidos, ni que hiera con mas fuerza al corazon humano, que el de la burla y la ironía cuando las sazona y templa la urbanidad.

155 Este es el dictamen de Horacio, el cual como de un crítico tan sabio y juicioso, basta para autorizar la mayor utilidad del Quijote respecto á las fábulas heróicas, por la feliz y discreta eleccion que tuvo Cervantes en su objeto.

156 El mismo Horacio nos dejó encarecida la moral de Homero, graduándola por mejor y mas

completa que la de los célebres filósofos Crisipo y Crantor: elogio que prueba á un mismo tiempo el mérito del poeta griego, y la madurez y circunspeccion del latino.

157 Entre los muchos autores que se arrogan el derecho de calificar las obras útiles y provechosas, habrá quizá muy pocos que procedan con el tiento y juicio que Horacio. Este sabio poeta no se determinó á juzgar la Ilíada y Odisea hasta que las volvió á leer de propósito en el retiro de Preneste. Si le imitasen los que intentan formar juicio del Quijote, si leyeran antes esta obra con reflexion é imparcialidad, moderarian tal vez sus censuras, y aplaudirian la discrecion de su moral y la utilidad de su enseñanza.

158 Lo cierto es que el principal fin de Cervantes no fue divertir y entretener á sus lectores, como vulgarmente se cree. Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada sátira que hizo de las costumbres de su tiempo: sátira viva y animada, pero sin hiel y sin amargura: sátira suave y halagüeña, pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates, y tan distantes de la demasiada indulgencia como de la austeridad nimia.

159 Por este util y divertido camino conduce Cervantes á sus lectores, enseñándolos é instruyéndolos desde el principio hasta el fin de su fábula. Su principal objeto es la correccion de los vicios caballerescos. Este es el primero, pero no el único asunto de su moral. En ella se comprenden tambien aquellos defectos, que por ser mas frecuentes y perjudiciales á la sociedad y literatura, hicieron mayor impresion en el ánimo del autor, zeloso del bien de los hombres, y en especial de los de su nacion. De manera que la moral de esta fábula no solo es util por los varios objetos que

abraza, sino tambien por la discrecion con que los reprende, á medida del esfuerzo preciso para desarraigarlos del espíritu del vulgo.

160 Esto claramente se ve en la correccion de las extravagancias caballerescas, la cual sobresale mas y tiene mayor realze cuando se dirige contra las que el vulgo miraba como acciones heróicas, y es mas sencilla y natural cuando se propone por objeto aquellas que se oponian directamente á la religion y á las leyes. Tal era la costumbre de invocar los caballeros á sus damas para que los socorriesen cuando se veian en algun aprieto ó en peligro próximo de muerte: costumbre característica de los caballeros andantes, como evidencian las leyes de la Partida; pero costumbre enteramente contraria á la religion y aun á la razon misma. Cervantes, para corregirla haciéndola ridícula, se valió del coloquio de D. Quijote y Vivaldo (I. 116), en el cual este interlocutor manifiesta con una razon tan clara y sencilla, que la expresada costumbre era indigna del cristianismo, y propia solamente de idólatras y gentiles, que dejó mudo á D. Quijote, sin embargo del necio y porfiado teson con que se empeñaba siempre en sostener y llevar al cabo todos los abusos caballerescos.

161 Asi debia suceder en este que autorizaba á los caballeros andantes para consagrar sus errores, adorar sus imaginaciones, y persuadirse á que los atributos de la divinidad existian en los objetos de su pasion ó de su fantasía. Ceguedad mucho mayor que la del paganismo, pues este no ponia en el número de los inmortales sino á aquellos pocos hombres que habian sobresalido entre los demas por medio de hechos heróicos, extraordinarios y maravillosos, cuando en la caballería andante se rendia este culto á las damas mas débiles, menos

estimables, y aun á veces fingidas y supuestas. Claro es que una costumbre tan vergonzosa y tan en oprobio de la razon humana no necesitaba, para hacerla despreciable y ridícula, mas que una mera reflexion sencilla y natural, como la que Cervantes puso en boca de aquel discreto y festivo caballero.

162 Los que se preciaban de serlo se creian exentos de la autoridad de las leyes, superiores á los magistrados, y obligados á cubrir con su sombra y proteccion á todos los delincuentes y facinerosos. Por este raro capricho llegó la caballería á trastornar los pactos fundamentales de la sociedad, y á contagiar é inficionar con una generosidad falsa y aparente la parte mas noble y mas distinguida de la nacion. Cervantes, deseando arrancar de raiz un vicio tan general y nocivo, empleó las armas de la ironía, de la moral y del escarmiento.

163 En efecto la hazaña que emprendió y llevó al cabo D. Quijote de dar libertad á los forzados que iban á galeras (I. 248), procedió de esta falsa generosidad; pero en su contexto y narracion está bien patente la ridiculez de semejantes acciones, la injusticia de los que las emprendian, y el desaire á que quedaban expuestos, tanto por la autoridad de la justicia, cuanto por la censura de las personas prudentes y juiciosas. Las prevenciones de Sancho á su amo luego que le manifestó este pensamiento (I. 238), la burla que hizo de él el comisario cuando se le propuso (I. 249), el desprecio, mofa é insulto con que correspondieron los galeotes á su beneficio (I. 251), la retirada dentro de Sierra Morena á que le precisó el rezelo y temor de la santa hermandad (I. 256), la seria y discreta reprension del cura (II. 41), la vergüenza que tuvo y el silencio que guardó D. Quijote al oirla, y los retos necios é insensatos en que prorumpió cuando Sancho le descubrió como autor de

aquel atentado, retratan toda su deformidad con unos colores tan vivos, tan naturales y graciosos, que no es facil hallar preservativo mas oportuno para los que puedan adolecer de semejante extravagancia.

164 Nunca lo será la proteccion de la nobleza para con los afligidos y menesterosos, siempre que se gobierne por las leyes de la equidad y de la prudencia, y que anteceda el previo é indispensable conocimiento de los hechos y de las personas. Pero no era asi la que inspiraba á los nobles el espíritu caballeresco. Este les incitaba á defender todo lo que se acogia bajo de su sombra, y á impugnar cuanto se resistia á sus antojos, sin mas examen ni otro fundamento. Creian bien hecho todo lo que ejecutase un caballero; y tenian por suficiente este título para justificar cualquier crímen contrario á la razon y á las leyes, á las que solo les parecia que estaba sujeta la plebe. Asi la falsa supersticion de los paganos adoraba en las aras de Júpiter los mismos atentados que castigaba con el último suplicio en los hombres.

165 De esta falta de discernimiento resultaba muchas veces que la proteccion importuna de un caballero hacia mas infelices las personas á quienes intentaba amparar. Cervantes, que conocia este vicio tan propio de la vanidad caballeresca, fingió con singular discrecion que D. Quijote habia principiado sus fechos de armas libertando á su parecer á un muchacho del castigo injusto de su amo (1. 29): que salió ufano y triunfante del hecho, creyendo haber dado un felicísimo y alto principio á sus caballerías; y al fin que habiéndose encontrado despues con el mismo muchacho, y renovado su vanidad con la memoria de aquel suceso, quedó avergonzado y corrido sabiendo que su proteccion solo habia servido de aumentarle á aquel

infeliz la pena, el castigo y la desdicha (II. 69). Las naturales y sencillas reflexiones del muchacho, y la despedida que hizo entonces de D. Quijote, son una correccion muy oportuna y sabia, y una burla donosísima de los que se entrometen por puro capricho, por ligereza ó por vanidad en asuntos que no les incumben.

166 Tal era el éxito que naturalmente debian tener todas las aventuras, todos los hechos caballerescos, y cualquiera reforma ó proteccion intentada por los que pretendian seguir el rumbo de la caballería andante. Todo debia ser extraño y ridículo supuesta la constitucion que tenia ya entonces la Europa, donde aquella reforma y esta proteccion eran ya, como debian ser, peculiares y privativas de los soberanos y de los magistrados.

167 De este ridículo y desgraciado éxito de las aventuras de D. Quijote infieren algunos que el objeto de esta fábula es únicamente reprender y ridiculizar la caballería andante, como defecto peculiar de la nacion española. Este parecer han seguido varios autores extrangeros, que conforme á la debilidad del espíritu humano han abrazado con gusto la ocasion de pintar ridículamente la gravedad española, lisonjeándose de que han tomado sus colores de la paleta de Cervantes. Si fuese cierta esta objecion se confesaría ingenuamente, anteponiendo la sinceridad al amor de la patria y á la estimacion de Cervantes; pero la verdad es que el espíritu caballeresco era comun á toda Europa, y que Cervantes fué demasiado sabio para ignorarlo, y muy honrado para ser ingenioso en desdoro de su nacion.

168 Esta verdad, notoria á los sabios, no puede hacerse patente y manifiesta á todos sin subir hasta el origen de la caballería andante, y delinear por menor las costumbres de aquellos tiempos:

asunto que han ilustrado varios autores célebres; pero asunto vasto, complicado, é incompatible con el objeto de este discurso, donde solo puede darse una ligera idea de él.

169 Tres fueron pues las causas que concurrieron al origen y progresos de la caballería andante en Europa: la legislacion de las naciones septentrionales, el gobierno feudal, y la noble emulacion de las Cruzadas. En aquella legislacion el abuso de las pruebas negativas en los juicios introdujo la purgacion por agua y hierro, y la incertidumbre de esta prueba precisó á recurrir al combate judicial, que se extendió á toda especie de acciones y demandas.

170 Todas se redujeron á hechos, y estos hechos se decidian en un duelo. Para arreglarlos se establecieron leyes muy singulares y discretas, en las cuales estaba enlazada la locura del hecho con la racionalidad del derecho: de modo que de su monstruosa union resultó la caballería andante vestida de todas sus extravagancias, á la manera que salió armada Minerva del celebro de Júpiter.

171 El gobierno feudal era un estado perpetuo de guerra y rapiña, en que las personas débiles y desarmadas estaban siempre expuestas á los insultos de la fuerza y de la violencia. Aquel zelo guerrero y generoso que empeñó á tanta muchedumbre de caballeros á tomar las armas para defender á los peregrinos oprimidos en la Palestina, aquel propio incitó á otros á proteger y vindicar la inocencia en Europa misma, reprimiendo la violencia de los poderosos, libertando los cautivos, y vengando á las mugeres, á los huérfanos, á los eclesiásticos, y á todos aquellos que no podian por sí mismos tomar armas para resistir á la fuerza abierta, ó para defenderse en el combate judicial.

172 De un objeto tan noble en su principio,

tan preciso segun las circunstancias en que se hallaba la sociedad, tan util á la mayor parte de los hombres, y tan aplaudido por el valor, humanidad, pundonor y justicia de los que le ejercian, resultó la orden de caballería, orden de una gerarquía superior á todas las demas, pues que hasta los reyes hacian vanidad de recibirla de mano de un caballero particular.

173 Las distinciones y prerogativas de la caballería inspiraron á varios hombres un fanatismo militar, que les indujo á emprender hechos muy extravagantes y desvariados. La ventaja que daban las armas ofensivas y defensivas de mayor fuerza y mejor temple, dió motivo al vulgo, que no penetraba ni inquiria la causa de aquella ventaja, para persuadirse á que procedia de encantamiento.

174 La idea de los campeones protectores de la virtud y hermosura de las mugeres condujo á un galanteo ciego y desatinado, y de este modo fue la debilidad humana viciando poco á poco la orden de caballería hasta degradarla y reducirla al extremo de caballería andante.

175 Esta tuvo mayor auge cuando por haberse introducido una legislacion equitativa, y afirmádose el poder monárquico, se desterró el combate judicial y la odiosa desigualdad que resultaba de la anarquía feudal. Entonces, que la orden de la caballería no podia subsistir como antes, porque sus funciones eran peculiares de los soberanos y magistrados, no quedó otra ocupacion á los que querian hacer alarde de caballeros, sino entrometerse á reformar los particulares abusos, que les representaba como tales su antojo, su capricho ó su pasion.

176 De aqui procedió y tomó cuerpo la manía caballeresca, que no pudo reprimirse ni con la

vigilancia de las leyes, ni con la autoridad soberana. De aqui el valor importuno y el galanteo idólatra, que se acreditaron mas y mas con el uso de las justas y torneos, y de los duelos particulares. De aqui finalmente un empeño continuo en impedir el curso de la justicia y substraerse de su poder, con otros excesos contrarios á la religion, á las leyes y á la tranquilidad pública.

177 Las novelas caballerescas fomentaron estas ideas, y trastornaron la fantasía de los lectores, pintándoles campeones imaginarios, caballos alados y dotados de inteligencia, hombres invisibles ó invulnerables, mágicos interesados en la gloria y reputacion de los caballeros, palacios encantados y desencantados, y hazañas portentosas é increibles.

178 Aquellos excesos y estas ideas fueron el primer objeto de la moral del Quijote, y eran comunes á España y á toda Europa aun en los siglos quince y diez y seis. Cervantes intentó desterrar aquellos excesos y los libros que los autorizaban, y lo intentó sabiendo por experiencia propia que su práctica y lectura era moda dentro y fuera de España, y que eran vicios de los hombres, y no precisamente de los españoles.

179 Por esto previno en el prólogo de su fábula, que su primero y principal fin *era derribar la máquina mal fundada de los libros caballerescos, y deshacer la autoridad y cabida que tenian en el mundo y en el vulgo;* lo que igualmente confiesa su contrario Avellaneda, sin embargo del empeño con que en todo lo demas le zahiere, moteja y reprende: y por lo mismo procuró corregir los vicios á que inducia su leccion, impugnándolos con las invencibles armas de la razon y de la ironía, abrazando todas las extravagancias caballerescas, y particularmente aquellas

que se oponian directamente á las máximas de la religion, de las leyes y de la sociedad.

180 Para combatirlas empieza Cervantes reprendiendo irónicamente la preocupacion de creer que la formalidad sola de ceñirle á uno la espada otro caballero bastaba para darle autoridad de usar de ella, sin otra causa que su voluntad, y sin otros límites que los de su antojo. A este fin pintando á su héroe ya en campaña, dice que solo le hizo titubear en su propósito de ir por el mundo á buscar las aventuras el pensamiento de que no estaba armado caballero (1. 9); mas para remediar esta falta propuso hacerse armar por el primer caballero que encontrase. Y como su fantasía, fecunda en producir fantasmas caballerescas, se agitó con estos pensamientos, le representó como castillo una venta, como castellano al ventero, como doncellas principales á unas rameras, y como trompeta militar el cuerno de un porquero (1. 13). Las ridículas escenas que en esta venta sucedieron, ya cuando D. Quijote suplicó al ventero que le armase, ya cuando este le dió sus intrucciones sobre las cosas de que debia ir proveido; ya cuando veló las armas en el patio, y ya cuando se celebró la ceremonia de armarle caballero, son la mas graciosa y ridícula representacion de las vanas y extravagantes exterioridades en que se fundaba la caballería andante.

181 Cierto es que la costumbre de armar caballeros á los jóvenes que iban á emprender el ejercicio de las armas en defensa de su patria y tal vez de la religion, no se debe mirar como una ceremonia vana. Los que hacen estudio de impugnar á Cervantes, y pintar como obra perjudicial su Quijote, en este y otros casos semejantes procuran confundir la justa sátira que hace este autor del abuso de las cosas, con el desprecio ó impugna-

cion de las cosas en sí. Pero los hombres juiciosos y desapasionados conocen desde luego con cuanta delicadeza y tiento supo el autor ridiculizar los abusos, sin impugnar los usos fundados en la razon. En éste claro está que la burla recae sobre la injusta costumbre de entrometerse un caballero particular á dar armas y facultad para usar de ellas á otro, sin mas autoridad que la de pedírselo á él el pretendiente. Los privilegios, las facultades y las distinciones solo son justas cuando la autoridad legítima las confiere al mérito, y nunca pueden ser miradas con respeto las que por sí mismas se tomó la fuerza.

182 No es menos digno de reprension el abuso de las cosas sagradas que censura nuestro autor en la vela de las armas que hizo D. Quijote. Todos saben que los buenos católicos han procurado en todos tiempos implorar la asistencia del Dios de las batallas en los lances dificultosos y arriesgados en que iban á entrar por su religion ó por su patria. Justo era tambien que el que emprendia la carrera militar con estos honrados y heróicos designios buscase el valor y la prudencia necesaria para tan glorioso como arduo ejercicio en las bendiciones del Omnipotente; y asi nada podia discurrirse mas acertado que las vigilias y velas de las armas que hacian los pretendientes en las iglesias ó capillas la noche antes de ser armados (como prescriben los antiguos estatutos de las Ordenes militares) consagrando á Dios sus armas y personas. Pero cuando esta facultad de armar caballeros se la tomaron personas que ninguna autoridad tenian para ello, cuando la dignidad de caballero se buscó como puerta para poder oponerse á la justicia, y como carácter que habilitaba al que le recibia para emprender galanteos locos y aun casi idólatras, claro está que la vela de las armas era

ya tentar á Dios, buscándole para apoyo de la maldad. Cervantes lleno de prudencia y de religion se burla de este abuso; pero para no profanar con las burlas los lugares sagrados, hace que la vela de D. Quijote sea en el patio, dando el ventero la excusa de estar caida la capilla.

183 Aquel mirar como cosa sagrada las armas de un caballero, á las cuales ninguno podia tocar sin serlo, está graciosamente ridiculizado en la aventura de los arrieros que iban á dar agua á sus recuas, y en la extraordinaria manía de D. Quijote, que quiso que en adelante se llamasen Don las dos mozas que le habian ceñido la espada y calzado las espuelas, está pintado con una graciosa ironía el capricho de mirar como dignas de la mayor atencion todas las personas ó cosas que tienen alguna relacion con un caballero: capricho que ha autorizado á muchos para que con el salvoconducto de una librea se atrevan á cometer desórdenes y á no respetar á la justicia.

184 De un principio tan ageno de toda razon como dar facultades y preeminencias quien ninguna autoridad tenia para darlas, y de unos campeones que empezaban la carrera de sus hazañas con la supersticiosa profanacion de las cosas sagradas, solo podian esperarse atropellamientos injustos, trastorno de la sociedad, desprecio de las leyes, y una continua transgresion de la moral cristiana y de los primeros preceptos de nuestra religion; pero cubiertos todos estos desórdenes con la brillante apariencia de procurar el bien de todos. En las varias y extrañas aventuras de Don Quijote se ven pintados todos estos abusos con tal viveza, que basta para detestarlos mirar en sus pinturas la vergonzosa ridiculez de los originales.

185 A cualquiera le provoca á risa la extravagancia de D. Quijote en querer que unos hom-

bres á quienes casualmente encontró en el camino confesasen que la hermosura de Dulcinea se aventajaba á la de todas las mugeres del mundo (I. 34); y esto sin que ellos la hubiesen visto, ni tuviesen la menor noticia de quién era. A la verdad el que leyere este pasage conocerá claramente que estaba loco quien tal disparate pretendia. El mismo concepto formará tambien viendo el reto que en medio del camino de Zaragoza hizo á todos los que no quisiesen confesar *que á todas las hermosuras y cortesías del mundo excedian las que se encerraban en las ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de su alma Dulcinea del Toboso* (IV. 235): y todos mirarán estos retos como tan disparatados, que se persuadirán á que solo pudieron existir en la fantasía de un poeta. Pero esto mismo, que nos parece increible por descabellado, es lo que encontramos celebrado en varias historias antiguas. El famoso Hernando del Pulgar en su libro de los *Claros Varones de España* ensalza hasta el extremo la famosa locura de Suero de Quiñones en la defensa del paso de Órbigo, perpetuada en un libro intitulado *el Paso honroso*. El mismo Hernando del Pulgar, coronista de los Reyes católicos, conoció á D. Gonzalo de Guzman, á Juan de Merlo, á Juan de Polanco, á Alfaran de Vivero, á Pero Vazquez de Sayavedra, á Gutierre Quijada, á Diego de Valera, y otros que se fueron por los reinos extraños á hacer armas con cualquiera caballero que quisiese hacerlas con ellos, sin otro objeto que lo que llamaban ganar prez y honra. Ve aqui los originales que copió Cervantes en los ridículos retos de D. Quijote, y los que supo retratar con tal destreza, que conservando todos los caracteres, en que se nota lo parecido de la copia, descubrió todo lo ridículo y des-

preciable de unas acciones, que aunque prueban el valor de quien las emprende, descubren al mismo tiempo el poco juicio de quien las imagina.

186 De aqui han querido inferir varios extrangeros, y aun algunos españoles, que el QUIJOTE destruyó las ideas del honor, y extinguió el fuego marcial, que ardia como en su propia esfera en los corazones guerreros de los invencibles españoles. Pero Cervantes, que habia pasado su juventud en la verdadera escuela del valor, que es la guerra: Cervantes, que cargado de cadenas habia sabido procurar su libertad y la de sus compañeros con acciones las mas arrojadas, que conserva en la historia de los siglos la memoria de los hombres: Cervantes, que gloriándose de sus heridas, dijo *que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga:* Cervantes finalmente, que supo manejar con tanta libertad la espada como la pluma, asi como conocia que la intrepidez del valiente soldado no debe detenerse por obstáculos ni riesgos, sabia tambien que el verdadero valor nace de la razon, y que no merece el nombre de valiente el que no gobierna sus acciones con la invariable regla de la justicia.

187 Los que han querido defender que el espíritu caballeresco era util para mantener la honradez en los nobles, el valor en los militares, y el pundonor en las damas, parece que no tienen siquiera noticia de lo que son los libros de caballerías; pues basta su lectura para conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas destruian el verdadero concepto de la honradez y de las obligaciones características de los nobles; que desfiguraban la idea del valor, torciéndole á lo injusto, y haciéndole degenerar en temeridad reprensible; y finalmente que al paso que colocaban el pundonor de las damas en puras exterioridades,

franqueaban la puerta para la disolucion mas abominable, enseñando tercerías, tratos clandestinos, robos y otras abominaciones, que doraban con solo pintarlas como ejecutadas con esfuerzo ó con temeridad.

188 En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que no habia mas ley que la fuerza, es cierto que podian ser útiles los desfacedores de tuertos. Entonces podia decirse que esta expresion significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos, y defender á los injustamente perseguidos. Pero Cervantes escribió en un siglo en que ya establecidas en un pie respetable las monarquías, habia en ellas leyes que prohibian estos desórdenes, magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes, y de proteger á los oprimidos, y finalmente monarcas á quienes apelar de los agravios que pudiesen hacer los mismos magistrados: siglo en que, segun toda razon, debian ser no solo inútiles, sino perjudiciales á la distribucion de la justicia esos hombres que á fuerza de armas quisiesen desfacer tuertos. Porque supongamos que los magistrados faltasen á la distribucion de la justicia, y que el soberano engañado cerrase los oidos á las quejas: si en este lance (que es el mas estrecho que puede suponerse) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia, que no administraban ni los magistrados ni el príncipe, el remedio de una injusticia particular produciria innumerables injusticias.

189 Pero si por desfacedores de tuertos entendemos los caballeros ú hombres poderosos, que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono para que lleguen á los oidos de los soberanos los ayes de los

miserables, que suele apartar la adulacion, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda en que estos son utilísimos en el mundo; mas tambien es cierto que ni eran estos los campeones celebrados en los libros de caballerías, ni los impugnados en el QUIJOTE, y que por consiguiente su autor está libre del cargo que quieren hacerle, de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heróicos y grandes, que hicieron eterna la gloria de sus progenitores.

190 No eran menos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruian las justas causas que deben ponerle en ejercicio, substituyendo otras que son ilegítimas y viciosas: se referian hechos que por increibles en el orden natural eran incapaces de excitar á la imitacion, y asi solo producian una admiracion inutil; y finalmente se recurria para las principales acciones á una especie de máquinas que trasformaban el valor en cobardía.

191 Cuando el valor de los súbditos se ha reunido bajo la conducta de un caudillo, ha producido sin duda las acciones mas gloriosas y mas útiles para el beneficio de los pueblos. Pero este mismo esfuerzo separado y dividido en bandos y facciones particulares, ¿qué perjuicios, qué destrozos, qué ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el origen de estos males, veremos que no ha sido otro que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

192 Las fuerzas que tenian los particulares, y que habian servido para la defensa de los estados, separadas de este digno objeto, se emplearon unas contra otras en daño de los mismos particulares y

del comun. Cada uno, porque era caballero y fuerte, creyó poder sostener sus derechos con sus armas, y canonizaron con el nombre de hechos valerosos las hostilidades cometidas contra sus mismos conciudadanos, y las rebeliones contra sus señores legítimos. En esto colocaban el valor las novelas caballerescas, pintando héroes respetados por la fuerza de su brazo: héroes á quienes los mismos soberanos hacian la corte, creyendo que de su capricho dependia la firmeza de sus tronos, y que si los descontentaban, eran capaces con sus esfuerzos de reducirlos del alto estado de reyes al miserable de mendigos.

193 Cervantes, que era mas filósofo de lo que muchos creen, descubriendo una de las principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacian formar del valor y mérito de los caballeros estas monstruosas novelas, reprende este vicio, pintándole con toda su ridiculez, cuando D. Quijote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la corte de un poderoso rey (1. 229), las distinciones que este le hace, y finalmente que el caballero le saca victorioso de sus enemigos, venciendo muchas batallas y ganando muchas ciudades. Pero antes que D. Quijote haga esta menuda descripcion de los heróicos hechos del caballero imaginario, tiene una conversacion con Sancho, en la cual se da á conocer mas claramente el objeto de Cervantes. Propone Sancho á D. Quijote que en lugar de andarse por el mundo buscando las aventuras, se vayan á servir en la guerra á algun emperador ó príncipe, y le demuestra con razones sencillas, pero convincentes, que aquel era el medio mejor de acreditar su valor, y alcanzar recompensas dignas. D. Quijote, convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razon; pero le añade, *que antes que se llegue á ese término es menester andar por el*

mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras. Ve aqui pintado al vivo el desvariado concepto que tenian del valor y del modo de acreditarle. Antes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria, quiere adquirir nombre con aventuras injustas y perjudiciales. Si es este el espíritu que echan menos los impugnadores del QUIJOTE, desde luego les concederemos que Cervantes pretendió extinguirle. Pero sepan que á pesar de sus discretas burlas ha durado largo tiempo esta desatinada creencia: que han sido menester muchas leyes y mucho rigor para contener los frecuentes desafios, que producia el arraigado error de querer acreditarse de valientes fuera de las campañas: que en España se ha disminuido mucho este daño, no tanto por las sátiras de Cervantes, cuanto por las sabias providencias de los soberanos de la casa de Borbon, y que sin embargo vemos aun lastimosamente en nuestros dias, que quieren acreditar su valentía en un duelo particular algunos que quizá no son capaces de mostrarla al frente del enemigo.

194 No paraba aqui el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor. Ademas de sacarle de su natural esfera, que es la guerra, y emplearle en acciones temerarias é injustas, le pintaban con tales colores, que al mismo tiempo que aparecia digno de la mayor admiracion, se descubria incapaz de ser imitado. Aquel ponerse un hombre solo delante de un ejército entero, y desbaratar sus escuadrones, arrebatarle sus banderas, y ganar una completa victoria, á cualquiera le parecerá que mas es un milagro, que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre, y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza, y muy distantes de la esfera de los demas hombres: y asi ninguno puede

pretender imitarlos, cuando conoce por las experiencias cotidianas que sus fuerzas son limitadas, y él incapaz de acabar empresas extraordinarias. Para que las hazañas que se nos refieren nos provoquen á imitarlas, es necesario que las veamos en hombres como nosotros, y para esto es preciso que sean verosímiles.

195 El espíritu caballeresco, no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos héroes de sus novelas, se atrevió á introducir semejantes ficciones en las historias, desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes capitanes, que los hechos que contados sencillamente como fueron, despertarian el valor de cuantos los leyesen, referidos con tantas increibles añadiduras solo sirven para excitar una esteril admiracion, ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que nota Cervantes en boca del canónigo de Toledo, que encontró á D. Quijote cuando le llevaban á su aldea (II. 352). Mosen Diego de Valera refiere, que habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños el dia de las bodas de sus hijas, se soltó un leon, y entró en la sala, de lo que se asustaron grandemente los infantes de Carrion sus yernos. Pero dispertando el Cid los reprendió tratándolos de cobardes, y ató el leon sin dificultad ninguna. Solo quien estaba infatuado con los desvaríos caballerescos podia pintar como posible atar un leon como quien ata un perro; y cualquiera hubiera tenido por loco á un hombre que tratase de cobardes á los que huian de un leon. Estas fábulas bastarian para desacreditar al Cid si no supiéramos otros hechos menos maravillosos, pero que prueban mas claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historieta Cervantes cuando pintó la temeraria aventura de los leones (III. 173), con la cual y con otras temeridades que emprendió D. Quijote,

y de que salió unas veces bien por pura casualidad, y otras mal por el orden regular de las cosas, ridiculizó las fabulosas valentías de las novelas caballerescas, que admiraban los simples, y solo podian imitar los locos.

196 Pero aun los mismos autores de los libros de caballerías conocieron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras del valor de los hombres solamente, y por eso recurrieron á los encantamientos. Estos les servian no solo para hallar una solucion facil en los lances mas intrincados, sino tambien para hacer creibles las acciones que eran superiores á las fuerzas de un hombre. Nació esta quimera de la preocupacion con que en los siglos de la ignorancia se creia maravilloso todo lo que no se comprendia á primera vista. Por esto (como ya se ha notado) luego que vieron que en los duelos particulares algunos campeones tenian armas de mucha mas fuerza que las de los demas concurrentes (efecto preciso de su mejor temple), como no conocian el mecanismo de esta causa, se dieron á creer que aquellas armas tenian una oculta virtud, que llamaron encantamiento. Las mismas leyes autorizaron esta preocupacion mandando que los jueces hiciesen registrar á los combatientes para quitarles las yerbas encantadoras, caso que las llevasen, y para precisarlos á jurar que no tenian mas. De este modo se abrió la puerta á los encantamientos, prestigios y hechos de armas portentosos é increibles: y estas semillas fecundadas en la fértil imaginacion de los escritores de novelas, produjeron tantas y tan ridículas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aqui salieron los palacios y jardines encantados, de aqui las trasformaciones repentinas, de aqui el quedar en un momento despojado de sus fuerzas un caballero el mas valiente y esforzado, y de aqui finalmente

aquellos encantadores amigos ó enemigos, que ayudaban ó impedian las proezas de los caballeros.

197 Por solo estar mezcladas con semejantes encantamientos las hazañas que referian las historias caballerescas, es preciso que fuesen del todo inútiles para excitar el valor. Pues ¿qué valor hay en exponerse á las flechas del contrario, cuando está uno cierto de que es imposible que penetren la coraza encantada con que está guarnecido el que las espera? ¿Y cómo ha de temer el sonrojo de salir mal de una empresa el que tiene la excusa de que un encantador contrario estorbó su feliz éxito?

198 Estas reflexiones, que cualquiera podia hacer leyendo los libros de caballerías, hubieran bastado para hacer despreciables todas aquellas proezas y hazañas; pero el vulgo, enemigo siempre de reflexionar, los leia con el aplauso que lee en nuestros tiempos los romances de guapos y bandoleros, llenos tambien de acaecimientos falsos é imposibles: y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de examinar lo cierto ó verosímil. Cervantes, para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones sin el trabajo de reflexionar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á mirar la honra con mas aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la religion, por la patria y por el soberano, representó en el cuadro de su fábula la fantasma del encantamiento con todos los aspectos que habia tenido en los libros de caballerías; pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

199 Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos (III. 241), en

que D. Quijote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos y á otros personages, entre los cuales no olvidó á la señora de su alma.

200 De las trasformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el Quijote. La de los gigantes en molinos de viento (I. 62), la de los ejércitos en rebaños de carneros (I. 183), la de Dulcinea en labradora (III. 97), la del caballero de los Espejos en el bachiller Sanson Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial (III. 146), y la del que engañó á la hija de Doña Rodriguez en el lacayo Tosilos (IV. 214) son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda cuando en la venta disputaba D. Quijote que la bacía era el yelmo de Mambrino (II. 293).

201 Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente las fuerzas á un caballero para estorbarle alguna hazaña: de donde tal vez tuvieron principio ciertos hechizos y aligaciones, á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que de esto hace Cervantes es muy oportuna. D. Quijote viendo por las bardas del corral que manteaban á su escudero, quiso socorrerle; pero molido de los golpes del moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse, y al punto creyó que le habian encantado (I. 173). Mas para acabar de descubrir lo ridículo de tales sucesos es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace D. Quijote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

202 Con todo, ninguna de estas cosas disminuia tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes como el suponer que cada

uno tenía un sabio encantador que le ayudaba, y otro que se le oponia, semejantes en algun modo á los dos principios de los Maniqueos. Tales eran el sabio Freston, que por favorecer á otro caballero su ahijado perseguia á D. Quijote (I. 57); el que llevaba á este (segun él creia) en el barco encantado (III. 314), y el que le pareció que estorbaba esta aventura (III. 320), con otros diferentes de que se hace irónica mencion en el discurso de la fábula. Claro está que ayudados de estos encantadores podrian acabar los caballeros extraordinarias empresas; pero claro es tambien que con este auxilio sus acciones heróicas mas eran obras de encantamiento que pruebas de valor.

203 Y si para este no eran conducentes los libros de caballerías, mucho menos lo eran para mantener el recato y honestidad propia de las doncellas y matronas principales; pues los tales libros se puede con verdad asegurar que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo cual Cervantes reprendió discretamente en su QUIJOTE los desórdenes de esta especie, que enseñaban y autorizaban semejantes novelas.

204 En los tiempos en que estaba recibida la apelacion por duelo, las damas combatian por medio de sus campeones, á los cuales cortaban la mano en caso de vencimiento, y en algunas partes no condenaban á las mugeres á la prueba de agua ó hierro sino cuando no habia quien se presentase á defenderlas. Asi la necesidad del combate judicial para las acciones y demandas, la poca confianza en los campeones mercenarios, y la flaqueza personal de las damas fueron causa de que estas obsequiasen y estimasen en mucho á los caballeros arrestados y valerosos que podian ampararlas; y esta idea de proteccion tan lisonjera y tan conforme al gusto dominante, los inclinó á emprender

voluntariamente la defensa de las mugeres nobles y hermosas. De semejantes ideas, recibidas generalmente en aquel tiempo, provino el amor caballeresco, esto, es la ciega pasion de las damas por los caballeros valientes, y la veneracion idólatra de los caballeros á las damas.

205 Por estos pasos logró introducirse en Europa el espíritu de la caballería y del galanteo, y todos adoptaron con gusto sus principios; pero singularmente los nobles, que al fin asi como no reconocian otra ley que su espada, tampoco tenian otro ídolo que su dama.

206 Estos fueron los héroes que se propusieron los escritores en sus obras, las cuales dieron un prodigioso crédito al sistema de la caballería, porque sus copias excedian en mucho la extravagancia de los originales. *Las novelas de caballería* (dice un autor moderno) *lisonjearon el deseo de agradar á las damas, y dieron á una parte de la Europa el espíritu de galantería poco conocido de los antiguos. La idea de los paladines protectores de la virtud, de la debilidad y de la hermosura de las mugeres, condujo á la galantería, la cual se perpetuó con el uso de los torneos, que uniendo en sí los derechos del valor y del amor, le dieron mucha consideracion y aumento.*

207 Imbuidos pues los caballeros en las máximas que leian en estos libros, y que con su lectura estaban generalmente recibidas, miraban como obligacion precisa de todo noble tener una dama á quien consagrar sus acciones; obligacion la mas opuesta, no digo á la moral cristiana, sino á la misma fe que profesamos.

208 La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que mas dominan á las mugeres, y por consiguiente las mas capaces de

hacerlas atropellar los términos del decoro y la modestia, virtudes características de su sexo. Por esto para estorbar los peligros de unos galanteos tan públicos y autorizados por la costumbre, se vieron obligados los padres y deudos á guardar á sus hijas y parientas con medios mas rigurosos que los que hasta alli habian bastado, recurriendo á la estrecha clausura de sus casas, y á la perpetua custodia de las dueñas.

209 Pero este remedio en vez de estorbar el daño sirvió solamente para mudar su aspecto. Leian estas encerradas doncellas para divertir su soledad aquellos perjudicialísimos libros de caballerías: encontraban en ellos mil historietas amatorias, en las cuales los caballeros enamorados se pintaban como héroes, y la facilidad y desenvoltura con que los escuchaban las doncellas se trataba de justa correspondencia; y estas especies formaban en la imaginacion viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razon. Miraban su encierro como una esclavitud, á sus padres como unos tiranos, y su vida retirada como la mayor miseria. Fortificaban tal vez estas ideas las mismas dueñas á cuya custodia estaban encargadas, las cuales ó por ignorancia ó por malicia les contaban cuentos de la misma moral que las novelas.

210 De tan perjudiciales principios se seguian ordinariamente lastimosas consecuencias, pues deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas, como aquellas que en los libros y cuentos eran celebradas, correspondian fácilmente y sin consideracion á las señas y mensages que les enviaban los caballeros (perseguidores bajo el título de defensores de la honestidad) ganando con el soborno á los mismos domésticos y familiares. Seguíanse despues las conversaciones nocturnas en los terreros, proporcionando estos mismos desórdenes las due-

ñas á quienes, engañados los padres, fiaban el cuidado de sus hijas; y aun por eso vemos cuan acordes estan nuestros escritores en tratarlas de terceras.

211 De aqui resultaba muchas veces que los padres llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenian tal vez, por no exponerse á otros inconvenientes, en matrimonios que jamas hubieran aprobado en otras circunstancias. Otros, tratándolas con mas dureza, las obligaban á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversion, ó las hacian por fuerza que entrasen religiosas, á trueque de no tener un continuo sobresalto en su casa: y aunque estos males eran gravísimos, con todo solian producir otros de peor especie los amores clandestinos, protegidos y disimulados por las dueñas y por los escuderos de las casas.

212 Para conceder pues que los libros de caballerías inspirasen máximas de recato y honradez á las doncellas, era menester cerrar los ojos y no ver estas funestas consecuencias de sus principios y máximas: consecuencias que no se siguieron por pura casualidad, sino por una precisa conexion, atendido el caracter de los dos sexos y la humana flaqueza.

213 Pero no decimos por esto que sea util á las buenas costumbres criar á las doncellas principales con toda libertad, permitirles sin distincion todo trato, y fiar de la prudencia de una niña de poca edad el evitar por sí misma los peligros que se encuentran con frecuencia aun en la sociedad y trato que parece mas inocente, pues para imaginarlo seria menester carecer de razon: y aun cuando la razon no probara lo contrario, lo probarian tristemente mil experiencias de nuestros dias. Lo que decimos es, que las máximas de los libros de caballerías eran muy contrarias al recato y á la

honestidad: que en ellos se aprendia leyendo la disolucion que hoy se aprende tratando; y finalmente que la sátira de Cervantes contra los excesos de aquellos tiempos no pudo ser de ningun modo causa de los que por camino contrario experimentamos en los nuestros.

214 Para evidenciar esta verdad será menester que recorramos brevemente todos los principales amores de que se habla en el QUIJOTE. Y empezando por los de este con su señora Dulcinea (I. 11), veremos luego que en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupacion de que todo caballero debia ser enamorado, pues ninguna otra razon tuvo D. Quijote para decir que lo estaba, sino seguir esta costumbre, que juzgaba tan precisa. Esto se conoce claramente en su conversacion con Vivaldo (I. 115), así como en las juiciosas reconvenciones de este se ve cuán sin fundamento y cuán contra la religion era esta preocupacion caballeresca. Alguno podrá decir que unos amores tan castos y platónicos como los de D. Quijote nada tenian de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer que todo caballero debe ser enamorado: y la experiencia nos enseña que muchos galanteos, que se empiezan solo por vanidad, ó por hacer lo que otros hacen, suelen traer tan funestas consecuencias como los que son hijos de una pasion vehemente.

215 Al mismo tiempo que los caballeros miraban á todas las damas como unas Porcias en la fidelidad y en el recato, á ese mismo creian cosa muy natural que enamoradas de un caballero le buscasen y se entregasen á él: de modo que parece que la facilidad mas detestable no era liviandad siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. A tanto llegaban los privilegios de la caballería. Este extravagante modo de pensar descu-

bre Cervantes cuando el mismo D. Quijote, que con tanta acrimonia reprende á Sancho porque creia haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo D. Fernando (II. 312), ese mismo cree que la hija del castellano le viene á solicitar de noche (I. 154), y que la hija de un rey á cuya corte llega un caballero andante, es preciso que se enamore y entregue al tal caballero (I. 234).

216 Esta persuasion del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer que un amante por solo estar enamorado era acreedor de justicia á ser correspondido: error que apoyaron y difundieron los poetas. El amor que tenia Grisóstomo á Marcela es un retrato de las funestas consecuencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la mas juiciosa impugnacion de esta locura (I. 131).

217 No eran menores los daños que producia en las doncellas la lectura de los libros de caballería. Los padres, temerosos de los perjuicios que podian seguirse á sus hijas con el trato de aquellos jóvenes, que no solo creian inocente la paga de sus amores, sino que se miraban como con un derecho para exigirla, se persuadieron á que para defenderlas de este daño era suficiente remedio el encerrarlas. Muchos han creido que Cervantes pretendió reprender este retiro, y por eso le miran cómo autor de la desenvoltura y libertad de nuestros dias; pero los que asi piensan, ó no han leido el QUIJOTE, ó no le han entendido. Don Quijote respondiendo á Altisidora en un romance, le dijo estas cuatro coplas, dignas de que las tengan presentes todas las madres (IV. 94).

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las almas,

tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupadas,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

218 Esto mismo confirmó cuando dijo á los Duques la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nacia de ociosidad, que la tuviesen ocupada, y se dejaria de amores (IV. 360). Lo cierto es que los inconvenientes que se seguian de aquel encierro no consistian tanto en el mismo encierro, como en que en él, en vez de estar empleadas en ocupaciones honestas é inocentes, se divertian en leer historias caballerescas, comedias y poesías amorosas, y con esta lectura se despertaban las pasiones, que no podia por sí solo extinguir el retiro. Este abuso da á entender Cervantes cuando Cardenio refiere que Luscinda le pidió el Amadis (I. 282), y cuando Dorotea dijo al cura que habia leido muchos libros de caballerías (II. 29).

219 Llenas pues de ideas caballerescas, no se detenian las doncellas mas recatadas en tomar las mas arrojadas resoluciones. Véase esto retratado al vivo en la de Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con Don Fernando (I. 339); en la de Dorotea de ir á bus-

car al mismo D. Fernando para vengar en él su deshonra (II. 19); pero mas trágicamente en el arrojo de Claudia Gerónima, que por unos zelos mal fundados dió muerte por su propia mano á su amante D. Vicente Torrellas (IV. 238).

220 Todos estos excesos provenian de que las doncellas, deslumbradas con las agradables pinturas del amor que leian, se arriesgaban con facilidad al clandestino trato de las rejas y terreros, como lo muestran los amores de Doña Clara y D. Luis, siendo ellos por otra parte dos criaturas inocentes (II. 267).

221 Seguíanse despues las solicitudes de los amantes, y las tercerías de las dueñas ó criadas, como se ve en los amores de D. Fernando (II. 9) y la historia de la Trifaldi (IV. 17); y de este modo se venian á encontrar las inconsideradas doncellas en los lances que no supieron precaver, de lo cual se arrepentian las mas veces, aunque tarde, pues su poca honestidad las obligaba despues á quedar deshonradas, ó contentarse con bodas desiguales y poco ventajosas. Asi sucedió á la burlada hija de Doña Rodriguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosilos (IV. 214); y asi tambien á Leandra, que despues de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Rosa, de quien se enamoró sólo por ver su gallardía y oir las mentidas proezas que contaba (II. 372). En esto tambien se nota otro riesgo de la lectura de los libros de caballería; pues como en ellos se pintan la verdad y la constancia como prendas propias de los enamorados, las doncellas ignorantes creian verdaderas las protestas de los hombres, y estos consultando sus livianos deseos, y no las verdaderas reglas del honor, las abandonaban,

como D. Fernando á Dorotea. Por eso cuando Sancho encontró á la hija de Diego de la Llana fuera de su casa en trage de hombre (IV. 139), aunque conoció que todo aquello era una niñada, la reprendió y amonestó que no volviese á hacerlo, dando á entender las funestas consecuencias que suelen acarrear las libertades que parecen inocentes.

222 Tambien solia ser á veces inutil el recurso de la custodia y encierro para la guarda de las doncellas, porque llegaba tarde. Bien lo prueba la historia de los amores de Cardenio y Luscinda, á la cual guardaron sus padres despues que el trato de la niñez habia sembrado en su tierno corazon las amorosas ansias (I. 276). Lo mismo sucedió tambien con Quiteria, que ya estaba enamorada de Basilio cuando sus padres impidieron que le tratase (III. 198).

223 Solos estos pasages bastan para conocer que las máximas del QUIJOTE, lejos de abrir la puerta á la desenvoltura y libertad de las doncellas, estan continuamente reprendiendo este abuso; y á esto mismo conspiran varias reflexiones que se encuentran esparcidas por toda la obra.

224 Tal es la que D. Quijote hizo hablando con Sancho, que extrañaba que Altisidora se hubiese enamorado de su amo siendo tan feo: á lo que replicó D. Quijote haciéndole ver que el amor que se funda en la estimacion de las prendas del alma, es firme y verdadero, y el que solo tiene por objeto la hermosura exterior, ligero é inconstante (IV. 229).

225 Tambien es oportunísima la reflexion del cabrero amante de Leandra, sobre que los padres dejen á sus hijas que escojan á su gusto el que ha de ser su esposo, pero que no les propongan sino partidos buenos, para que no sea el antojo, sino la razon quien mueva su ánimo (II. 370). Esto

mismo apoya D. Quijote yendo á ver las bodas de Camacho, con razones evidentes, haciendo ver que el capricho de las muchachas de ordinario se inclina á lo peor; y como la compañía de los esposos dura toda la vida, ellas mismas se arrepienten, aunque tarde, de sus malas elecciones (III. 198).

226 Quizá nos hemos detenido demasiado en referir los perjuicios que los libros de caballería causaban en las costumbres, y con cuanta razon y prudencia los combatió Cervantes en su QUIJOTE; pero todo era necesario para vindicarle del injusto cargo que han querido hacerle algunos críticos mas severos que justos. Cervantes tuvo gran juicio y gran conocimiento del corazon humano, y así procuró, desterrando los libros de caballería, arrancar la raiz de innumerables vicios, que no eran, hablando con propiedad, un abuso que la malicia humana hacia de unas obras en sí buenas, como han pretendido algunos, sino una consecuencia precisa de los principios fundamentales de los referidos libros.

227 Mas como nuestro autor se proponia el verdadero objeto de la sátira justa, que es mejorar á los hombres, no se contentó con impugnar los vicios caballerescos, sino que de paso, y segun le venia la ocasion, reprendió casi todos los defectos de las demas profesiones y estados, ó ya proponiendo y alabando á los que estaban libres de ellos, ó ya ridiculizando á los que en ellos incurrian.

228 Con esta mira puso varios ejemplos de la hospitalidad, que es la que mantiene el trato y comercio de los hombres unos con otros; ya en el buen acogimiento que hicieron á D. Quijote los cabreros (I. 90) con quienes cenó y pasó la noche que precedió al entierro de Grisóstomo, ya en la afabilidad y cortés trato de D. Diego de Miranda y su familia (III. 182); ya en la afable generosi-

dad del canónigo de Toledo con quien comieron D. Quijote, el cura y la demas comitiva al volver de Sierra Morena (II. 358).

229 He citado estos ejemplares, y no el magnífico recibimiento que tuvo en el palacio de los Duques (III. 329); ó el que le hizo en Barcelona D. Antonio Moreno (IV. 274), porque en los primeros se ve una voluntad sencilla de acoger á un hombre forastero, y procurarle el alivio y descanso que no puede encontrar fácilmente el que está fuera de su patria ó domicilio, en lo cual consiste la verdadera hospitalidad; pero en los Duques y en D. Antonio lo que mas se descubre es el deseo de divertirse con un loco y con un simple, graciosos ambos en su línea.

230 No le faltó á Cervantes motivo para suponer de este caracter á los expresados señores. En aquellos tiempos era muy comun la costumbre de mantener bufones para su diversion los príncipes y grandes, y se premiaba mucho mas la chocarrería de un juglar, ó el insulso chiste de un truno que le hacia alguna burla, que los científicos descubrimientos de un sabio, y el laudable zelo de quien promovia sus estudios. Don Quijote discreto é instruido era objeto de compasion para el prudente canónigo, que veia malogradas estas prendas por su loca caballería, y asi procuraba tomar por instrumento su discrecion para desengañarle de sus extravagancias; pero los Duques y D. Antonio, como solo procuraban divertirse, fomentaban su manía, y hacian de modo que su misma discrecion y buen discurso le enredase mas en el lazo de su locura.

231 A la verdad es menester olvidarse de la caridad cristiana, y aun de la humanidad misma, para estimar mas la diversion frívola de oir ó ver cuatro dislates, que la salud y la razon de un in-

dividuo de nuestra misma especie. Entre algunos pueblos de nuestra Europa se tienen y miran como un sagrado las casas de locos: nadie entra en ellas que no contribuya á la curacion ó alivio de aquellos miserables. Costumbre digna de que se imitase en todas partes, cortando el inhumano abuso de que entren todos los que quieran á divertirse con hablarles de sus locuras, confirmándolos mas en ellas. Lo que mas debe admirar en nuestro asunto es que muchas gentes, que son naturalmente tiernas y compasivas, suelen sin embargo gustar de tan bárbaro recreo, lo cual procede sin duda de no considerar á los locos como enfermos, y creer que porque rien, comen y nada les duele, no son acreedores á nuestra lástima: error que nace, como otros muchos, de las falsas ideas que se reciben en la crianza.

232 Esta es la principal fuente de la felicidad ó infelicidad de los hombres y de los estados. Así lo conocia Cervantes, y así lo manifiesta en varios pasages; pero con especialidad en el discreto razonamiento en que dice D. Quijote á D. Diego de Miranda (III. 162): *Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres.... A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad.*

233 Sabia tambien nuestro autor que la crianza que mas importa es la de la nobleza; y por eso en el citado razonamiento hace decir á D. Quijote: *No penseis que yo llamo vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.* Pero no ignoraba que para la felicidad completa de un estado

es necesario que la buena crianza sea general, y que el pueblo se crie sin aquellas preocupaciones y resabios que le separan de las ocupaciones en que debe emplearse, ó le estorban los adelantamientos que pudiera lograr.

234 Deseando Cervantes abrir los ojos á sus compatriotas sobre un punto tan esencial, hizo un catálogo de los barrios ó sitios que habia en casi todas las ciudades de España para servir de acogida y aun de escuela de tunos y de vagos, en la enumeracion de los lugares de sus aventuras, que hace el ventero que armó caballero á D. Quijote (I. 19), y tambien en la pintura de los que mantearon á Sancho Panza (I. 169).

235 De la falta de crianza se siguen, como hemos dicho, muchas preocupaciones. Los hombres mas racionales y valientes, si los han criado metiéndoles miedo, suelen sentir en el primer encuentro que tienen con las cosas de que se servian en su niñez para amedrentarlos, un cierto movimiento de pavor, que para vencerle es necesario recurrir al valor y á la reflexion. Esto se ve pintado muy al vivo en la entrada de la dueña Rodriguez en el cuarto de D. Quijote cuando este la creyó bruja ó fantasma (IV. 112).

236 Otra preocupacion, que produce malas consecuencias, es el creer en agüeros, error muy antiguo, pero que está grandemente impugnado en el Quijote. Sale este caballero de casa de los Duques, y encuentra á unos hombres que llevaban varias efigies de santos á caballo para un retablo. Las mira y las descifra, y quedando despues solo con su escudero le dice, *que el haber encontrado con aquellas imágines era para él felicísimo acontecimiento* (IV. 227).

237 De aqui toma pie Cervantes para notar la inclinacion que tenia la nacion entonces á los agüe-

242 Todo esto lo vemos en la aventura del rebuzno (III. 267), en que se nos pintan dos pueblos armados, y en disposicion de darse una batalla por un suceso despreciable, que tomado en chanza hubiera servido á unos y otros de materia de risa. Las razones con que D. Quijote les manifiesta la necedad de su furor, aunque estan mezcladas con ideas caballerescas, son muy discretas y prudentes (III. 299), y en ellas hace ver tambien cuán errados caminan los que hacen cargo ó censuran á todo un cuerpo de los delitos y desórdenes de alguno ó algunos de sus individuos.

243 Estos y otros defectos, que nacen de la falta de educacion, intentó corregir Cervantes; pero en los mas graves y perjudiciales procuró que la reprension fuese mas fuerte, ó contrapuso los sugetos defectuosos á otros que no lo fuesen, para hacer amar la virtud y aborrecer el vicio.

244 Ya hemos hablado del religioso (III. 340) que reprendió públicamente á D. Quijote y al Duque estando á la mesa. Si examinamos lo que pretendia este eclesiástico, veremos que su fin no podia ser mejor. Apartar á D. Quijote de la locura de ser caballero andante, reduciéndole á que se volviese á su casa; y persuadir al Duque que divertirse en seguir á un loco su manía, es ser mas loco que él, fueron las dos cosas que intentó el buen eclesiástico. Pero lo quiso conseguir á fuerza de reprensiones y dicterios, y esto delante de la familia, con lo cual convirtió una pretension justa en tema ridícula é importuna. Por el contrario el canónigo de Toledo (II. 352) con quien comió D. Quijote en el campo, vistió todas sus reconvenciones y cargos con la urbanidad y cortesía propias de la buena crianza, y aunque no logró curarle, porque no es fácil curar á un loco, á lo menos no le irritó como el religioso.

245 Siempre se han mirado como partes de la crianza el aseo y las atenciones ó cumplimientos, y asi no olvidó Cervantes recomendarlas en su fábula.

246 En cuanto al aseo, compostura y decencia de las acciones exteriores, son muy dignos de aprecio los consejos segundos (IV. 58) que dió Don Quijote á Sancho antes que se partiese al gobierno. Pero para hacer conocer que estas reglas se han de aprender con la costumbre desde la infancia, y que los que no se crian con ese cuidado, cuando quieren tenerle incurren en afectaciones ridículas, hizo Cervantes que cuando D. Antonio trataba á Sancho de desaseado (merced al licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda) respondiese D. Quijote por él (IV. 275) diciendo, que *en el tiempo que fue gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de las granadas.*

247 En cuanto á la urbanidad no es necesario citar pasage alguno, pues en toda la fábula está brillando siempre esta virtud, la cual es utilísima y aun necesaria para la sociedad y trato de unos con otros cuando la regla y mide la prudencia; pero cuando no está arreglada por esta, degenera en importunidad insufrible. Para corregir este molestísimo exceso de cumplimientos es muy oportuno el cuento que contó Sancho en casa del Duque sobre sentarse á la cabecera de la mesa, en el cual reprende tambien la necedad de los que miran como expresiones y ofertas verdaderas las que son de pura urbanidad y política (III. 336).

248 El caracter de honradez y buena fe, que siempre ha sido propio de los españoles, es la verdadera causa de que en todos tiempos se hayan gloriado de exactos en cumplir ya las promesas, ya los encargos que se han puesto á su cuidado.

Por eso juzgaba D. Quijote que todos los vencidos á quienes mandaba que se presentasen ante la sin par Dulcinea del Toboso, lo ejecutarian exactamente (I. 82), (I. 252), (III. 147). Pero como todas las cosas humanas, aun las mas perfectas, estan sujetas á viciarse con abusos, esta misma exactitud llegó á degenerar en una nimiedad escrupulosa, particularmente en la ejecucion de las últimas voluntades, poniendo en práctica todo cuanto mandaba el testador, aunque no fuese justo, y aunque pareciese repugnante á la razon. Para mostrar este abuso refiere Cervantes la exactitud con que cumplió Ambrosio la última voluntad de su amigo Grisóstomo, quemando todos sus versos, por mas que le rogaban que los guardase (I. 122); y lo que es mas, enterrándole en un lugar profano contra las reconvenciones de los abades del pueblo (I. 100), sin otro motivo que el no separarse de lo que dispuso su amigo estando ciego y arrebatado de su rabiosa pasion.

249 De este mismo fondo de honradez y bondad procedía que no podian mirar los españoles la necesidad sin remediarla. Pero la malicia del malo siempre ha procurado servirse de la bondad del bueno, y asi esta compasiva caridad produjo dos especies de gentes muy perjudiciales: los falsos pobres, que ó no lo son, ó lo son porque quieren serlo; y los romeros, que con pretexto de visitar el cuerpo del patron de España y otros santuarios de este reino, vienen á él, ó ya por sacar el dinero que recogen de la piedad de los españoles, ó tal vez para servir de espías contra sus mismos bienhechores.

250 En nuestros tiempos, y particularmente en el feliz y justo reinado de Cárlos III, se han dado providencias muy oportunas para el remedio de ambos abusos. Pero en el tiempo en que se es-

cribió el QUIJOTE, aunque nuestras leyes prohibian estos desórdenes, con todo hubiera parecido una impiedad negar la limosna á aquellas personas que tan sin derecho la pedian.

251. Los ingenios sublimes nunca han limitado sus pensamientos á la corta esfera del vulgo. Cervantes en medio del falso concepto de sus contemporáneos reprendió ambos excesos, el uno haciendo mencion del alguacil de pobres, que estableció Sancho, *no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha* (IV. 166); y el otro en la pintura de los romeros que acompañaban á Ricote (IV. 193).

252. Tampoco se dejó llevar nuestro autor de la obscuridad con que en su siglo se confundian los hechos verdaderos con los fabulosos, fundándose esta confusion en las historias falsas y en los romances vulgares. Para lo cual cita en boca de Sancho y de la dueña Rodriguez (que le tenian por muy verdadero) el romance de D. Rodrigo, en que se cuenta que este rey fue enterrado vivo, y que gritaba desde la tumba:

Ya me comen, ya me comen
por do mas pecado habia (III. 366).

Por esto una de las *constituciones del gran gobernador Sancho Panza* fue: *que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos en perjuicio de los verdaderos* (IV. 165). Si hubiera leido esto con cuidado Mr. d'Argens, ó por mejor decir, si fuera desapasionado, no diria que Cervantes se habia dejado llevar de la superticion, que él cree propia de los españoles.

253 Veo que insensiblemente nos hemos alar-

gado, dejándonos llevar de las discretas y oportunas moralidades del QUIJOTE, cuya enumeracion seria imposible, y asi bastarán los ejemplos citados para conocer que la correccion de las costumbres en general, y no solamente el desterrar los libros de caballería, fue el objeto que se propuso Cervantes.

254 Si alguno cree que no citamos mas pasages porque no los hay, lea el QUIJOTE con atencion, y se desengañará muy presto viendo que algunas veces en dos palabras ó en una reflexion pasagera censura un vicio ó alaba una virtud. Al referir que Tosilos no quiso reñir con D. Quijote, nota como de paso que *los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes* (IV. 215); y en esto censura justísimamente la barbaridad de las gentes, que aun en nuestros dias no se divierten en las fiestas de toros si no hay muchos porrazos y caballos muertos, y tienen por una gran fiesta aquella en que suceden muchas desgracias.

255 Alli advertirá que Sancho, despreciando el Don que no le correspondia, descubre la necedad de los que buscan distinciones superiores á su esfera (IV. 83). Alli verá contrapuesta la afabilidad y llaneza de la Duquesa al entono de las hidalgas de aldea (IV. 145). Alli descubrirá en los consejos de D. Quijote á Sancho sobre el modo con que se ha de portar en el gobierno (IV. 54), y en las determinaciones de Sancho gobernador (IV. 84, 127) un conjunto admirable de documentos morales. Alli finalmente mirará vituperado el vicio en todos los lances, y alabada siempre la virtud, y por consiguiente cumplida la obligacion del poeta filósofo, de enseñar deleitando, que es toda la perfeccion á que puede aspirar un escritor, segun Horacio.

256 Esta perfeccion es á la que no pueden llegar los autores que no son verdaderamente sabios. Cervantes lo era: su mucha lectura de los autores mas célebres, su trato con los hombres grandes de su siglo asi nacionales como extrangeros, y sobre todo sus reflexiones y meditaciones propias, le habian puesto en estado de poseer no solo la literatura necesaria para desempeñar su obra, sino tambien la que se requeria para corregir ciertos abusos que habian hecho progresos entre los eruditos de su siglo.

257 La Europa, que en los tiempos florecientes del imperio romano habia sido el archivo de las ciencias; inundada de bárbaros que la afligieron con repetidas incursiones, perdió ó sepultó entre ruinas los preciosos volúmenes de la literatura griega y romana. Apenas se conservaron en el retiro de los monasterios algunos códices, que los mismos monges trasladaban y guardaban. El cuidado de la propia defensa apartó á los hombres del estudio de las letras para conducirlos al de las armas, y al mismo tiempo que formó legiones destruyó las escuelas.

258 Pasados estos siglos de turbulencias é inquietudes se empezaron á buscar en el sosiego de la paz los monumentos literarios, que se habian perdido con las guerras, y á fuerza de tiempo y de diligencia se encontraron muchos de ellos, bien que esparcidos en diversas partes, y tal vez alterados considerablemente por descuido ó ignorancia de los copiantes.

259 De aqui nació el grande aprecio de los códices, que cuanto mas antiguos eran mas estimables, porque eran menos sospechosos: de aqui nació tambien la malicia de los que para acreditar alguna noticia ú opinion que les acomodaba, suponian haberla encontrado en un manuscrito an-

tiguo, y aun tal vez alteraban algun códice verdadero para introducir en él sus mentiras: y de aqui nació últimamente la necesidad de aplicarse los estudiosos á buscar el verdadero sentido de algunos lugares obscuros, confiriéndolos con otros de los mismos, ó de distintos autores, y procurando ilustrarlos con notas pertenecientes á las personas ó cosas de que en ellos se trataba.

260 Supuesta la literatura en este estado, se pueden reducir á tres capítulos los defectos ó abusos que en ella se introdujeron. Unos se descuidaron en conservar los monumentos auténticos, y en seguir las huellas de los verdaderos sabios: otros abrazaron como buenos y auténticos todos los libros que llegaron á sus manos, sin examinarlos en el crisol de la verdad y de la razon; y algunos aunque siguieron los buenos ejemplares no supieron imitarlos, abusando de la erudicion, y haciendo que su ciencia fuese molesta á los otros.

261 Estos vicios, que impugnó discretamente Cervantes en su QUIJOTE, contaminaron universalmente todas las ciencias. Pero él como afecto y apasionado á las letras humanas, los contrajo solamente á ellas y á la historia.

262 Los mas auténticos testimonios de esta se perdieron, no solo por la turbulencia de los tiempos, sino mucho mas por la ignorancia y descuido de los que poseian aquellos tesoros. Un papel carcomido ó un pergamino viejo les parecia que para nada podia aprovechar, y asi vinieron á parar en las boticas y tiendas los privilegios y los títulos de muchas preeminencias y posesiones.

263 Este descuido, que era grande en tiempo de Cervantes, y aun despues ha continuado todavía, le manifiesta graciosamente cuando refiere el hallazgo de los manuscritos árabes, que contenian la primera parte del QUIJOTE, los que estaban en

poder de un muchacho, que con otros papeles se los iba á vender á un sedero, y por fin se los dió á Cervantes por medio real (I. 77).

264 Otro defecto comparable á este descuido era el de los que se dedicaban á las letras humanas, particularmente á la Poesía, y olvidados de los antiguos maestros, tenian por guia á su ingenio, y por regla su capricho, de donde se originaron por la mayor parte las ridículas extravagancias que aun hoy se conservan en nuestro teatro.

265 De esto trató Cervantes magistralmente en la conversacion del canónigo y el cura (II. 331), y aun tambien cuando D. Quijote alabó á Don Lorenzo de Miranda, porque antes de tomar el nombre de poeta (III. 185) procuraba merecerle manejando dia y noche los ejemplares griegos y latinos.

266 Pero no estaba todo el descuido en los literatos: tenian mucha culpa tambien los poderosos y grandes. Sin la proteccion de estos no pueden hacer progresos aquellos. Cervantes, que lo sabia por propia experiencia, lo dió á entender cuando D. Quijote preguntó al estudiante que le llevaba á la cueva de Montesinos si tenia algun mecenas á quien dedicar sus obras (III. 260).

267 La poca aficion de los poderosos á las ciencias, y la ignorancia del vulgo, hizo que los hombres capaces de ilustrar la nacion con su literatura la abandonasen, y se dedicasen á lo que siendo del gusto del pueblo podia darles de comer. Por eso Lope de Vega se dedicó á componer malas comedias, sabiendo hacerlas buenas. Asi lo da á entender Cervantes en el citado discurso del canónigo de Toledo, y asi lo confesó tambien el mismo Lope.

268 Como en los libros no se buscaba mas que la diversion, lo mismo se estimaban las historias

verdaderas que las novelas fingidas. Digna es de notarse la gracia con que da á conocer este error Cervantes cuando D. Quijote para probar al canónigo la verdádera existencia de los caballeros andantes, alega por razon que sus historias estaban impresas con licencia (II. 358), y antes habia hecho una graciosísima enumeracion de héroes verdaderos mezclados con otros fabulosos, y de pasages de historia entretejidos con aventuras caballerescas (II. 353).

269 Fiados los escritores en esta credulidad del vulgo abusaban de ella poniendo en sus libros todo cuanto les acomodaba por inverosímil que fuese. El haber faltado el original del Quijote en la aventura del vizcaíno (I. 74), y encontrarse justamente esta misma aventura en el primer cartapacio de los que llevaba el muchacho para venderlos al sedero (I. 77), es una casualidad tan oportuna como inverosímil, y por tanto excelente para satirizar este abuso.

270 En esto se ve que la ignorancia comun era causa de que los que sabian algo hiciesen mal uso de esta ventaja. Pretender que todo el mundo se componga de sabios, es un imposible; pero que la ciencia esté depositada en un reducido número de sugetos, tiene muy malas consecuencias. Bien se ve cuan ridículo es que el romance que cantó Antonio sobre sus amores á Olalla se le hubiese compuesto su tio el beneficiado (I. 96); pero era muy ordinario esto cuando solo los eclesiásticos, y los que seguian la carrera de la judicatura, se ocupaban en leer y estudiar, y ellos hacian todas las obras de ingenio, fuesen ó no correspondientes á su estado: de lo que tenemos un monumento permanente en nuestras comedias, compuestas la mayor parte por eclesiásticos.

271 Los que estudiaban sin el fin de ganar que comer se aplicaban de ordinario á la astrología ju-

diciaria, engañándose á sí mismos, creyendo que sabian algo cuando nada podian saber de una ciencia imaginaria, que solo existió en la fantasía de los que creyeron que la sabian. A la verdad parece que Dios para humillar el orgullo de los hombres permitió que incurriesen en una ceguedad tan grande como dar preceptos y escribir libros sobre una cosa que ni tiene fundamento en la razon, ni objeto posible, y con todo se alzó con el título de ciencia, y se enseñó como si lo fuese. Ademas del pasage que ya se ha citado del mono adivino, hay otros en el QUIJOTE que indican este error ó ignorancia. Tal es lo que refiere D. Antonio de haber observado astros y hecho círculos el que le hizo la cabeza encantada (IV. 277): y tal es la mencion que se hace de haber estudiado esta facultad en Salamanca el pastor Grisóstomo y el bachiller Carrasco.

272 La falta de conocimiento de las ciencias produjo mal gusto aun en las letras humanas, y con especialidad en la Poesía. Creyeron que para ser poeta bastaba tener ingenio, y asi en vez de aplicarse á perfeccionarle con el arte, se contentaron con proponerse caminos dificultosos para hacer ver su talento en superar las dificultades. Para esto inventaron las glosas, los acrósticos y otras composiciones semejantes, en que se malogra el ingenio, sin sacar otro fruto que llenar de palabras unos versos vacíos enteramente de pensamientos sólidos é instructivos.

273 Como este daño era grave le corrige Cervantes con la sátira y con la razon. En el discurso de D. Quijote al caballero del Verde Gaban (III. 162), y en la conversacion con su hijo Don Lorenzo (III. 189), da reglas y preceptos excelentes, y en el acróstico del nombre de Dulcinea, que pidió al bachiller (III. 43), se burla nuestro

autor del servil estudio que pedian estas composiciones.

274 Tambien se burla del estudio y aplicacion que se emplea en cosas inútiles en la enumeracion de las obras del estudiante que guiaba á D. Quijote á la cueva de Montesinos (III. 234); es á saber, el *libro de las Libreas*, el de las *Trasformaciones*, y el *suplemento á Polidoro Virgilio*, obras á cual mas inútiles, pero muy semejantes á otras muchas que ocupaban y aun en el dia estan ocupando las prensas.

275 Del mismo jaez era tambien la traduccion que se estaba imprimiendo en Barcelona. El traductor no tenia otra mira que ganar dinero, y para eso se empleó en traducir un libro de bagatelas (IV. 288). Sin duda eran muy semejantes los traductores de aquel tiempo á algunos de los del nuestro, que suelen escoger para sus traducciones las obras que menos importan.

276 En varios lugares del QUIJOTE parece que Cervantes desaprueba la ocupacion de traducir; pero si se repara con atencion se verá que habla solo de las obras de ingenio, las cuales ó se han de traducir muy bien, como el Pastor Fido y la Aminta, ó se han de dejar en su lengua original, pues no hay cosa tan insufrible como la necedad de los que se atreven á dar al público las traducciones que hacen cuando estan aprendiendo una lengua. Si los tales leyeran el diálogo de D. Quijote con el que tradujo las bagatelas, hallarian una graciosa burla de su atrevimiento.

277 No es menos insufrible que la ignorancia de estos la pedantería de los que ostentan erudiciones que no vienen al caso, llenando de acotaciones las márgenes, y de notas el fin de los libros; pero á fe que no es mala la leccion que les da Cervantes en su prólogo, aunque para burlarse

de estos pedantes bastaba la nota que se encontró en el margen de los pergaminos árabes, en que se aseguraba que Dulcinea habia tenido gran mano para salar puercos (I. 77).

278 La pesadez de muchos historiadores, que cuentan como circunstancias precisas de los hechos algunas menudencias despreciables, está discretamente pintada en el caracter de prolijidad que supone en Cide Hamète (I. 153, IV. 27).

279 La ignorante vanidad de los que echan la culpa al impresor de los errores que ellos mismos cometieron, se ve ridiculizada en la respuesta de Sancho al cargo que le hacian de haber ido montado en el rucio despues de habérsele hurtado; pues él no sabiendo qué responder, dice que seria yerro de imprenta (III. 38).

280 La necia pretension de los que creen hablar con pureza alguna lengua solo porque son de parte donde se habla bien, como pretendian los toledanos, se halla impugnada en una reflexion del licenciado que acompañaba á D. Quijote á las bodas de Camacho, en que demuestra que el hablar bien no viene de haber nacido en esta ó la otra parte, sino de haber tenido buena crianza (III, 202): reflexion que habia hecho antes el doctor Villalobos.

281 Los plagios poéticos tan comunes en tiempo de Cervantes, tampoco pudieron escapar de su juiciosa crítica, pues hizo que D. Quijote preguntase al mozo que junto al túmulo de Altisidora habia cantado, *¿qué tenian que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de aquella señora?* A lo que el mozo solo pudo responder, que esos robos estaban muy en costumbre entre los intonsos poetas (IV. 360).

282 Finalmente tampoco se quedó sin notar la pasion de ser celebrados, comun á todos los hom-

bres, pero mucho mas fuerte en los estudiosos. Dice *que se holgó D. Lorenzo de Miranda de verse alabar de D. Quijote, aunque le tenia por loco* (III. 192). Y es de notar que Cervantes, que pocas veces habló en cabeza propia en todo el discurso de su fábula, habiendo dicho esto exclama luego: *¡Ó fuerza de la adulacion, á cuánto te extiendes, cuán dilatados límites son los de tu jurisdiccion agradable!*

283 Á vista de tantas juiciosas críticas y sabias instrucciones como hemos mostrado en la fábula de Cervantes, ya contra el espíritu caballeresco, ya contra los vicios y abusos comunes, y ya contra los defectos literarios, no me parece que se puede dudar que la moral del QUIJOTE es comparable á la de los mas famosos filósofos. Y al ver la gracia con que da estos documentos, sazonados con el chiste, y vestidos de todos los primores de la Oratoria y Poesía, es forzoso confesar que su instruccion no es de menor utilidad que la de los tratados de Ética mas acreditados y famosos.

ARTÍCULO VIII.

SATISFACCION Á VARIAS OBJECIONES CONTRA EL QUIJOTE.

284 Ya parece que tenemos concluido lo que propusimos al principio de este discurso. En él hemos descubierto que el objeto de la fábula de Cervantes fue nuevo y original, y mas á propósito aun que el de las heróicas para enseñar deleitando: que de este objeto dedujo la accion, que es la locura de D. Quijote; accion sola, completa, de proporcionada duracion, verosímil, y variada con episodios enlazados naturalmente con ella: que los caracteres de las personas son constantes y pro-

pios de sus calidades y de las circunstancias en que se hallan, sobresaliendo entre todos el de Don Quijote como héroe de la fábula: que su narracion es dramática, dulce y hermosa, precedida de una proposicion sencilla y natural, correspondiente á la accion; que su estilo es puro, enérgico y conveniente á la materia; y finalmente que con la hermosura y gracia que reina en toda la fábula envuelve los documentos de una moral discreta y juiciosa, alabando las virtudes, y reprendiendo los vicios; pero especialmente los que mas conexion tenían con su asunto, que son los de la caballería andante.

285 Con esto parece que habíamos concluido nuestro discurso. Pero como la bondad de una obra no consiste solo en que se halle adornada de primores, si no se procura tambien evitar los defectos: y como por otra parte es imposible que carezca absolutamente de ellos ninguna obra hecha por un hombre, nos resta ahora examinar los defectos del QUIJOTE, para ver si son capaces de obscurecer su hermosura y confundir su aplauso.

286 Para tratar con mas claridad esta materia propondremos primero los principales reparos que se han puesto á esta fábula, y que miramos como injustos, y despues referiremos aquellos cuya solucion no encontramos. De sola la lectura de estos cargos espero que resultará la consecuencia de que los defectos del QUIJOTE son tan pequeños, que la vista mas perspicaz de la crítica apenas puede distinguir estas manchas, deslumbrada con la copiosa luz de su hermosura.

287 Si la objecion de que el QUIJOTE ha sido causa de haberse disminuido entre los españoles el espíritu nacional de honradez y valor fuese verdadera, bastaria sin duda para destruir todo el mérito de Cervantes. Pero es tan infundado este cargo,

que (segun lo que largamente hemos demostrado tratando de la moral) nadie puede producirle, sino quien no conozca el QUIJOTE.

288 Omitiendo pues esta objecion, por estar ya refutada, el principal cargo á que tenemos que responder es el de los anacronismos, ó por mejor decir, del continuo anacronismo que encuentra en esta fábula el erudito D. Gregorio Mayans y Siscar. Cargo mas digno de consideracion por haberle hecho no un hombre ligero y preocupado, sino un sabio tan conocido en la Europa, y un sugeto que examinó con diligencia y juicio el QUIJOTE, como se ve en las eruditas reflexiones de que está llena la vida de Cervantes, que escribió para poner al frente de la edicion hecha en Lóndres el año de 1738.

289 Supone D. Gregorio Mayans, que la intencion de Cervantes fue representar la accion de su fábula muy antigua, esto es, de los tiempos de Amadis, ó los primeros siglos del cristianismo. El principal fundamento que para esto tiene es, que D. Quijote explicando á Vivaldo el origen y progresos de la caballería andante, dice que cuasi en sus dias habia comunicado, visto y oido á Don Belianis de Grecia (1. 112). Pero si se examina con reflexion este argumento se descubrirá que no tiene fuerza alguna, porque D. Quijote en punto de caballería era loco, y por consiguiente trastornaba los tiempos, equivocaba los lugares, y confundia las personas. Esto se ve claramente en todo el discurso de la fábula; pero (por no dejar de citar algun caso particular) puede con especialidad conocerse cuando despues de apaleado y molido á la vuelta de su primera salida, llegando á socorrerle un labrador vecino suyo, creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua, y que él era Valdovinos (1. 38); y fue tal la vehemencia de

su imaginacion, que por mas que el labrador le llamaba por su nombre, él siempre respondia con las palabras de Valdovinos segun las habia leido en el romance. A vista de esto claro está que quien fue capaz de juzgar á un pobre labrador marques de Mantua, y juzgarse él otra persona distinta de sí mismo, lo era tambien de creer que habia visto, oido y comunicado á D. Belianis de Grecia, que se supone haber existido muchos siglos antes.

290 Tambien confirma este modo de discurrir la famosa batalla que tuvo D. Quijote con los títeres de maese Pedro, pues cuando pasada ya la furia pedia este el importe de sus figuras, volviendo en sí D. Quijote dijo: *real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aqui ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, Don Gaiferos Don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno* (III. 290). Pues con todo que parecia ya desengañado, no bien le habia pedido maese Pedro dos reales y doce maravedis por la figura de Melisendra desnarigada y con un ojo menos, cuando volvió de nuevo á su anterior manía, afirmando que Melisendra estaba en Paris con su esposo, y que en presentársela desnarigada le querian vender gato por liebre: prueba evidente de que el dicho de D. Quijote en la fuerza de su locura de ningun modo persuade que Cervantes supusiese muy antigua la accion de su fábula.

291 Otra prueba de no haber querido nuestro autor dar á D. Quijote la antigüedad que quiere inferir de esta conversacion el señor Mayans, es que en ella misma dijo Vivaldo, que la orden de la caballería era mas estrecha que la de la Cartuja, de que se infiere que ya en tiempo de D. Quijote era conocida la Cartuja en España, en donde

el primer monasterio que hubo de esta religion, que es el de Scala Dei en Cataluña, se fundó el año de 1163, habiendo tenido principio la orden en el de 1084. Siendo pues la inmediacion á Belianis dicho de un loco, y la mencion de la Cartuja de una persona muy discreta, es cierto que esto segundo es lo verdadero, y manifiesta que Cervantes supuso moderno á su héroe.

292 Aun mas claramente se conoce esta verdad cuando dice, hablando de la librería de Don Quijote, que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaños de zelos*, y *Ninfas y pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna (I. 75). Pero la razon mas fuerte en apoyo de nuestro modo de pensar acerca del tiempo de la accion, es que en todo el discurso de la fábula se habla de las cosas que ocurren como existian estas en el tiempo de Cervantes. Estos que para el señor Mayans son anacronismos, mirándolos bien son pruebas evidentes de que nuestro autor supuso á D. Quijote su contemporáneo; pues no parece posible que Cervantes estuviese siempre olvidado del tiempo en que habia querido representar la accion de su fábula.

293 Y para confirmarse en que no pudo ser este descuido del autor, basta hacer reparo en que todas las personas que veian y oian á D. Quijote se admiraban de su extraña figura y de sus caballerescas razones, y solo caian en su significacion los que, por estar versados en la lectura de los libros de caballerías, se imponian en el tema de su locura. Señal clara de que no vivió en los tiempos caballerescos.

294 No negaré que el encuentro de los cartapacios escritos en arábigo (I. 77), y el de la caja de plomo que guardaba un antiguo médico (II. 389), se oponen á nuestro sistema de suponer á D. Qui-

jote contemporáneo de Cervantes; pero mas fácil es creer que tuviese este autor dos ó tres descuidos (de los cuales hablaremos despues), que no persuadirse á que desde el principio hasta el fin de su obra estuvo olvidado del tiempo en que suponia haber sucedido la accion de ella, como debiera inferirse de la serie de anacronismos que le objeta el señor Mayans. Bien conoció este erudito escritor la fuerza de este argumento, segun se explica en el número 127; y aun le debemos agradecer que no se dejase antes persuadir de estas razones; pues con eso entre las pruebas de los anacronismos de Cervantes nos dejó muchas noticias concernientes á nuestra historia literaria, dando una muestra de su vasta erudicion y singular conocimiento de los autores españoles.

295 Tambien censura á Cervantes el escritor de su vida de no haber guardado la verosimilitud en la aventura del vizcaíno (I. 71); porque teniendo este como era regular las riendas en la mano izquierda, no parece posible que D. Quijote, que arremetió á él con ánimo de matarle, le diese tiempo para soltar la rienda, sacar la espada, y asir la almohada en que naturalmente vendria sentado alguno de los que ocupaban el coche. Á este reparo creo que habia satisfecho ya el mismo Cervantes refiriendo la batalla. Dice que el vizcaíno, oyendo que le negaban su hidalguía, desafió á Don Quijote diciéndole: *si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan presto verás que al gato llevas*. Es muy natural que cuando provocaba á D. Quijote á que sacase su espada echase él tambien mano á la suya, con lo cual despues la sacaria muy pronto. Dice tambien Cervantes, *que le avino bien* (al vizcaíno) *que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada*; de lo cual infiero que no fue uno de los almohadones que

sirven para sentarse, sino una de aquellas almohadas pequeñas que por mayor comodidad se suelen llevar sueltas en los viages. A mas de que tambien D. Quijote tuvo que arrojar su lanza, embrazar su escudo, y desnudar la espada, y asi estaban los dos tantas á tantas en las acciones.

296 En el gobierno de Sancho encuentra otro reparo D. Gregorio Mayans, porque le parece inverosímil que en un lugar de mil vecinos (IV. 81) pudiesen sufrir ocho ó diez dias un gobernador de burlas. Pero consideradas las circunstancias desaparece esta inverosimilitud, respecto de que aquellos vasallos sabian muy bien que era una burla inocente del Duque, el cual era un gran señor, á quien no se atreverian á disgustar por tan pequeña causa. Fuera de que estando siempre al rededor de Sancho los criados del Duque, no podian los vecinos tener rezelo de que resultase en daño del pueblo la incapacidad del gobernador: y aun para esto es claro que habria tomado ya el Duque las medidas convenientes, como que no esperaba se portase Sancho con la discrecion y buen tino que mostró despues la experiencia.

297 Este tino y esta discrecion es mirada por algunos como impropia del caracter que dió á Sancho el autor de la fábula: y con efecto, á primera vista parecen demasiado discretas las providencias y ordenanzas que hizo en su gobierno. Pero con todo no le parecerán inverosímiles á quien considere que de ordinario supone Cervantes que Sancho se acordaba de alguna cosa que habia oido ó visto conexa con el asunto de que se trataba, y que le daba luz para resolver: que el caracter de Sancho es de un hombre sencillo, pero no tonto: y finalmente que el fin de Cervantes es hacer conocer que mas aciertan en el gobierno los hombres de mediano talento y de recta intencion, que los

muy ingeniosos, si están dominados de sus pasiones, como lo habia indicado ya en boca del canónigo de Toledo (II. 364).

298 Otra inverosimilitud halla el señor Mayans en la caida de Sancho en la sima, donde habia una caverna de media legua de largo (IV. 198); y la razon en que se funda es que no hay (segun dice) tal caverna en Aragon, y asi mal pudo Sancho caer ni andar por ella. Si todos los sucesos de una fábula debieran ser verdaderos, esta objecion haria mucha fuerza; pero los autores de semejantes composiciones como la de Cervantes tienen licencia de fingir con verosimilitud, y de crear é inventar cosas que ni existen ni han existido, ni es creible que existirán en adelante. Tal es la isla de Calipso y otras muchas imaginaciones de Homero y de Virgilio. Que Cervantes fingiese con destreza y propiedad, no admite duda; pues supone que la caverna iba desde unos edificios muy antiguos hasta la inmediacion de la quinta de los Duques, los cuales sabian muy bien que habia aquella correspondencia de tiempo inmemorial, siendo cierto que los poderosos cuando edificaban castillos en los tiempos remotos solian hacer estos ocultos caminos subterráneos para evadirse en caso de necesidad. Para apología de esta ficcion de Cervantes basta acordarse de las correspondencias subterráneas fingidas por el discreto Barclayo en su Argénis, con el fin de que Timóclea pudiese ocultar á Poliarco de la proscripcion que le amenazaba.

299 En la novela del Curioso impertinente (que como diremos adelante es buena, pero intempestiva en el QUIJOTE) nota de inverosímil D. Gregorio Mayans el soliloquio de Camila cuando espera á Lotario y está escondido Anselmo (II. 133). A la verdad los soliloquios no son muy verosímiles, pues vemos pocos ejemplares de ellos

en la vida humana; pero si algunos, aunque cortos, se le pueden permitir á un poeta cómico, como el mismo señor Mayans confiesa, con mas justa razon se le debe permitir este, aunque algo mas largo, al escritor de la novela. Lo primero, porque la verosimilitud cómica no permite tantos ensanches como la de una novela, pues como esta se lee, pero no se representa, no ofende como la comedia con los hechos poco comunes, segun aquel precepto de Horacio en su Poética:

Segniùs irritant animos demissa per aures,
Quàm quae sunt oculis subjecta fidelibus.....

Y lo segundo, porque el autor previene este soliloquio con una situacion que le hace verosímil.

300 Estaba escondido Anselmo, lo sabia Camila, y queria engañarle haciéndole creer que estaba irritada contra Lotario. Á este fin supo fingir una agitacion interior tan fuerte, que la sacaba fuera de sí. Esta situacion pinta Cervantes con estas vivas y elegantes expresiones: *Diciendo esto se paseaba* (Camila) *por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado.*

301 Quien haya procurado conocer el corazon humano, y la violencia con que le agitan las pasiones cuando se abandona á ellas, sabrá cuán comun es en estos frenesíes proferir la lengua lo que discurre el entendimiento, ó por mejor decir lo que siente el corazon.

302 Por eso nada tiene de inverosímil que una muger, que prorumpe en furiosos ademanes y desconcertados pasos, se explique tambien con expresiones de venganza todo el tiempo que precede al

lance crítico en que ha resuelto ejecutarla. Y si esto es natural en sí mismo, mucho mas lo será cuando se mira como escena estudiada y representada con reflexion por una muger ingeniosa, que pretende deslumbrar á su esposo.

303 Estas objeciones hace á Cervantes su historiador D. Gregorio Mayans, mirando los descuidos que le atribuye como unas inadvertencias de que no se libró ni el mismo Homero. Quien haya leido el QUIJOTE imparcialmente como este erudito valenciano, solo de este modo puede hablar de los defectos de Cervantes.

304 No todos le han censurado con tanta moderacion y respeto. Don Isidro Perales dice en su prólogo al Quijote de Avellaneda, que segun Cervantes se podian enmendar todos los libros de caballerías. Si hubiera leido con cuidado el gracioso escrutinio que hicieron el cura y el barbero de la librería de D. Quijote (I. 44), no se hubiera atrevido á decir una falsedad tan manifiesta. Él sin duda se fundó en el plan que hizo el canónigo de Toledo de un libro de caballería bueno, y sin los defectos ordinarios (II. 335). Pero hay mucha diferencia de decir que se puede escribir un libro de caballerías sin defectos, á sentar que se pueden corregir todos los libros de caballerías escritos.

305 Al ver que un español no entendió á Cervantes, no hay que admirarse de que no le entendiese el marques de Argens, que fundado en un pasage de este escritor asegura que los libros de las *Fortunas de amor* de Antonio Lofraso son de los mejores que hay en España, siendo asi que si los perdonó el cura en su escrutinio fue diciendo, *que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se habia compuesto* (I. 52). No es mucho que un extrangero no en-

tendiese que en castellano se llama gracioso todo lo que hace reir: lo digno de extrañar es que hable con tanto magisterio de lo que no entiende.

ARTÍCULO IX.

DESCUIDOS QUE TUVO CERVANTES EN ESTA FÁBULA.

306 Pero aunque estos cargos no sean verdaderos, no por eso nos atreveremos á decir que carece de defectos el QUIJOTE. Algunos hemos encontrado en él, que ó lo son verdaderamente, ó á lo menos no hemos podido alcanzar su solucion: y entre ellos algunos, que el mismo Cervantes reconoció por tales.

307 El defecto mas notable que se encuentra en esta fábula es el haber insertado en ella algunos episodios importunos y agenos de la accion principal. Tal es la novela del Curioso impertinente, que introdujo el autor sin otro motivo que haberla encontrado el cura en una maleta que se habia dejado casualmente en la venta un pasagero (II. 81). De suerte que como confiesa el mismo Cervantes en boca del bachiller Sanson Carrasco, el defecto de esta novela no es ser mala, ó mal razonada, sino ser agena de aquel lugar, y no tener que ver con la historia de D. Quijote.

308 La novela del Cautivo (II. 194) no es tan importuna como la del Curioso impertinente, porque estaba él alli efectivamente, y asi es uno de los interlocutores de la fábula, lo cual no sucede á los personages de la otra. Pero tiene el defecto de ser demasiado larga, pues como ni antes ni despues entra el Cautivo en la accion del QUIJOTE, ni su relacion tiene enlace con los hechos de este, es claro que solo debia representarse en el cuadro

de la fábula como figura de cuarto ó quinto término, y su historia por consiguiente debia ser muy sucinta y de pocas líneas. No sucede esto á Cardenio y Dorotea, porque la gran parte que tuvieron en la aventura del reino de Micomicon (II. 31) los hace ser figuras de segundo término, ó segundos personages en la fábula; y es natural, y aun preciso, que se den á conocer mas, y para esto cuenten por menor sus historias (I. 275, II. 7).

309 Cervantes, hecho cargo de cuan importunas son en el QUIJOTE las dos referidas novelas, quiere disculparse en boca de Cide Hamete cuando va á tratar del gobierno de Sancho (IV. 67), y da por excusa la sequedad del asunto, y la dificultad que hay en mantener el diálogo entre pocas personas, y estar precisado á entretener á los lectores con solos los discursos de D. Quijote y Sancho. Hace ver (como es verdad) que en la segunda parte solo se encuentran episodios nacidos de los mismos sucesos, y aun estos con una moderacion tan grande, que merece mas alabanza por lo que calla que por lo que dice. En todo esto tiene razon, y nadie puede negar que es dificil entretener á los lectores con los sucesos y discursos de dos hombres solos; pero el mismo haberlo ejecutado tan bien y con tanta naturalidad en la segunda parte hace que sean menos disculpables los dilatados é impertinentes episodios de la primera: y la mayor prueba de que no los insertó por precision, sino por dar noticia en el primero de sus novelas, y en el segundo de su valor y cautiverio, es, que sin ellos la primera parte del QUIJOTE no solo no queda seca, sino antes bien mas agradable por la naturalidad á que se oponen estos retazos, brillantes sin duda, pero zurcidos fuera de su lugar, por valerme de las expresiones de Horacio.

310 Tambien pudiera haber omitido Cervantes la aventura del gateamiento (IV. 95), por ser algo fria respecto de las demas, y porque no parece muy decorosa á los Duques. Con todo no se puede graduar de inverosímil, pues siendo aquellos señores muchachos no es de admirar que á pesar de la gravedad de su estado dejasen ver de cuando en cuando la ligereza de la edad juvenil: y aun podia servirles de disculpa el haberse ejecutado de noche, y mucho mas el no haber creido ellos que pudiese tener un éxito tan desgraciado (IV. 97).

311 De poco sirve para la bondad de una fábula que todos los acaecimientos que en ella se refieren sean oportunos y conexos con la accion principal, si ellos en sí no son verosímiles. Por eso aunque nuestro autor es digno de la mayor alabanza por la oportunidad de todos sus episodios (á excepcion de los pocos que quedan referidos) con todo es preciso confesar que en algunos faltó á la verosimilitud.

312 Entre los singulares acaecimientos de la venta leemos que apenas habia concluido su historia el Cautivo, cuando llegó su hermano el oidor (II. 257), con quien se hizo el reconocimiento por medio del cura, despues que el Cautivo se hubo asegurado por el nombre, patria y señas de que efectivamente era su hermano. El reconocimiento, el razonamiento del cura, y todas las demas circunstancias estan muy oportunamente puestas; pero la venida de este oidor es tan pronta y á tan buen tiempo, que parece estaba concertado con su hermano para entrar en la venta luego que él acabase su historia. El caso es posible, pero no verosímil, y esto solo es lo que debe entrar en la fábula. Todos los sucesos que no hay precision ó motivo para que sucedan, aunque convengan para el desenlace, son impropios y violentos, porque

se conoce claramente que sucedieron porque al autor le convenia, y no por otra razon.

313 En esta venta reunió Cervantes tantos sugetos, y acumuló tantas aventuras, que aunque cada una de por sí sea verosímil, la concurrencia de todas no lo parece. Quizá si hubiese omitido los episodios del Cautivo, oidor, Clara y D. Luis, que ninguna falta harian para el todo de la fábula, hubiera quedado mas ligera, y por consiguiente mas verosímil esta parte de su obra.

314 Si Cervantes no hubiera manifestado su pensamiento de continuar el QUIJOTE en el último capítulo de la primera parte (II. 389), se pudiera inferir del modo con que la concluye que no pensaba escribir segunda, porque remata todos los episodios, sin dejar cosa alguna pendiente que mueva la curiosidad de los lectores, mas que la locura del héroe, y aun esta se puede mirar como concluida estando ya D. Quijote sosegado en su casa. Y aunque para probar que en la primera parte no queda del todo satisfecha la curiosidad de los lectores, pudiera decirse que los que la leen tienen mayor deseo de leer la segunda, esto no prueba que la fábula quede pendiente, sino que es tan agradable, que el que la lee no se cansa de ella. En una palabra, no es efecto de la curiosidad, sino del gusto: ni se busca en la segunda parte el complemento de la primera, sino una repeticion del placer que se sintió en su lectura.

315 Algunos acaecimientos ó aventuras particulares hay que sin duda exceden los términos de la verosimilitud. Por ejemplo el robo del rucio, que ejecutó Gines de Pasamonte estando Sancho caballero en él (I. 257). Aunque es claro que el objeto de Cervantes fue ridiculizar el de Brunelo cuando quitó del mismo modo el caballo á Sacripante (III. 37).

316 Lo que absolutamente no puede disculparse es la aventura del Clavileño alígero (IV. 45); el cual dice nuestro autor que era de madera, y que habiéndole pegado fuego por la cola, *al punto por estar lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho en el suelo medio chamuscados*. Pero al instante refiere que se levantaron, y despues añade que D. Quijote *dió muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho*. Este suceso á primera vista se descubre que no cabe en la esfera de lo natural; pues volar por los aires un caballo de madera con el impulso de la pólvora, y caer en tierra los que estaban sobre él, sin mas daño que un pequeño golpe, y quedar algo chamuscados, mas parece un milagro que una burla.

317 Tampoco parece verosímil que Altisidora cuando refirió á D. Quijote lo que habia visto en el infierno le contase que los diablos jugaban á la pelota con el Quijote de Avellaneda (IV. 357), pues esto ninguna conexion tenia con sus amores. Cervantes por no perder esta ocasion de dar á entender el poco valor de aquella obra, no cuidó de la verosimilitud.

318 Hay tambien cierta especie de acaecimientos, que siendo por sí mismos muy naturales y posibles, dejan de serlo por la oposicion que tienen con otros ya referidos ó supuestos. Esta especie de inverosimilitudes, que mas propiamente se deben llamar inconsecuencias, son mas frecuentes en el Quijote. De donde se puede inferir, qué Cervantes componia sus obras de primera mano, sin detenerse despues á limarlas y pulirlas. Defecto propio de los grandes ingenios, que encuentran menos dificultad en inventar, dejando correr el fecundo raudal de su imaginacion, que en perfec-

cionar sus invenciones, sujetando su talento á examinar despacio y con precision un solo objeto.

319 Una de las expresadas inconsecuencias es hacer ir á Sancho caballero en su rucio despues de habérsele hurtado. Y aunque en la segunda edicion de 1608 corrigió Cervantes este descuido en dos lugares, como se puede ver en las notas 72 y 76 del tomo I. páginas 258 y 265, esto mismo prueba la priesa con que escribia sus obras, porque enmendándole en dos partes, le dejó sin corregir en otras tres. El bachiller Carrasco reconviene á Sancho con esta inconsecuencia, y Sancho solo responde, que seria engaño del autor, ó descuido del impresor: en cuya respuesta al mismo tiempo que censura Cervantes el ridículo efugio de los que atribuyen á los impresores sus defectos propios, como ya se ha notado en otra parte, reconoce sinceramente su falta. Otra cometió en la aventura del cuerpo muerto, pues habiendo dicho (I. 196) que el bachiller Alonso Lopez, á quien D. Quijote derribó en tierra, se fue luego que le pusieron en la mula, y antes que pasase la larga conversacion entre D. Quijote y Sancho sobre el motivo que este habia tenido para haber llamado á su amo el *caballero de la Triste Figura*, poco despues dice (I. 198) que el bachiller oyó la conversacion, y se fue. En el cap. XIV. de la segunda parte hace decir á Sancho (III. 138) que no tenia espada, ni en su vida se la habia puesto, olvidándose de que antes habia dicho en varias partes (I. 139, 141, 145) que la tenia, y aun que la habia sacado para reñir.

320 Semejante es el olvido que tuvo en la segunda parte, en donde leemos que al tiempo que D. Quijote daba sus consejos á Sancho (IV. 63), este le aseguró que sabia firmar su nombre; y poco despues cuando le consultaron el caso del hom-

bre que venia á pasar por la puente, dijo que la resolucion que daba la daria firmada de su nombre si supiese firmar (IV. 157). En la nota 8, página 85 del tomo cuarto se advierte tambien un descuido de la misma especie, y es, que cita como pasada la sentencia de la bolsa del ganadero, que aun no ha referido. Y en el tomo IV encontramos, que despues de haber celebrado Cervantes las ordenanzas que hizo el gran Sancho Panza en su gobierno, y haber dicho que aun se conservaban (IV. 166), le hace decir al mismo Sancho que no habia hecho ordenanzas algunas (IV. 207).

321 En la llegada del oidor á la venta se olvidó nuestro autor de lo que habia escrito en los capítulos anteriores. En estos se refiere que al cerrar de la noche estaba dispuesta la cena, y que sentados á una mesa larga como de tinelo, cenaron todos juntos mugeres y hombres, entre los cuales estaba el Cautivo (II. 182): mientras la cena hizo D. Quijote su razonamiento sobre las armas y las letras (II. 183), y de sobremesa (II. 194) refirió el Cautivo su larga historia. Preciso era que en tantas cosas se consumiese una gran parte de la noche, y asi no se puede conciliar que llegase despues de todos estos pasages el oidor, y que llegase al anochecer (II. 257). Ni tampoco es compatible la cena que se refiere despues de su llegada con la que acabamos de decir, porque ni es regular que cenasen dos veces los que estaban en la venta, ni podemos decir que en ambos lugares se habla de la misma cena, pues sobre ser distintos los acaecimientos de la una de los de la otra, en la primera se dice que se sentaron á la mesa todos, tanto mugeres como hombres, uno de los cuales fue el Cautivo, y en la segunda se expresa que ni este ni las mugeres se encontraron.

322 Tambien la noche que salió Sancho á ron-

dar su ínsula parece que cenó dos veces, porque despues de haber contado Cervantes que le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla y unas manos de ternera (IV. 125), y despues de haber referido algunos discursos que pasaron entre él, su maestresala y el mayordomo, inmediatamente dice que llegó la noche y cenó el gobernador. Á la verdad es dificil componer estas dos cenas separadas con una larga conversacion, y ambas sin embargo al principio de la noche. Si el autor habló de una misma las dos veces, es necesario confesar que fue con tanta confusion, que cualquiera creerá que hubo dos distintas. Pero aun se encuentra otro tercer pasage semejante á estos. Habian comido D. Quijote y Sancho muy á su placer con los pastores y pastoras de la fingida Arcadia, y pasado el infortunio de los toros, que sucedió inmediatamente despues de la comida, vemos que se sientan á comer á la margen de una fuente (IV. 239), y que D. Quijote no quiere probar bocado por haber resuelto, segun dice, dejarse morir de hambre.

323 Todos estos descuidos, y algunos otros de la misma especie, que se notan en el plan cronológico, que va á continuacion de este discurso, prueban, como ya hemos dicho, que Cervantes escribió de priesa su obra, y que no la corrigió despues. Pero no podemos atribuir á este principio la inconsecuencia de no dejar que entrase en Zaragoza su héroe, habiendo dicho en la primera parte, que se conservaba en la Mancha la fama de haber asistido en dicha ciudad á unas justas famosas (II. 389). Cervantes no quiso que fuese su Quijote á Zaragoza, porque habia ido el de Avellaneda; pero no se puede dudar que Avellaneda hizo bien en seguir la fama, y nuestro autor hizo muy mal en contradecirla, siendo él mismo quien la habia esparcido. Es muy de creer que el enfado

de ver con qué poca decencia habia desempeñado este episodio su rival, le hizo aborrecerle, y pensar en substituir otros muchos mas admirables y magníficos, para desmentir la escasez de ideas que le atribuia Avellaneda, persuadiendo al público que Cervantes no era capaz de continuar el QUIJOTE, y asi el despique fue la verdadera causa de este defecto.

324 Ni aun esta disculpa puede tener el suponer que ya estaba impresa la historia de D. Quijote cuando el bachiller Carrasco volvió de Salamanca (III. 23), no habiendo un mes que D. Quijote estaba en su casa despues de concluida su segunda salida, y cuando apenas se habian pasado dos desde el principio de su locura. En tan breve espacio no hubo tiempo de escribir y dar á la estampa sus hechos, mucho menos habiéndose escrito primero en árabe, y traducido despues al castellano, como refirió el mismo bachiller, quien para acabar de hacer mas imposible el suceso añadió que se habian hecho ya muchas ediciones en Portugal, Barcelona, Valencia y Amberes (III. 27): y no contento con esto aseguró tambien que prometia el historiador segunda parte (III. 39), cuando aun no existia el asunto preciso de ella, pues D. Quijote ni habia hecho ni aun determinado su tercera salida.

325 Tampoco es disculpable que cuando Sancho contaba despropósitos despues del vuelo del Clavileño le dijese su amo: *Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en la cueva de Montesinos* (IV. 50). Esto da á entender que D. Quijote pretendia que le creyesen cosas que él mismo juzgaba mentiras; y no era asi, antes bien él creia todas aquellas visiones como reales y verdaderas.

326 Menos perdon merece el haber culpado á Avellaneda porque llamó Mari Gutierrez á la muger de Sancho (IV. 246). Este fue el nombre que la dió en su primera parte el mismo Cervantes (I. 61); y asi en él estuvo la falta cuando en la segunda se le mudó en el de Teresa Panza, no en Avellaneda, que le conservó el primitivo. Con mas razon se podia hacer cargo á Cervantes de su inconsecuencia, porque habiéndola llamado al principio de la primera parte Juana Gutierrez, y Mari Gutierrez, al fin de la misma parte (II. 388) la llama Juana Panza, diciendo expresamente *que asi se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes*. Tampoco es justo el cargo que le hace de haber pintado á Sancho comedor (IV. 275), pues comedor le pinta tambien Cervantes cuando en boca de D. Quijote le dice: *tú naciste para morir comiendo* (IV. 240): y aunque es cierto que nuestro autor no le da el caracter de puerco, que le supone Avellaneda, el de comedor se le atribuye á cada paso; y el negarlo despues es una verdadera inconsecuencia, que no queda cubierta con la respuesta de que si alguna vez parecia tragon, era porque se lo daban, pero que sabia pasarse muchos dias con nueces ó bellotas, pues claro está que por mas comilon que fuese, no teniendo otra cosa habia de sujetarse por fuerza á pasar con estos manjares.

327 La poca exactitud en la cronología y geografía puede tambien hacer inverosímiles los sucesos de la fábula, y de esta especie de descuidos se encuentran algunos en el QUIJOTE, los cuales se podrán ver por menor en el citado plan cronológico de la fábula, que se pone al fin de este discurso. Pero será bueno hacer aqui una reflexion, y es, que todas las fechas de la segunda parte estan adelantadas cosa de unos tres ó cuatro meses mas

de lo que corresponde á las de la primera, de donde se puede inferir que Cervantes no consultó su primera parte al tiempo de escribir la segunda, contentándose con suponer que sucedió esta en la estacion mas oportuna para los acaecimientos que en ella se refieren, esto es, en el verano. De suerte que pone á los principios de este la tercera salida de D. Quijote, siendo asi que correspondia fuese por octubre, respecto de haber sido la primera en uno de los calurosos dias del mes de julio, y haber pasado en ella, en la segunda y en las detenciones en su casa, poco menos de dos meses y medio. De esta anticipacion provienen los defectos que por menor se expresan en dicho plan cronológico.

328 Pero no por esto se ha de creer que Cervantes solo faltó en anticipar las fechas, guardando despues consecuencia en esta anticipacion; pues ademas de referirse como sucedidas en el verano las aventuras que correspondia sucediesen en el otoño, aun entre los tiempos de unas aventuras y los de otras se encuentra oposicion notable. Baste para prueba de esto, que despues de haber escrito Sancho en casa de los Duques una carta, fecha en 20 de julio (IV. 3), llega con su amo á Barcelona pasado un mes, y se halla ser la mañana de S. Juan (IV. 270).

329 Esto confirma lo que arriba se dijo: es á saber, que Cervantes escribió su QUIJOTE de primera mano, sin detenerse á confrontar unos lugares con otros, y sin sujetarse á llevar una serie calculada en la cronología de su fábula.

330 A vista de los ligeros defectos que hemos notado, originados la mayor parte de no haber retocado y pulido Cervantes su obra, es forzoso confesar ingenuamente que no son capaces tan pequeñas manchas de afear la brillante hermosura del

QUIJOTE. Y habiendo ya demostrado que por la novedad de su objeto, por lo bien manejada que está la accion, por la fecunda variedad de sus episodios, por la propiedad de sus caracteres, por la naturalidad y gala de su narracion, por la dulzura de su estilo, y por la solidez de su moral, es digna esta fábula de ocupar un puesto de los mas señalados en el alcázar de las musas al lado de las mas famosas epopeyas, no debemos extrañar que haya merecido tantos elogios de los sabios, no solo nacionales, sino tambien extrangeros, que se halle traducida en casi todas las lenguas vivas, y que se hayan hecho y se hagan de ella continuamente tantas ediciones.

331 Acreedor es ciertamente el QUIJOTE á todas estas demostraciones de aprecio, y acreedor es Cervantes á los aplausos de todos los literatos, por haber pisado con pie firme un camino de ninguno hollado hasta entonces, y en que ninguno le ha seguido, y por haber observado en su fábula, que es de una especie nueva, las reglas que dicta la razon ayudada de la crítica. Reglas que no pudo encontrar escritas, pero reglas que deben servir en adelante para formar juicio de las composiciones de esta especie, si acaso se atreve alguno á seguir á Cervantes por tan dificil senda hasta la cumbre del Parnaso.

PLAN CRONOLÓGICO
DEL QUIJOTE.

PARTE I. TOMO I.

PRIMERA SALIDA.

CAPÍTULO II. Y III. Salió D. Quijote muy de madrugada por el campo de Montiel un dia de los calurosos de julio. Despues de haber caminado todo el dia llegó al anochecer á una venta, en donde le armaron caballero.

CAP. IV. Y V. Sale de esta venta al otro dia de madrugada, armado ya caballero. Encuéntrase con los mercaderes de Toledo, que le dejan tendido en el suelo y molido á palos. Recógele Pedro Alonso, vecino de su pueblo, adonde le llevó, y llegaron al anochecer.

SEGUNDA SALIDA.

CAP. VI. Y VII. Á otro dia se hizo el escrutinio de los libros de D. Quijote, quien durmió todo aquel dia, y estuvo otros dos en la cama, al cabo de los cuales se levantó, y se mantuvo quince dias muy sosegado en casa. En este tiempo solicitó á Sancho Panza para que le sirviese de escudero, y juntos salieron una noche por el mismo campo de Montiel y por el propio camino que habia tomado D. Quijote en su primer viage. Hubo, segun esta cuenta, veinte dias de diferencia entre su primera y segunda salida.

CAP. VIII. El dia 21 de la accion de D. Qui-

jote fue la aventura de los molinos de viento, despues de la cual siguieron el camino del puerto Lápice. Aquella noche la pasaron en una arboleda, y el dia 22 á las tres de la tarde descubrieron el puerto, en el cual sucedió la aventura de los monges Benitos y la del vizcaíno.

CAP. IX. HASTA EL XII. Dia 22 se acabó la batalla con el vizcaíno. Se entraron Sancho y su amo en un bosque, curóse D. Quijote la oreja, comieron tarde y de priesa, y faltándoles tiempo para llegar á poblado se quedaron en las chozas de unos cabreros, en donde estos contaron á D. Quijote la historia del pastor Grisóstomo.

CAP. XIII. HASTA EL XV. Dia 23 salió Don Quijote de la cabaña de los cabreros, fue al lugar de la sepultura del pastor Grisóstomo, á cuyo entierro asistió. Acabado este se entró, acompañado de Sancho, á buscar á la pastora Marcela por el monte en donde se habia ocultado. Habiendo andado por él mas de dos horas sin encontrarla, vinieron á parar á un prado, donde se apearon con ánimo de pasar alli la siesta, y les sucedió la desgraciada aventura de los Yangüeses: despues de la cual al anochecer de este dia llegaron á la famosa venta del encantamiento, que D. Quijote creia ser castillo.

CAP. XVI. HASTA EL XXI. Aquella noche la pasaron en esta venta, y en ella sucedió lo del arriero y Maritornes, el cuadrillero y bálsamo de Fierabrás. Al otro dia, que fue el 24, mantearon á Sancho en la misma venta. Habiendo salido de ella peleó D. Quijote con los dos rebaños de ovejas, y por la noche del mismo dia sucedió la aventura del entierro y la de los batanes, la cual se concluyó al amanecer del otro dia, que fue el 25, y en él ganó el yelmo de Mambrino.

CAP. XXII. Y XXIII. En el propio dia 25 de la

accion dió D. Quijote libertad á los galeotes, y despues de esta aventura se entró con Sancho en Sierra Morena, en cuyas entrañas pasaron la noche. Al siguiente dia 26 se hallaron en la misma Sierra la maleta, y encontraron á Cardenio.

CAP. XXIV. HASTA EL XXVII. El mismo dia 26 despues de la pendencia de Cardenio determinó D. Quijote quedarse haciendo penitencia, y enviar á Sancho con la carta á Dulcinea, y la libranza de los tres pollinos fecha en 22 de agosto de aquel año. De esta fecha se infiere, que siendo el dia 26 de la primera salida de D. Quijote el 22 de agosto, aquella salida fue la madrugada del 28 de julio del mismo año. Al siguiente 23 de agosto y 27 de la accion de D. Quijote llegó Sancho á medio dia á la venta, en donde encontró al cura y al barbero, que le hicieron volver atras en busca de su amo. Á otro dia, que fue el 24 de agosto y 28 de la accion, el cura y el barbero acompañados de Sancho llegaron á las tres de la tarde á la entrada de la Sierra. Sancho se internó para ir al lugar adonde habia dejado á su amo haciendo penitencia, y el cura y el barbero se quedaron alli aguardándole, y en el intermedio se encontraron con Cardenio que les contó su historia, con la cual da fin Cervantes á la tercera parte de las cuatro en que, como se ha dicho, habia dividido la primera de su obra.

PARTE I. TOMO II.

CAP. XXVIII. HASTA EL XXXII. En el mismo dia 24 de agosto, que es el 28 de la accion, y aun en el mismo punto en que Cardenio acabó la triste relacion de sus extraños acaecimientos, encontraron á Dorotea, que con no menor admiracion de todos les refirió otra parte de aquella do-

lorosa historia. Concluida esta volvió Sancho diciendo, que su amo no queria salir del lugar donde estaba, lo que les obligó á todos á irle á buscar, y habiendo andado tres cuartos de legua descubrieron entre unas peñas á D. Quijote, quien luego que oyó la súplica de Dorotea, se puso en camino con toda la comitiva, y llegaron á una fuentecilla en donde se apearon. Todo esto sucedió en la misma tarde; y Cervantes olvidado de ello dice, que comieron en la fuentecilla, y despues de comer volvieron á tomar el camino. Tambien dice en boca del cura, que desde la salida de la Sierra hasta la venta habia dos leguas, lo que no se compone bien con haber tardado en el camino aquella tarde y toda la mañana del dia siguiente 25 de agosto y 29 de la accion, que llegaron á la venta, habiendo tardado el mismo tiempo el cura, el barbero y Sancho en ir desde la venta hasta la entrada de la Sierra, y por consiguiente debia haber mucho mas de dos leguas.

CAP. XXXIII. HASTA EL XLIII. En este mismo dia 29 de la accion y 25 de agosto llegaron tambien á la venta Luscinda y D. Fernando, con lo que se concluyó felizmente el episodio de Cardenio y Dorotea. Despues llegó el cautivo y Zorayda, cuya historia es otro episodio. Luego entró el oidor hermano del cautivo con su hija Doña Clara, motivo de otro episodio.

CAP. XLIII. HASTA EL XLVII. El dia 30 de la accion y 26 de agosto llegaron á la venta los criados de D. Luis, que disfrazado en trage de mozo de mulas seguia á la hija del oidor. Sucedió la historia de estos criados con D. Luis, la pendencia de Sancho con el barbero de la albarda, la de los cuadrilleros y sus compañeros con D. Quijote, la de este con Sancho, porque habló mal de la princesa Micomicona, y despues de sosegado todo, á

otro dia 31 de la accion y 27 de agosto por la mañana fue el fingido encanto de D. Quijote, y su salida de la venta en un carro de bueyes.

CAP. XLVII. HASTA EL LII. El dia 31 de la accion y 27 de agosto se encontró el canónigo de Toledo con D. Quijote y su comitiva, con quienes tuvo varios coloquios. Sucedió la llegada y episodio del cabrero, y la aventura de los diciplinantes. Concluida esta siguió D. Quijote con el cura y el barbero el camino de su aldea. Era entonces medio dia, y al cabo de seis dias entraron en la dicha aldea domingo á la mitad del dia: que por esta cuenta era el 37 de la accion y 2 de setiembre á medio dia.

RESUMEN DE ESTE COMPUTO.

	DIAS	
Sale D. Quijote dia 28 de julio, y vuelve á su casa dia 29	... 2	Total: 37 dias desde 28 de julio hasta 2 de setiembre, tiempo de la duracion de la fábula en la primera parte del QUIJOTE.
Está en su casa 18 dias, esto es hasta el 16 de agosto	...18	
Sale segunda vez con Sancho, y emplea 17 dias hasta la vuelta á su casa en 2 de setiembre..	...17	
	37	

PARTE II. TOMO III.

TERCERA SALIDA.

CAP. I. HASTA EL VII. Está D. Quijote casi un mes quieto en su casa. Gasta en varios coloquios dos dias, que juntos con los antecedentes vendrán á componer todo el mes de setiembre. Despues de tres dias, esto es en 3 de octubre, sa-

len D. Quijote y Sancho tercera vez al anochecer, y toman el camino del Toboso.

CAP. VIII. Pasan aquella noche y un dia camino del Toboso sin aventura ni suceso, y á otro dia 5 de octubre al anochecer llegaron á un encinar cerca del Toboso, y habiéndose aguardado allí, entraron en el lugar á la media noche.

CAP. IX. HASTA EL XI. En el dia 6 de octubre sucedió el encantamiento de Dulcinea, y despues siguieron el camino de Zaragoza los dos aventureros. Al fin de este dia 6 de octubre fue la aventura de los farsantes, que, segun su relacion, habian hecho aquella mañana, que era la octava del Corpus, el auto de las cortes de la muerte. Yerro de cronología en que incurrió Cervantes, poniendo en octubre la octava del Corpus. Tambien cometió otro yerro de geografía diciendo, que al salir del Toboso D. Quijote y Sancho siguieron el camino de Zaragoza, porque todos los lugares de las aventuras desde el Toboso hasta las lagunas de Ruidera deben estar al mediodia del Toboso, direccion contraria á Zaragoza, que está al norte, como se demuestra en el itinerario señalado en el mapa desde el número 17 hasta el 22. Este yerro le repitió en el cap. XIV.

CAP. XII. HASTA EL XIV. La noche del dia 6 de octubre fue la llegada del caballero de los Espejos: en ella pasó el coloquio de los dos escuderos y de los dos caballeros. Don Quijote refirió al de los Espejos que los encantadores habian trasformado á Dulcinea dos dias habia en aldeana; y habiendo sucedido esto el dia anterior á aquella noche, no es verosímil que tan presto se le hubiese olvidado. El dia 7 de octubre al amanecer fue vencido el caballero de los Espejos por D. Quijote, quien junto con Sancho volvió á proseguir su camino de Zaragoza.

CAP. XV. HASTA EL XIX. El dia 7 de octubre se encontró D. Quijote con el caballero del verde Gaban, y sucedió la aventura de los leones, y á las dos de la tarde del mismo dia llegaron á la aldea y casa del del verde Gaban, en donde se mantuvieron D. Quijote y Sancho cuatro dias, esto es hasta mediado el dia 11 de octubre, y al anochecer de este llegaron al lugar de Camacho el rico.

CAP. XX. HASTA EL XXIII. Dia 12 de octubre estuvieron en las bodas de Camacho: hasta el 15 se mantuvieron con Basilio y Quiteria, y el 16 partió D. Quijote con Sancho y el primo para la cueva de Montesinos, adonde llegaron el dia 17 á las dos de la tarde. Inmediatamente metieron á D. Quijote en la cueva, y le volvieron luego á sacar, y despues contó á Sancho y al primo lo que habia visto en ella.

CAP. XXIV. HASTA EL XXVIII. De alli volvieron á tomar el camino, en el que encontraron al mozo de las alabardas y al page que iba á sentar plaza de soldado, y al anochecer llegaron á la venta en que sucedió la aventura de los títeres. Á otro dia á las ocho dejaron la venta Sancho y Don Quijote, y se pusieron en camino, por el cual anduvieron dos dias, sin acontecerles cosa digna de escribirse, hasta que al tercero dia, esto es el 20 de octubre, llegaron cerca del lugar del rebuzno, en donde sucedió la aventura, de que salió Sancho apaleado y apedreado D. Quijote. Queriéndose con este motivo despedir Sancho de su amo, este le ajusta la cuenta de sus salarios el dia 20 de octubre, y le dice que habia 25 dias que habian salido de su lugar: error de cronología, pues habiendo salido el dia 3 de octubre por la noche, no habia sino 17 dias. Dice tambien D. Quijote, que apenas habia andado dos meses en el discurso de sus salidas; lo que es cierto, pues solo eran 36

dias: los demas que habia de accion los habia pasado en su casa.

CAP. XXIX. Dos dias despues, esto es el 22 de octubre, llegó D. Quijote al Ebro, en donde sucedió la aventura del barco encantado. Aquí cometió Cervantes un notable yerro de geografía, porque dividida en cinco jornadas la distancia que hay desde la venta de los títeres, que en el itinerario del mapa es el número 23, hasta el rio Ebro y aventura del barco encantado número 25, corresponde á cada jornada unas 14 leguas de andadura, y no es posible que Rocinante y el rucio anduviesen tanto camino en tan poco tiempo.

CAP. XXX. HASTA EL XXXIII. El dia 23 de octubre al ponerse el sol encontró D. Quijote á los Duques, quienes le llevaron á su palacio, en donde fue recibido con ostentacion como caballero andante, y despues de haber comido se retiró á dormir la siesta. Aqui tuvo Cervantes un notable descuido, pues habiendo dicho que D. Quijote encontró á los Duques al ponerse el sol, los hace comer luego que llegaron al palacio, como si fuese medio dia, é irse á dormir la siesta. Tambien cometió un yerro de cronología, porque supone que esto sucedió en un dia de verano, siendo el 23 de octubre.

CAP. XXXIV. Y XXXV. De alli á seis dias, esto es el 29 de octubre, se celebró la montería con que los Duques obsequiaron á D. Quijote. Dice Cervantes que era la mitad del verano, faltando á la verosimilitud, pues era el mes de octubre, bien que concuerda con lo que habia dicho antes.

PARTE II. TOMO IV.

CAP. XXXVI. HASTA EL XLI. El dia siguiente 30 de octubre despues de comer fue la aventura de la Trifaldi, y á la noche la del Clavileño alígero. Aquel dia escribió Sancho una carta á su muger fecha en 20 de julio de 1614. Notable anacronismo, pues aquel dia era el 30 de octubre segun la cronología que entabló Cervantes en su primera parte; y respecto que esta se imprimió el año de 1605, debia ser á lo menos, para ser verosímil la fecha de la carta, de 30 de octubre de 1604.

CAP. XLII. Y XLIII. Finalizada la aventura de la Trifaldi ó dueña dolorida con el vuelo de Clavileño la noche del dia 30 de octubre, al siguiente 31 del mismo mandó el Duque á Sancho que se dispusiese para ir al gobierno de su ínsula al dia siguiente 1.° de noviembre, y D. Quijote le dió los consejos sobre el modo con que habia de portarse en la ínsula.

CAP. XLIV. Va Sancho al gobierno el mismo dia 31 por la tarde, en lo que faltó Cervantes á la verosimilitud, pues el mismo dia habia dicho el Duque á Sancho, que no le habia de enviar hasta el dia siguiente, y no se alega causa ninguna para esta mudanza y aceleracion.

CAP. XLV. Llega Sancho á su gobierno el dia 1.° de noviembre por la mañana, toma posesion, y despues hace los famosos juicios de la ramera, y del viejo embustero, que encerró los diez escudos que debia en un báculo de caña, para jurar que los habia pagado, y tambien el del sastre de las caperuzas.

CAP. XLVI. En el mismo dia 1.° de noviembre, que llegó Sancho á su gobierno, despachó la Duquesa á un page con la carta de Sancho para Teresa

Panza, y D. Quijote habló con Altisidora, de lo que resultó cantarle á esta D. Quijote á las once de la noche de aquel dia un romance. Acabado este sucedió la aventura de los gatos, de cuya resulta estuvo D. Quijote en la cama cinco dias, esto es hasta el 6 de noviembre inclusive.

CAP. XLVII. El dia 1.º de noviembre comió Sancho en público, y estando comiendo recibió una carta del Duque fecha el 16 de agosto. Dos anacronismos comete aqui Cervantes: el primero contra la cronología de su fábula, pues segun ella la carta debia tener la fecha de 31 de octubre, y el segundo respectivo á la fecha de la carta de Sancho á su muger, pues esta, que se escribió el dia antes que la del Duque, tenia la fecha de 20 de julio.

CAP. XLVIII. En el capítulo XLVI. dijo Cervantes, que de resulta de la aventura de los gatos estuvo D. Quijote cinco dias en la cama, esto es hasta el 6 de noviembre; ahora dice que estuvo sin salir al público seis dias, esto es hasta el 7 de noviembre. En una noche de estas fue á visitar Doña Rodriguez á D. Quijote, y la azotaron la Duquesa y Altisidora.

CAP. XLIX. El dia 1.º de noviembre en la noche cenó Sancho con licencia del doctor Pedro Recio, despues de la cena salió á rondar, y de alli á dos dias fue el fin trágico de su gobierno.

CAP. L. En este capítulo repite Cervantes la embajada que la Duquesa envió despues de la aventura de Doña Rodriguez á Teresa Panza con un page, el cual llevaba una carta de su marido y el vestido de campo, con otra carta de la Duquesa y una gran sarta de corales ricos. Falta en esto á la verosimilitud, pues en el capítulo XLVI. habia despachado al mismo page con sola la carta de Sancho y el vestido; pero ya se le habia olvidado,

é incurrió en este descuido y repeticion. Tambien cometió un yerro de geografía, porque en seis dias cuando mas va el page al lugar de D. Quijote, se detiene en él casi un dia, y vuelve con la respuesta, lo que no pudo ser, estando el lugar de D. Quijote en la Mancha junto al Toboso, y el palacio de los Duques en Aragon á las orillas del Ebro.

CAP. LI. El dia 2 de noviembre almorzó Sancho, y á la tarde de aquel dia hizo unas constituciones para el buen gobierno de su ínsula. El mayordomo tenia dispuesto hacerle salir del gobierno aquella noche.

CAP. LII. En este dia estaba ya sano D. Quijote de los araños de los gatos, en lo que tardó ocho dias, y habiéndolos recibido el 1.° de noviembre, debia ser este dia el 9 del mismo mes. Al medio dia del siguiente 10 de noviembre llegó de vuelta el page que habia ido á casa de Sancho: cosa muy inverosímil que en tan corto tiempo pudiese haber ido y vuelto desde las orillas de Ebro hasta Argamasilla de Alba. En el mismo dia desafió Don Quijote al agraviador de la hija de Doña Rodriguez; el Duque aplaza campo para este reto, y señala el plazo para de alli á seis dias, que seria el 16 de noviembre.

CAP. LIII. La noche del séptimo dia del gobierno fue la alarma fingida con que acabó Sancho su comision. Llegó á ella el dia 1.° de noviembre, y asi el dia 7 del mismo por la noche le sucedió esta aventura. Pero toda esta cuenta de Cervantes está muy errada, pues en el capítulo LI. ha dicho que el segundo dia del gobierno fue cuando sucedió su acabamiento: ademas de que el no decir ni en general, en qué se ocupó los cinco dias, que aqui supone hubo de mas, siempre es descuido. En el mismo capítulo dice que Sancho se fue el

dia siguiente por la mañana, esto es el 8 de noviembre temprano: de donde resulta que habia tenido el gobierno solos siete dias, y el mayordomo le dice que ha de dar residencia de los diez dias que habia tenido el gobierno, y segun esto era el 11 de noviembre por la mañana: otro anacronismo.

CAP. LIV. El dia 12 de noviembre dijo el Duque á D. Quijote que de allí á cuatro dias se presentaria el agraviador de la hija de Doña Rodriguez, y el mismo dia venia Sancho de la ínsula en busca de su amo: otro anacronismo.

CAP. LV. El dia 13 encontró D. Quijote la salida de la caverna donde habia caido Sancho la noche antes, que por la verdadera cuenta debia ser el dia 4 de noviembre, por el dicho de Cervantes el 9, y por el del mayordomo, que confirmó Sancho despues de haber salido, el 12 del mismo mes: prueba de lo embrollado de la cronología. Tambien repite aqui Cervantes que era verano, debiendo ser, segun su cronología, el mes de noviembre.

CAP. LVI. El dia 16 de noviembre fue el desafio aplazado para este dia, de cuyas resultas dijo Tosilos que queria casarse con la hija de Doña Rodriguez.

CAP. LVII. HASTA EL LIX. Un dia despues del desafio se despide de los Duques D. Quijote, quien por el deseo que tenia de salir á otras aventuras se puede creer que lo haria poco despues del referido desafio. Cervantes no determina este dia, y asi puede suponerse que era el 18 de noviembre. Al dia siguiente de mañana se partió D. Quijote de casa de los Duques, esto es el 19 de noviembre. En el mismo sucedió la aventura de los santos, la de las pastoras, y la de los toros, despues de la cual se encontró D. Quijote por la noche en la venta con D. Gerónimo, y al dia siguiente 20

de noviembre salió temprano de la venta para Barcelona.

CAP. LX. En seis dias, esto es hasta el 26 de noviembre, nada aconteció digno de notar á nuestros aventureros. El dia 26 por la noche la pasaron en unas arboledas, en donde Sancho acoceó á su amo, y se asustó con los cuerpos de los ahorcados que estaban colgados de los árboles. Á otro dia al amanecer los sorprendió Roque Guinart con su cuadrilla de bandoleros.

CAP. LXI. HASTA EL LXIII. Tres dias y tres noches estuvo D. Quijote con los bandoleros hasta el 29 de noviembre, que supone Cervantes contra la verosimilitud ser víspera de S. Juan. El dia siguiente 30 al salir el sol entró D. Quijote en Barcelona. Aquel dia hubo baile por la noche en casa de D. Antonio Moreno, que hospedó á D. Quijote, y al siguiente 1.° de diciembre se hizo la experiencia de la cabeza encantada. Determinaron correr sortija el dia 7, pero no se efectuó. Salió D. Quijote á pasear á pie por la ciudad, y vió la imprenta: todo esto el dia 1.° de diciembre, en cuya tarde fueron tambien á ver las galeras.

CAP. LXIV. El dia 3 de diciembre salió el barco para traer á D. Gregorio de Argel. Dia 5 se hicieron á la vela las galeras para Levante, y el dia 6, saliendo D. Quijote á pasearse por la playa, se encontró con el caballero de la Blanca Luna, y fue vencido por él.

CAP. LXV. De resulta del vencimiento estuvo D. Quijote en cama seis dias, esto es, hasta el 11 de diciembre inclusive. El dia 12 entró D. Antonio á decir á D. Quijote que habia llegado de Argel D. Gregorio. De alli á dos dias, esto es el 14, trataron sobre el modo de que Ricote y su hija quedasen en España. El 15 partieron D. Antonio y D. Gregorio á Madrid, y el 18 salieron Don

Quijote y Sancho para su patria. Habia dos meses que Carrasco habia sido vencido por D. Quijote, y Cervantes, olvidado de esto, le hace decir que habia ya tres meses.

CAP. LXVI. HASTA EL LXIX. El dia 23 de diciembre llegaron D. Quijote y Sancho á un lugar camino de su patria. Aquella noche la pasaron al sereno, y el dia 24 encontraron un correo de á pie, que era el lacayo Tosilos. En aquel dia 24 pasaron varias cosas, y tuvieron en el campo la noche, en la cual sucedió la aventura de los cerdos. Al otro dia 25 de diciembre al ponerse el sol salieron al camino unos hombres, arrestaron á D. Quijote y á Sancho, y los llevaron á la quinta de los Duques, y aquella misma noche sucedió la extraordinaria representacion de la resurreccion de Altisidora muerta por el desden de D. Quijote.

CAP. LXX. HASTA EL LXXII. El dia 26 de diciembre despues de comer salió D. Quijote de casa de los Duques en prosecucion de su viage. En la noche de este dia comenzó á azotarse Sancho, y el siguiente 27 estuvieron, despues de haber andado tres leguas, esperando en un meson á que llegase la noche. En este meson fue el encuentro de D. Álvaro Tarfe. Á la tarde salieron D. Quijote y Sancho, y pasaron la noche entre unos árboles. El dia 28 continuaron su camino: á la noche acabó Sancho de azotarse por el desencanto de Dulcinea, y al siguiente dia 29 entraron en Argamasilla de Alba su patria. Es poco tiempo el que da aqui Cervantes á D. Quijote y Sancho para llegar desde casa de los Duques hasta su lugar.

CAP. LXXIII. Y LXXIV. El dia 29 se pasó en coloquios con el cura y bachiller, y al fin con el ama y la sobrina, á quienes pide D. Quijote que le lleven á la cama, porque se sentia no muy bueno. Seis dias estuvo con calentura, esto es desde el 30

de diciembre hasta todo el 4 de enero. El siguiente 5 vuelto ya en su acuerdo hizo testamento, y el 8 murió.

RESUMEN DE ESTE PLAN,

Y DURACION DE TODA LA FABULA.

Respecto á que Cervantes fingió á su héroe moderno, y que á cada paso alude el mismo D. Quijote á sucesos recientes entonces, es fuerza suponerle contemporáneo de Cervantes; y habiéndose impreso el año de 1605 la primera parte del QUIJOTE, su primera salida debió ser el año anterior de 1604; y bajo de este supuesto se funda el siguiente cómputo.

	DIAS	Total: meses, dias.
Sale D. Quijote la primera vez el dia 28 de julio de 1604, y vuelve el 29 del mismo...........................	2	
Está en su casa diez y ocho dias........................	18	
Sale segunda vez el dia 17 de agosto, y no vuelve hasta el dia 2 de setiembre.	17	
Se está en su casa treinta y un dias........................	31	....5.....12
Sale tercera vez el dia 3 de octubre en la noche, y no vuelve hasta el 29 de diciembre............................	87	
Está enfermo desde el dia 30 de diciembre de 1604 hasta el dia 8 de enero del año de 1605.....................	10	
	165	

PRINCIPIOS

DE LAS PRIMERAS EDICIONES.

TASA.

Yo Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe, que habiéndose visto por los señores de él un libro intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro á tres maravedis y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que á este precio se pueda vender. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste di la presente en Valladolid á veinte dias del mes de Diciembre de mil y seiscientos y cuatro años. = *Juan Gallo de Andrada.*

EL REY. Por cuanto por parte de vos Miguel de Cervantes nos fue fecha relacion, que habíades compuesto un libro intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el cual os habia costado mucho trabajo, y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, ó como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática últimamente por Nos fecha sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nues-

tra cédula para vos en la dicha razon, y Nos tuvímoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, que de suso se hace mencion, en todos estos nuestros reinos de Castilla por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho dia de la data desta nuestra cédula, so pena que la persona ó personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere ó vendiere, ó hiciere imprimir ó vender, por el mesmo caso pierda la impresion que hiciere, con los moldes y aparejos della, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedis cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin dél de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de cámara de los que en él residen, para saber si la dicha impresion está conforme al original, ó traigais fe en pública forma de como por corretor nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresion por el original, y se imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que asi fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volúmen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que asi imprimiere el dicho libro no imprima el principio, ni el primer pliego dél, ni entregue mas de un solo libro con el original al autor ó persona á cu-

ya costa lo imprimiere, ni otro alguno para efeto de la dicha correccion y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los de nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cédula y la aprobacion, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas de estos nuestros reinos. Y mandamos á los del nuestro Consejo y á otras cualesquier justicias dellos guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid á veinte y seis dias del mes de Setiembre de mil y seiscientos y cuatro años. =YO EL REY.= Por mandado del Rey nuestro Señor.=*Juan de Amezqueta.*

EU EL REY. Fazo saber a os que este alvará vieren, que eu hei por ben de fazer merced á Miguel de Cervantes de Saavedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus renhos de Portugal ó livro intitulado: *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.* E isto por tempo de dez anhos, que començaraom da feitura deste em diante. Dentro do cual tempo hei por ben, é mando, que nenhum impressor, nem livreiro, nem otra alguã pessoa de cualquier calidad, é condiçaõ que seia non possaõ imprimir nem vender ó dito livro nos ditos meus renhos é senhorios, nem traçellos de fora delles, salvo aquellos livreiros, ou pessoas que para isso tiurem poder é licença do dito Miguel de Cervantes. E cualquier outra pessoa que sem sua licença imprimir, vender, ou trajer de fora ó dito livro, durante os ditos dez anhos, perderá pera elle todos os volumes que lle forem achados: é alẽ disso encorrerá en pena de cincuenta crusados, á metade pera minha cámara, é outra meta-

de pera quem ó acusar. É mando á todas minhas justiças, oficiaes, é pessoas dos ditos meus renhos é senhoríos á que este alvará for mostrado, e o conheceimento delle pertenecer, que ó cumpraõ, é guardem, ó façao inteiramente cumprir é guardar, como nelle se cōthem. Ó cual quero que vala, tenha força é vigor, como se fosse carta per mi asinada, é passada pela chancelleria, sem embargo da ordenaçaom do segundo livro tit. 40. que diz, que as cosas cuyo effeito ouver de durar maes de hum anho passe per cartas; é passando por alvarás naõ va kaõ, é vallera outrosi, posto que naõ seia passado pela chancellería, sin embargo da ordenaçaom en contrario. Antonio Campello ó fez en Valladolid nove de Febreiro de mil seiscientos e sinco anhos. = REY.

AL DUQUE DE BEJAR,

MARQUES DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCAZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y menos justicia los trabajos agenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes Saavedra.

PRÓLOGO.

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy padrastro de D. Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el mas pintado, y estás en tu casa,

donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y asi puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epígramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de D. Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años acuestas con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y dotrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filó-

sofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡ Pues qué cuando citan la divina escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor D. Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aqui nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiem-

po que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estais tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso D. Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? Á lo cual él dijo: lo primero en que reparais de los sonetos, epígramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personages graves y de título, se puede remediar en que vos [1] mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino

hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors aequo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el evángelio: *De corde exeunt cogitationes malae.* Si de la instabilidad de los amigos, ahi está Caton que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golías ó Goliat fue un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Teberinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréis

os luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fue asi dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro &c.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré [a] la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahi está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decis. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple que crea que de to-

dos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica: ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico [b] se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el

discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso D. Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías estan esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.

AL LIBRO

DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
libro, fueres con letu-
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
por ir á manos de idio-
verás de manos á bo-
aun no dar una en el cla-
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-
en Bejar tu buena estre-
Un arbol real te ofre-
que da Príncipes por fru-
en el cual florece un Du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra, que á osa-
favorece la fortu-
De un noble hidalgo Manche-
cantarás[4] las aventu-
á quien ociosa letu-
trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-
alcanzó á fuerza de bra-
á Dulcinea del Tobo-

No indiscretos hierogli-
estampes en el escu-
que, cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-
que D. Alvaro de Lu-
que Aníbal el de Carta-
que el Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-
Pues al Cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
ni me alegues con filo-
porque torciendo la bo-
dirá el que entiende la le-
no un palmo de las ore-
¿para qué conmigo flo-
No te metas en dibu-
ni en saber vidas age-
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
darles á los que grace-
mas tú quémate las ce-
solo en cobrar buena fa-
que el que imprime neceda-
dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-
Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con pies de plo-

que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida:
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al menos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

D. BELIANIS DE GRECIA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Mas que en el orbe caballero andante;
Fui diestro, fui valiente, fui arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas di á la fama que eternice;
Fui comedido y regalado amante;
Fue enano para mí todo gigante;
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis pies postrada la fortuna;
Y trajo del copete mi cordura
Á la calva ocasion al estricote.

Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO

SONETO.

¡Ó quien tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo,
Á Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su [5] Lóndres con tu aldea!
¡Ó quien de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Ó quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú heciste
Del comedido hidalgo D. Quijote!
Que asi envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA
Á SANCHO PANZA ESCUDERO
DE D. QUIJOTE

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante egercicio, ya está en uso
La llaneza escudera con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,

Que mostraron tu cuerda providencîa.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude-
del Manchego Don Quijo-
puse pies en polvoro-
por vivir á lo discre-
Que el tácito Villadie-
toda su razon de esta-
cifró en una retira-
segun siente Celesti-
libro en mi opinion divi-
si encubriera mas lo huma-

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
bisnieto del gran Babie-
por pecados de flaque-
fui á poder de un Don Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-
que esto saqué á Lazari-
cuando para hurtar el vi-
al ciego le di la pa-

ORLANDO FURIOSO Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Cita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO.

Á vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la monarquía
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fue mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

SONETO.

B. *¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado?*
R. *Porque nunca se come, y se trabaja.*
B. *¿Pues qué es de la cebada y de la paja?*
R. *No me deja mi amo ni un bocado.*
B. *Anda, señor, que estais muy mal criado,*
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. *Asno sé es de la cuna á la mortaja.*
¿Quereislo ver? miraldo enamorado.
B. *¿Es necedad amar?* R. *No es gran prudencia.*
B. *Metafísico estais.* R. *Es que no como.*
B. *Quejaos del escudero.* R. *No es bastante.*
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero, ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA.

CAPITULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo; y los dias de entre semana se honraba con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que asi ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la

edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana [6]. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y asi llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos: y de todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas le parecian de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando

leia: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como alli se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra [8], ó Amadis de Gaula: mas maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar era D. Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su

hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y asi del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, asi de encantamentos como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada; que de solo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando

en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura. En efecto rematado ya su juicio vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, asi para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y asi con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos [9], que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de

media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza y sin querer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fue luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantùm pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y asi procuraba acomodársele de manera que declarase quién habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y asi

despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar *ROCINANTE*, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fue rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar *D. QUIJOTE*: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, asi quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *D. QUIJOTE DE LA MANCHA*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deciase

él: si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo [10] soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡O como se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fue, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla *DULCINEA DEL TOBOSO*, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y signi-

ficativo como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPITULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.

Hechas pues estas prevenciones no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y asi sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fue que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería ni podia ni debia tomar armas con ningun

caballero: y puesto que lo fuera habia de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase á imitacion de otros muchos que asi lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á

los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Ó tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguage: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que

de contar fuese; de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fue la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella, que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes

castillos se pintan. Fuese llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á D. Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas; las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero D. Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro con gentil talante y voz reposada les dijo: non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á

tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fue de manera que D. Quijote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de ál que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y asi le dijo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo D. Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano, cualquiera cosa

basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear &c. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje. Y así le respondió: segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto fue á tener del estribo á D. Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como D. Quijote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y asi se

quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas [12] y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera D. Quijote,
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y D. Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra: solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viernes aquel dia, y no habia en toda la venta sino

Lam. I.



J. Riealles inv. y dib. *T. Lopez Enguidanos lo gr.*

unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió D. Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huesped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponia, y asi una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso á la venta un castrador de puercos,

y asi como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan [13] candial, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la órden de caballería.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.

Y asi fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huesped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso hasta que le

hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió D. Quijote; y asi os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huesped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche determinó de seguirle el humor; y asi le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba [14], y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olive-

ra de Valencia, rondilla de Granada, playa de S. Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió D. Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. Á esto dijo el ven-

tero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y asi tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros estan llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se

parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones recebidas [15], y que veria cuan bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. Prometióle D. Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admirándose [16] de tan extraño género de locura fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche [17] con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de

manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fue menester quitar las armas de D. Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: ó tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) antes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde alli á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el

arriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar D. Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada dijo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien D. Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera

recebido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y asi por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese: y asi llegándose á él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada, y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó Don

Quijote, y dijo que él estaba alli pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas se vino adonde D. Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran [18] golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fue menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de alli adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba

darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sancho-bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de alli adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante subió en él, y abrazando á su huesped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con mas breves palabras respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir á la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba seria cuando D. Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huesped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No habia andado mucho cuando le pareció que á su diestra mano de la espesura de un bosque que alli estaba salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el

fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuidado con el hato. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una ma-

nada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desataldo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debia su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta D. Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el

barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: asi que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aqui dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, mas? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Asi es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros como tengo dicho un real sobre otro y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como

lo habeis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díjole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, vereis como no desface aqueste, aunque

creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino jurando de ir á buscar al valeroso D. Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recebió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las

encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y asi con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir levantó D. Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los merca-

deres al son de estas razones y á ver la extraña figura del que las decia; y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decis, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó D. Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno como pide la órden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aqui estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa

señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso por complacer á vuestra merced diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió D. Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decis, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aqui tendido.

Un mozo de mulas de los que alli venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él [12] via no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

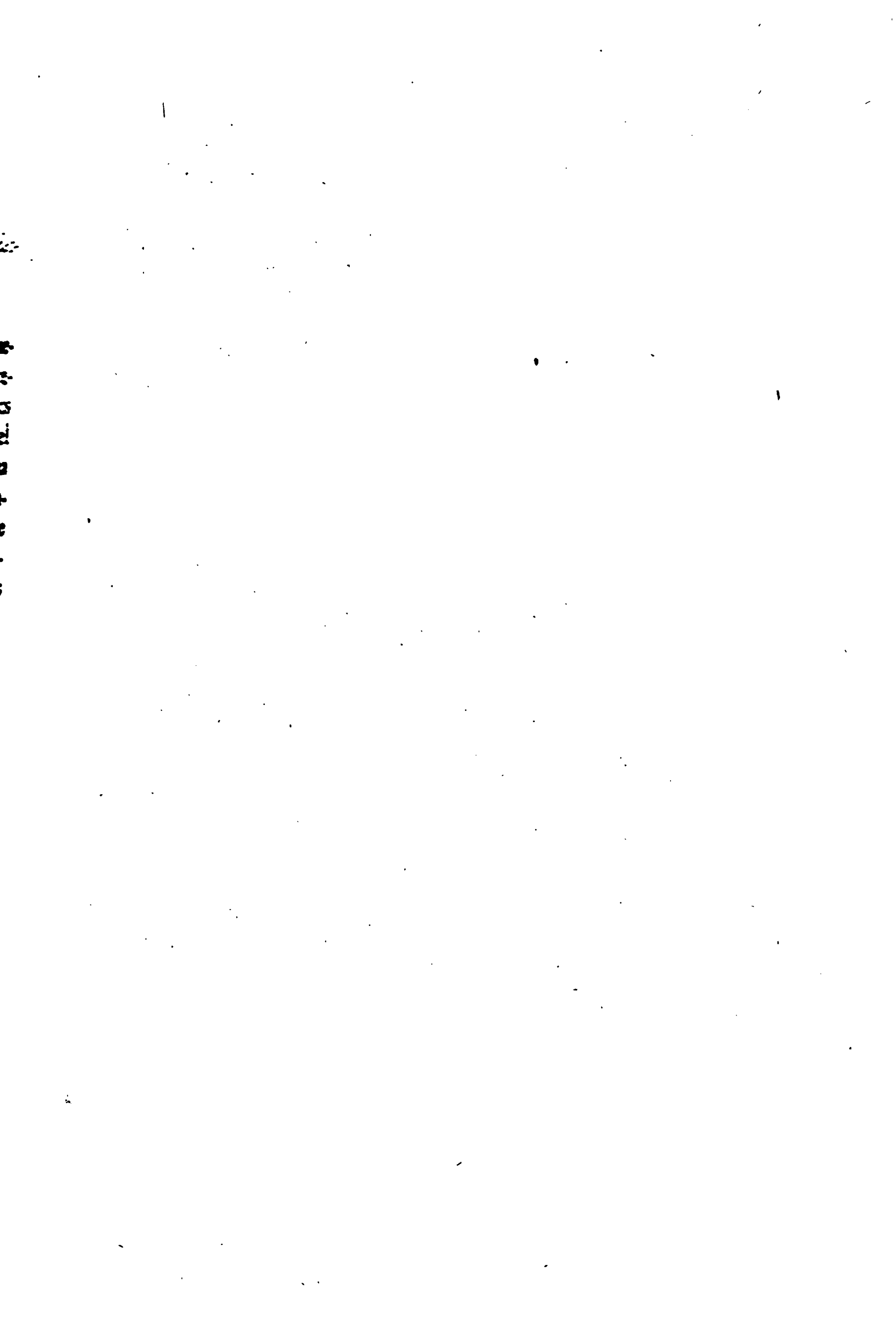
Viendo pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Valdovinos y del marques de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Está pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y asi con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

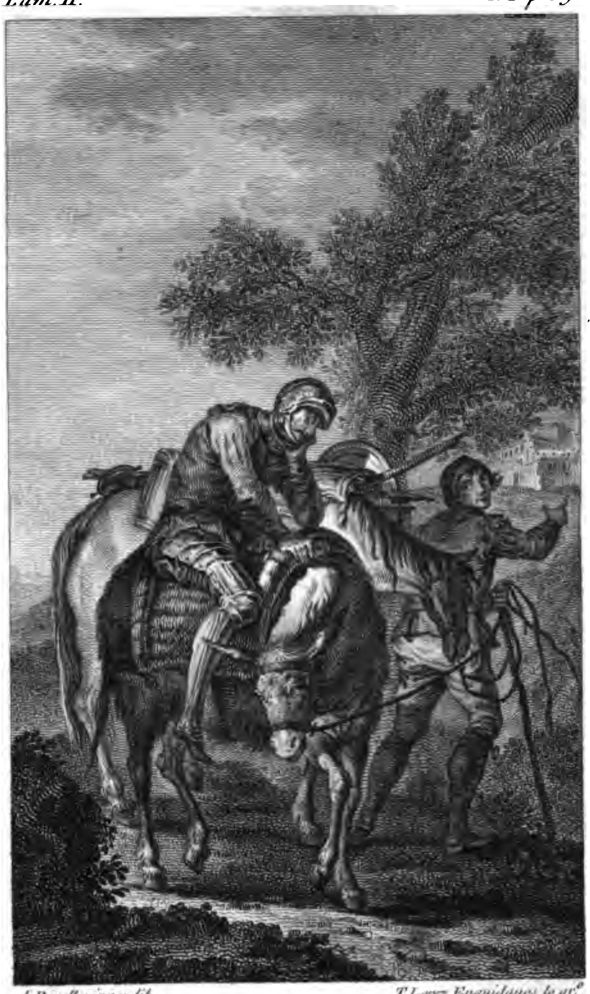
¿Donde estás, señora mia,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fue prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

Ó noble marques de Mantua,
mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por alli un labrador de su





J. Rivelles inv. y dib. T. Lopez Enguidanos lo gr.º

mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua su tio, y asi no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo: y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció; y le dijo: señor Quijada (que asi se debia de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante) ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo bien

suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que asi han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: sepa, señor maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, 20 un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser

abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y asi comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marques de Mantua que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Nárvaez, alcaide de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate de mis feridas. Mira en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa [21] Urganda le sabremos aqui curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tál han parado á vuestra merced. Leváronle luego á la cama, y catándole las feridas no le hallaron ningu-

na, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran hallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á D. Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fue poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fue llamar á su amigo el barbero maese Nicolas, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió [22] las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos

de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y asi como el ama los vió volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la [23] que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para que perdonar á ninguno; porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarlos fuego, y si no llevarlos al corral, y alli se hará la hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos fue los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el cura: parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y asi me parece que como á dogmatizador de una seta [24] tan mala le de-

bemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y asi como á único en su arte se debe perdonar. Asi es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo asi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue volando al corral esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues asi es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dió con ellos

por la ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *D. Olivante de Laura*. El autor dese libro, dijo el cura, fue el mismo que compuso á *Jardin de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero ó por decir mejor menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompañe á los demas sin réplica, y asi fue hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro dijo: este es *Espejo de caballerías*. Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los do-

ce Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura, y aqui le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, escetuando [25] á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada por en-

tender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra*, lo cual visto por el licenciado dijo: esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aqui tengo es el afamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo

aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren asi se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aqui esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aqui está D. Quirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalvan y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre,

que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa y leelde, y vereis que es verdad cuanto dél os he dicho. Asi será, respondió el barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería sino de poesía: y abriendo uno vió que era *La Diana de Jorge de Montemayor*, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento [26] sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropie-

zo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino;* y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *Los diez libros de fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta sardo. Por las órdenes que recebí, dijo el cura, que desde que Apolo fue Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

estos que se siguen son *El pastor de Iberia, Ninfas de Henares,* y *Desengaño*[27] *de zelos.* Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar. Este que viene es *El pastor de Fílida.* No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de varias poesías.* Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *El cancionero de Lopez Maldonado.* Tambien el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea de Miguel de Cervantes*, dijo el barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete,

quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aqui vienen tres todos juntos: *La Araucana de D. Alonso de Ercilla, La Austriada de Juan Rufo, jurado de Córdoba*, y *El Monserrat* [28] *de Cristóbal de Virues*, poeta valenciano. Todos estos [29] tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y asi á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: aqui, aqui, valerosos ca-

balleros, aqui es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y asi se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del emperador, compuestos por D. Luis de Avila [30], que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura le dijo: por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está

mal ferido. Ferido no, dijo D. Quijote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentias; mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan si en levantándome deste lecho no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo asi; diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador [31], y asi se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo, y asi fue hecho con mucha presteza. De alli á dos dias se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo fue ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia

dejado andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba ádonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aqui se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero entró en el aposento y no sé lo que [32] hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Asi es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador,

grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? ¡O sobrina mia! respondió D. Quijote, y cuan mal que estás en la cuenta: primero que á mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este

artificio no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó D. Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales Sancho Panza (que asi se llamaba el labrador) dejó su muger y hijos y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote órden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco D. Quijote imaginando si se le acordaba si algun caballero

andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viage que fue por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. Á lo cual le respon-

dió D. Quijote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches les daban algun título de conde, ó por lo menos de marques de algun valle ó provincia de poco mas á menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez mi oislo vendria á ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis

para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le [21] dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPITULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y asi como D. Quijote los vió dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves alli, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aque-

llos que alli ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que alli se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver aunque estaba ya bien cerca lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por D. Quijote dijo: pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela

con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podia menear: tal fue el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar tornó á subir sobre Rocinante que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura siguieron el camino del puerto Lápice, porque alli decia D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas

y diversas aventuras por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero le dijo: yo me acuerdo haber leido que un caballero español llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tántos moros que le quedó por sobrenombre Machuca, y asi él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. Á la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo asi como vuestra merced lo dice; pero enderézese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida. Asi es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es asi no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de

quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote pensando en su señora Dulcinea, por

acomodarse á lo que habia leido en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó asi Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas

armado caballero! Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió D. Quijote: pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que asi lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones asomaron por el camino dos frailes de la órden de S. Benito caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó D. Quijote cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que alli parecen deben

de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de S. Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados asi de la figura de D. Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote: y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante,

y la lanza baja arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de alli hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido, y sin detenerse un punto tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de alli le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo

aquel comenzado suceso siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante [33], y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quijote decia escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino; el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fue para D. Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina desta manera: anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien D. Quijote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez

y atrevimiento, cautiva criatura. Á lo cual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan presto verás que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió D. Quijote; y arrojando la lanza en el suelo sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino, que asi le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada: pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de alli algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada á D. Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dár-

Lam. III. *T. I. p. 73.*



J. Rivelles inv. y dib. *T. Lopez Enguidanos lo gr.*

sela sin defensa le abriera hasta la cintura. D. Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino todo fue en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaino, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coráge, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote, y así le aguardó bien cubierto de su almohada sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaino con la espada en alto con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peli-

gro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de D. Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y asi con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte. 24

CAPITULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaino y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes; tales que si en lleno se acertaban por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo y abririan como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan

sabrosa historia sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas; cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías por mas escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y asi no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de zelos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita estaria en la memoria de la gente de su

aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español D. Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fue tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia: aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de To-

ledo llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer anduve mirando si parecia por alli algun morisco aljamiado que los leyese; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él se comenzó á reir: preguntéle que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion: díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa dijo: está, como he dicho, aqui en el márgen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra muger de toda la Mancha.* Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de D. Quijote. Con esta imaginacion le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo asi, volviendo de improviso el arábigo en castellano dijo que decia:

Historia de D. Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo. Mucha discrecion fue menester para disimular el contento que recebí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de D. Quijote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aqui se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de D. Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta: tenia á los pies escrito el vizcaino un título que

decia: *D. Sancho de Azpeitia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *D. Quijote*: estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y asi me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio:

cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor antes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte [35], siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue á descargar el golpe fue el colérico vizcaino, el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lle-

vándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego viéndose parar de aquella manera! No se diga mas sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos con tal furia descargó sobre el vizcaino acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como lo vió caer saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, si no que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal segun estaba ciego D. Quijote si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mi-

rado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que D. Quijote pedia y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPITULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero [36].

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y

que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó y le dijo: sea vuestra merced servido, señor D. Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. Á lo cual respondió D. Quijote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que alli junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras le fue forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo asi Don

Quijote teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó maltrecho aquel con quien os combatísteis, no será mucho que den noticia del caso á la santa Hermandad y nos prendan, y á fe que si lo hacen que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo D. Quijote; ¿y dónde has visto tú ó leido jamas que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias

de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aqui traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió D. Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorráran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y asi cuando yo le haga y te le dé no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza antes que la sangre se hiele la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que

para mí tengo que valdrá la onza adonde, quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió D. Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió D. Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo: yo hago juramento al criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios, donde mas largamente estan escritos, de hacer la vida que hizo el grande marques de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo las doy aqui por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho le dijo: advierta vuestra merced, señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso,

ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió D. Quijote, y asi anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que asi á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿qué hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dijo D. Quijote, porque no ha-

bremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella. Alto pues, sea asi, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió D. Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto si hubieras leido tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen si no

era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: asi que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aqui adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó D. Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos que ellos conocian y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conoci-

miento. Y sacando en esto lo que dijo que traia comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y asi determinaron de pasarla alli: que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fue tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles

de ovejas aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á D. Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del reves le pusieron. Sentóse D. Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuan á pique estan los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañia desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pie y á mis solas como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber

poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Asi que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo ya lleno ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones. Dichosa edad y siglos dichosos

aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar

y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo

intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que por-

que se enfriase el vino le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar D. Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aqui, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de alli á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huesped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y asi te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmo-

chada encina, y templando su rabel, de alli á poco con muy buena gracia comenzó á cantar diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fue desdichado
amor que fue conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho

fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
tal piensa que adora un angel,
y viene á adorar á un gimio:
Merced á los muchos diges
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.
Desmentila, y enojóse;
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo

por lo de barraganía,
que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la iglesia,
que son lazadas de sirgo;
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.
Donde no, desde aqui juro
por el santo mas bendito
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque D. Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y asi dijo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió D. Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso [37] seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida le di-

jo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase, y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por alli habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y asi fue la verdad.

CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote.

Estando en esto llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo: ¿sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros? ¿Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y

tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo menos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices [38], Pedro, dijo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y D. Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquél, y qué pastora aquella. Á lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo

de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote. Mas Pedro no reparando en niñerías prosiguió su cuento diciendo: asimesmo adevinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo, dijo D. Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo D. Quijote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado [39] y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Gri-

sóstomo el difunto fue grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansi en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender que el haberse mudado de trage no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza; quizá y aun sin quizá no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replicó D. Qui-

jote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dijo D. Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fue la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y asi fue, que cuan-

do llegó á edad de catorce á quince años nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que asi por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mugèr. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, asi como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Asi es la verdad, dijo D. Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabreis

que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aqui, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y asi como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que

venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y asi no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aqui estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aqui un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Mar-

cela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aqui suspira un pastor, alli se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos embebecido y trasportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana; y cual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy 40 á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y asi os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dijo D. Quijote, y agradezcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. Ó! replicó el cabrero, aun no

sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo asi, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á cozes.

CAPITULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á D. Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que en-

sillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y asi comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso segun estos pastores nos han contado extrañezas, asi del muerto pastor, como de la pastora homicida. Asi me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles vis-

to en aquel tan triste trage les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban: Finalmente él contó todo lo que Pedro á D. Quijote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondió D. Quijote: la profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo mas, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. ¿No han vuestras mercedes leido, respondió D. Quijote, los anales é historias de Ingalaterra donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun

en todo aquel reino de la Gran Bretaña; que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun ingles muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey fue instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de D. Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino;

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fue aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y co-

municamos y oimos al invencible y valeroso caballero D. Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo, y asi me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me deparare en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y asi le dijo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir ver-

dad no hace menos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Asi que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando [41] y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo estan rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir ni me pasa por pensamiento que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor

de su brazo, á fe que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejem-

plos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego sin mas ni mas á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto mas que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y

á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que D. Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse; y con todo esto no fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoso caballero. Á lo cual respondió nuestro D. Quijote: señor, una golondrina sola no hace verano; cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como D. Galaor, con las veras que puedo le suplico en nom-

bre de toda esta compañía y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aqui dió un gran suspiro D. Quijote y dijo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querríamos saber, replicó Vivaldo. Á lo cual respondió Don Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Re-

queseses de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno tal, que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replicó D. Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro D. Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia aunque

vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas que á lo que despues pareció eran cual de tejo y cual de cipres. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros dijo: aquellos que alli vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fue á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego D. Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y asi los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro: mirá bien,

Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Alli me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y alli fue tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y alli fue la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí en memoria de tantas desdichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fue único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido, adoró, fue desdeñado, rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la

muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño; pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Asi que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que estan por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aqui venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el

amor de Grisóstomo, la fé de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y asi de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban: viendo lo cual Ambrosio dijo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio y dijo: ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardaré en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los cir-

circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara vió que así decia.

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable

Baladro de algun monstruo, el agórero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contarla [42] *pide nuevos modos.*
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;
Ó ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano:
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha:

Matan los zelos con rigor mas fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte:
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
Ni yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puëdese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas,
¡Ó amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Ó en el reino de amor fieros tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos,
Dame, desden, una torcida soga:
¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin; y porque nunca espere

Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
Á la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene:
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fue tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo:

para que, señor, os satisfagais desa duda es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, asi le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Asi es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio cuando con muestras de ánimo indignado le dijo: ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas

deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado 43 Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y asi ruego á todos los que aqui estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera que sin ser poderosos á otra cosa á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais decis y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama;

y mas que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habrian de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y segun yo he oido decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto asi, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto mas que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella; y asi como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la

espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. Á los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin [44] de ninguno dellos bien se puede decir, que antes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosu-

ra: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mí mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aqui adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama ingrata no me sirva, el que desconocida no me conozca, quien cruel no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo ma-

tó su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aqui salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que alli cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que alli estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que alli venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é intelegibles voces dijo: ninguna persona de cualquie-

ra estado y condicion que sea se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras [45] razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, ~~hasta~~ que acabada la sepultura, y abrasados los papeles ~~de Grisóstomo~~, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aqui de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar asi de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte [46].

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que asi como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar alli las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse D. Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que alli habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces

duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo asi como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño tomó un trotillo algo picadillo, y se fue á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibiéronle con las herraduras y con los dientes de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fue, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte,

y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fue Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dijo: señor D. Quijote, ah señor D. Quijote. ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió D. Quijote con el mismo tono afe-

minado y doliente que Sancho. Querria si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahi á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aqui, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero D. Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y asi creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sa-

bor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar: asi que séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero. y que desde aqui para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar [47] estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsu-

las que te tengo prometida, ¿qué seria de tí si ganándola yo te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío: porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca estan tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y asi es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro á fe de pobre hombre que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento: jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante habia de venir por

la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó D. Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aqui me dejaria morir de puro enojo. Á esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias, porque el va-

leroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de doscientos azotes con lashes las riendas de su caballo atado á una coluna de un patio; y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de pies y manos, y alli le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero: asi que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian

con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó D. Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondio Don Quijote, que asi haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero

andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote: dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aqui á algun castillo donde sea curado de mis feridas. Y mas que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. Á lo cual respondió D. Quijote: las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; asi que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo D. Quijote, cuan-

do no pueden mas, ó cuando estan enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fue Amadis cuando llamándose Beltenébros se alojó en la peña pobre ni sé si ocho años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo alli haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahi seria el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien alli le habia traido, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo [48] distraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro se encaminó poco mas á menos hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una

pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de D. Quijote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus projimos; y asi acudió luego á curar á Don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huesped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demas

faltas: no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de D. Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritornes, que asi se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra mer-

ced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos. Bien podria [49] ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahi está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y

mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues cómo vos siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor D. Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor titulo de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dijo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo

las razones del andante caballero, que asi las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros; y como no usadas á semejante lenguage, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de D. Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de

los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan raras, no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, por malicia ó ignorancia lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*; ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus costillas, y D. Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colga-

da en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso aunque la misma reina Ginebra con su dueña [50] Quintañona se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta, cuando D. Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas y

con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo habia leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aqui van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz

amorosa y baja le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos, que si esto no hubiera de por medio no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despiertos sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y D. Quijote

trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fue hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adonde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño, el cual viéndose tratar de aquella

manera: y sin saber de quién, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cuâl andaba su dama, dejando á D. Quijote acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fue á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y asi como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á escuras dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero de los que llaman de la santa hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa hermandad; y el primero con quien topó fue con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á



J. Rivelles inv. y dib. *T. Lopez Enguidanos lo gr.*

las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia; y fuele forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo D. Quijote, y con el mismo tono de

voz con que el dia antes habia llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¿Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer asi sin duda, respondió D. Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber...... mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó D. Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió D. Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo D. Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía; y asi has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo,

que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡qué de su gallardo entendimiento! ¡qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte que estoy peor que ayer cuando los arrieros que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado; pero dígame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella

incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estas tú aporreado? respondió D. Quijote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linage? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo D. Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y asi como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió D. Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplasta-

do. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: pues ¿cómo va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió D. Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras salióse luego, y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levántate Sancho si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: señor, quien quiera

que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadri-

llero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y asi se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo asi, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer desde alli adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y asi pri-

mero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole asi D. Quijote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar ni la manta de angeo con que se cubria fueron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida: duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero D. Quijote, que como se ha dicho se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que alli se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo;

y asi forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que alli estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo [51] arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser de dolor que sentia en las costillas, á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida: si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recebí de faceros

satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, asi de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó D. Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respondió D. Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es asi que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de

cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió D. Quijote; y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraria de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido no pagaria un solo cornado aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y

juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenia por límite el cielo, y alli puesto Sancho en mitad de la manta comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo, y asi desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por

esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle alli su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes viéndole tan fatigado le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y asi se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo no la bebas, que te matará: ves aqui tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: ¿por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fue uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y asi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Asi como bebió Sancho dió

de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó menos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta asi como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando asi le vió D. Quijote le dijo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu

triste tragedia no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: asi que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo en ál estuvo que en encantamentos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que seria mejor y mas acertado, segun

mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de zeca en meca y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sancho, respondió D. Quijote, de achaque de caballería: calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuan honrosa cosa es andar en este ejercicio: si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Asi debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fue la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote; pero de aqui adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al

que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis cuando se llamaba *El caballero de la ardiente espada*, que fue una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha cortaba como una navaja, y no habia armadura por fuerte y encantada que fuese que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero cuando vió D. Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que alli se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por alli viene marchando. Á

esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que asi era la verdad, y alegrándose sobremanera pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho des-

nudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió D. Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo D. Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora? Asi es verdad, dijo D. Quijote; lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que alli se hace, de donde se deben de descubrir los dos

ejércitos. Hiciéronlo asi, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas, que á D. Quijote se le hicieron ejército, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que alli ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu* [52], que es el principio del

nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina hija del duque Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique: el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice asi: *Rastrea mi suerte.* Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aqui estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finisimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que

pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que bebèn las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuantas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo

nombraba, y como no descubria á ninguno le dijo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo menos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote; ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, y el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y asi era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efetos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor D. Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró; ¡qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios.

Ni por esas volvió D. Quijote, antes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis cuan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lle-

no que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y asi con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad

lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aqui algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fue á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fue tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su

amo, y volverse á su tierra aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole D. Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dijo: sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: asi que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. ¿Cómo no? respondió Sancho; ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ¿Qué te faltan las alforjas, Sancho? dijo D. Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó D. Quijote. Eso fuera, respon-

dió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió D. Quijote, tomara yo ahora mas aina un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo D. Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que asi se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea asi como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aqui y procuremos donde alo-

jar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo D. Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que alli siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: ¿cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo D. Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho

mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo asi Sancho; y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por alli iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandri-

no ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por nó no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es asi, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage; y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura [35], que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fue que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos

leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote, el cual animándose un poco dijo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo fue porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir [54] mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicie-

ron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de alli á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de cuartana, y creció mas el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de las cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho y aun en el de su amo, y asi fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que

aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venis, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vámos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno dijo: deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado comenzó á denostar á D. Quijote, el cual ya encole-

rizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y asi con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover, asi que muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo

una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aqui, dijo Don Quijote, siendo hombre de iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y asi sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fue depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Desa suerte, dijo D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí

mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y asi yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que asi lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana,

dijo D. Quijote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El caballero de la triste figura.* Con esto se fue el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *El caballero de la triste figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto: y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta

de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaiban todos los caballeros pasados: cual se llamaba *El de la ardiente espada*, cual *El del unicornio*, aquel *De las doncellas*, aqueste *El del ave fénix*, el otro *El caballero del grifo*, estotro *El de la muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y asi digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *El caballero de la triste figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar cuando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para que, señor, querer gastar tiempo [55] y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le llamarán *El de la triste figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero

con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díjole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: si quis suadente diabolo etc.*, aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso asi fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su santidad el papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en que [56] entender: el jumento está como conviene, la montaña es [57]

cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dicen váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno rogó á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aqui cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y asi será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo

que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que

me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: asi que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aqui hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere puedes tú volverte á nuestra aldea; y desde alli por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: señor, yo no sé por

qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes: cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: asi que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto: y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra y dejé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, se-

ñor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aqui al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver donde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Asi es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y asi te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aqui, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuan poco va-

lian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y asi cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante; de manera que cuando D. Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo: ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y asi le dijo: pues asi es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas des-

cansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿Á qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo D. Quijote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole D. Quijote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo que Sancho dijo que sí hiciera si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y esteme vuestra merced atento que ya comienzo: érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fue asi como quiera, que fue una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aqui

como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si nó no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Asi que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que

era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dijo D. Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: asi que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fue segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fue tanto lo que el pastor la aborreció de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas: la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dijo D. Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo se fue tras él, y seguíale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas

alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no se qué botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél: sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo D. Quijote, no andes

yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió D. Quijote. He ahi lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió D. Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque asi como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fue á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo D. Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no

hay mas que decir, que alli se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo D. Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y asi lo que hizo por bien de paz fue soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayúda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á

encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fue tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo D. Quijote y dijo: ¿qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado: mas como D. Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado cuando él fue al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ambar, respondió D. Quijote. Bién podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las

narices), y desde aqui adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió D. Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues D. Quijote que ya Rocinante se movia lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar, y asi sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante; y tornando á despedirse de Sancho le mandó que alli le aguardase tres dias á lo más largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto tuviese por cierto

que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pie, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al

pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole D. Quijote se fue llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote vió lo que era enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido.

Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aqui fue repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues D. Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: sosiéguese vuestra merced,

que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió D. Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, asi Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió D. Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan

discretas que sepan poner en su punto las cosas. Á lo menos, repondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo D. Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aqui adelante en una cosa para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco; mia en que no me dejo estimar en mas: sí que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fue de la ínsula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more*

turquesco. ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de D. Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: asi que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañir. No creo yo, respondió D. Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fue por lo que podria suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi áni-

ma en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Asi es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aqui adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó D. Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento D. Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y asi torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De alli á poco descubrió Don

Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre: dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura; que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche: digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó D. Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo D. Quijote:

dime, ¿no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que [59] veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo D. Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo D. Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y caballero que D. Quijote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y asi el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azofar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se

Lam V

T.I. p. [illegible]



J. Rivelles inv. y dib.

T. Lopez Enguidanos lo gr.º

le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fue la ocasion que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y yelmo de oro: que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo: defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fue el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento: dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó

á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos dijo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo D. Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho, que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de

las herrerías para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebage que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo D. Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aqui sea mi hora: cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto D. Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿qué pie sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aque-

lla burla? que bien apurada la cosa, burla fue y pasatiempo, que á no entenderlo yo asi ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aqui dió un suspiro y le puso en las nubes; y dijo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aqui desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa y cogió las de villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo D. Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: asi que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui volverá por él. Dios sabe si qui-

siera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió D. Quijote, y en caso de duda hasta estar mejor informado digo que los trueques si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona no los hubiera menester mas; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, que cortada la cólera y aun la malencolía [60] subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Y en

P 2

do pues asi caminando dijo Sancho á su amo: señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograse. Dila, dijo D. Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y asi se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen; y asi me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada,

pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que sí se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió D. Quijote; mas antes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobacion buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: este es el caballero del Sol ó de la Serpiente [61], ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: asi que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino; y asi como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte estan á recebir á la flor de la caballería que

alli viene, á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposentó de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde alli le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto: venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña,

que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos los que estan presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia: suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y

mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida; madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta; diciéndole, habiéndose [62] despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linage de reyes ó no: asegura [63] la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave: consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de mu-

chas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios, no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé què reino, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aqui entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *El caballero de la triste figura:* No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores: solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes,

que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podia hallar que yo sea de linage de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por muger si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: asi que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo, unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podria ser yo destos que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que

hubiere de ser: y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aqui entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahi entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: dígolo porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su muger se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo D. Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió D. Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea

quien por ruin se tiene. Sea [64] por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo D. Quijote, y cuando no lo fueras no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde cátate ahi caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extrangero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo D. Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa; y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como

caballerizo de grande. ¿Pues cómo sabes tú, preguntó D. Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras dél: respondieronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo Don Quijote, y que asi puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde. Asi será, respondió D. Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII.

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas, y que asi como Sancho Panza los vido dijo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó D. Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó D. Quijote, como quiera que ello sea, esta

gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad. Asi es, dijo Sancho. Pues desa manera, dijo su amo, aqui encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y D. Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: aunque llevamos aqui el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenernos [65] á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se

llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él [66] respondió que por enamorado. ¿Por eso no mas? replicó D. Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abrazé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años [67] de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó D. Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico: mas respondió por él el primero, y dijo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió D. Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dijo D. Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote;

que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dijo D. Quijote; mas una de las guardas le dijo: señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y vá siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aqui van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un si, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo asi, respondió D. Quijote, el cual pasando al tercero preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: yo voy por cinco años á las señoras [68] gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo D. Quijote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tu-

viera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que alli venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Asi es, replicó el galeote, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. Á no haberle añadido esas puntas y collar, dijo D. Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es asi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gen-

te muy bien nacida, y aun habia de haber
veedor y examinador de los tales, como le
hay de los demas oficios, con número depu-
tado y conocido, como corredores de lonja; y
desta manera se excusarian muchos males que
se causan por andar este oficio y ejercicio en-
tre gente idiota y de poco entendimiento, co-
mo son mugercillas de poco mas á menos, pa-
gecillos y truhanes de pocos años y de muy 69
poca experiencia, que á la mas necesaria oca-
sion, y cuando es menester dar una traza que
importe, se les hielan las migas entre la boca
y la mano, y no saben cual es su mano dere-
cha: quisiera pasar adelante, y dar las razo-
nes por qué convenia hacer eleccion de los
que en la república habian de tener tan ne-
cesario oficio, pero no es el lugar acomodado
para ello; algun dia lo diré á quien lo pueda
proveer y remediar: solo digo ahora que la
pena que me ha causado ver estas blancas ca-
nas y este rostro venerable en tanta fatiga
por alcahuete, me la ha quitado el adjunto
de ser hechicero, aunque bien sé que no hay
hechizos en el mundo que puedan mover y
forzar la voluntad, como algunos simples
piensan; que es libre nuestro albedrío, y no
hay yerba ni encanto que le fuerze: lo que
suelen hacer algunas mugercillas simples y
algunos embusteros bellacos es algunas mis-
turas y venenos con que vuelven locos á los
hombres, dando á entender que tienen fuer-

za para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Asi es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aqui tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos sino con mucha mas gallardía que el pasado: yo voy aqui porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes,

Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pie de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó D. Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo D. Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras?

Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman asi, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos du-

cados. ¿Tan bueno es? dijo D. Quijote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó D. Quijote. *La vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó D. Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo D. Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque alli tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo Don Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco;

que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su magestad manda: si no, por vida de..... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas D. Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena dijo: de todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó

al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto mas, señores guardas, añadió D. Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese

bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió D. Quijote; y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á D. Quijote que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, asi de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse

mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y asi se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de alli se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo D. Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y asi les dijo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: dígolo porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recebido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso, y alli os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo: lo que vuestra merced nos manda, señor

y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo D. Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad) viéndose tratar mal y 70
de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte comenzaron á

llover tantas y tantas piedras sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien D. Quijote que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caido cuando fue sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi [71] pedazos: quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar si las grebas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y

temeroso de la santa hermandad; D. Quijote mohinisimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan malparado D. Quijote dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aqui adelante. Asi escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la santa hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo D. Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo,

y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aqui solo no solamente á la santa hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete mancebos, y á Castor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: asi que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos. Subió D. Quijote sin replicarle mas palabra,

y guiando Sancho sobre su asno se entraron por una parte de Sierra Morena que alli junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro segun fue lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba, y asi hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de D. Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la santa hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á D. Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son

desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual viéndose sin él comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fue de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa. D. Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacia, el cual como entró por aquellas montañas se le alegró

el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y asi iba tras su amo cargado [72] con todo aquello que habia de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fue á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease [73] á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas

de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y asi como los vió dijo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho; y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por D. Quijote dijo: paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aqui este dinero. Verdad dices, dijo Don Quijote, y asi no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abriole, y lo primero que hallo en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó [74] le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena

Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: ¿pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruína.
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahi se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aqui? dijo D. Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahi hilo. No dije sino Fili, respondió D. Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió D. Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á

los enamorados andantes: verdad es, que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja D. Quijote, y dijo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió D. Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo D. Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oidos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas agenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo.

Acabando de leer la carta dijo D. Quijote: menos por esta que por los versos se puede sa-

car mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que D. Quijote pasaba el libro pasaba Sancho la maleta sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado

término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y asi mandó á Sancho que se apease del 75
asno, y atajase por la una parte de la montaña,

que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Asi será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió: harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y asi fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco. Engáñaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la

vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: asi que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo; y asi picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado [76], merced á Ginesillo de Pasamonte: y habiendo rodeado parte de la montaña hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les habia traido por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por alli andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba dijo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahi á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote,

sino á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropieze y caya sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: alli la dejé, y alli se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses poco mas á menos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahi está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijímosle que era esta donde ahora estamos; y es asi la verdad, porque si entrais media legua mas adentro quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aqui, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar

donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entonces nunca mas le vimos hasta que desde alli á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fue á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque asi le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos,

porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de alli adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácil-

mente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡ha fementido Fernando! aqui, aqui me pagarás la sinrazon que me hiciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le dèn de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se

lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le habia dicho D. Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra); el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle; pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el man-

cebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de lejos. Su trage era cual se ha pintado, solo que llegando cerca vió D. Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia era de ambar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. D. Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire le fue á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el roto de la mala figura*, como á D. Quijote el de la *triste*, despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se due-

la dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona; y juro, añadió D. Quijote, por la órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado le dijo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aqui se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro,

pues antes los engullia que tragaba, y en tanto que comia ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de alli estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrompereis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le habia contado su escudero cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto prosiguió diciendo: esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se

lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasaran adelante no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fue esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque aunque pusieron

silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y cuantos billetes la escribí! ¡cuan regaladas y honestas respuestas tuve! ¡cuantas canciones compuse, y cuantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fue el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda " para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese; y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi

padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba le hallé con una carta abierta en la mano, la cual antes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: de aqui á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque; y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcanzes lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin

donde el duque Ricardo estaba, fui dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fue un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo

obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y asi por divertirme y engañarme me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforzé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á de-

cir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que asi como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una

noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle mas el deseo (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veia con cuan justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comenzé á temer [78], y con razon á rezelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos: cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respon-

dia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula..... No hubo bien oido D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: asi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de D. Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura mas en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmi-

go á mi aldea, que alli le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, asi es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna: asi que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: no se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina Ma-

dasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que asi volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos los dejó, y se fue con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con

Lam. VI. *T. I. p. 284.*



J. Rivelles inv. y dib. *T. Lopez Enguidanos lo gr.*

la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero: déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Asi es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento [79] de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aqui me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar

en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote, tú mueres porque te alze el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea asi, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. Á fe, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como yo lo sé cuan honrada y cuan principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fue un hombre muy

prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fue la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, ademas fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aqui tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió San-

cho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuanto mas que de Dios dijeron. Válame Dios, dijo Don Quijote, y que de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos [80] cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no solo me trae

por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo D. Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fue uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno; fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repú-

blicas; y asi lo ha de hacer y hace el que quisiere [81] alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto asi como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: asi que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas, y deshacer encantamentos: y pues estos

lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aqui del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿qué da-

ma le ha desdeñado? ¿ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahi está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado; cuanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: asi que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada: asi que de cualquiera manera que responda saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero

no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamarémos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro, dijo D. Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? y no porque sea ello asi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de en-

cantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y asi eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fue rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por alli muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y asi en vién-

dole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. Ó vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Ó vosotras, Napeas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, asi los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canseis de oilla. Ó Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, asi el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. Ó solitarios ár-

boles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. Ó tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aqui me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas le dijo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte; vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho dijo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmádicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aqui estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria: y en verdad, señor caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahor-

rar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió D. Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aqui á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió D. Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia, y seria yo de parecer que ya que á vuestra merced le parece que son aqui necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió D. Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago

no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: asi que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y mas [22] el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo D. Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dijo D. Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno

nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Asi es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo D. Quijote; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maes-

tro de escuela de muchachos, ó si no cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta ta, dijo Sancho, ¿que

la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo D. Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡Ó hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de alli mas de media legua, asi la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querria ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol y al aire: y con-

fieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote, que hasta aqui he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, asi el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuan necio eres tú y cuan discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á

la buena viuda por via de fraternal reprension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero tanta filosofia sabe y mas que Aristóteles: asi que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso tanto vale como la mas alta princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú, que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo;

y asi bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es asi, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginacion como la deseo, asi en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas griega, bárbara o latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer

porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. Á lo cual respondió Sancho: escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahi en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero con todo eso dígamela [83], que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que asi dice, dijo D. Quijote.

Carta de D. Quijote á Dulcinea del Toboso.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte
El caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahi todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió D. Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo Don Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decia asi:

Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dejé en casa, y estan á cargo de vuestra merced: los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aqui recibidos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y siete [84] *de Agosto deste presente año.*

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho:

déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester asi, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento; cuanto mas que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por

una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso; mal me conocé, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. Á fe Sancho, dijo D. Quijote, que á lo que parece no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. Á esto dijo Sancho: ¿sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo D. Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas, cuanto mas que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aqui hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de

Teseo [85]. Asi lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidio dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado; y asi se fue, aunque todavía le importunaba D. Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos cuando volvió y dijo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿No te lo decia yo? dijo Don Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco; y asi le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que asi como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y alli tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que cuál seria mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas; y hablando entre sí mismo decia: si Roldan fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles; pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en

la fuente [26], y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno asi como él es en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la pario; y hariale agravio manifiesto si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que [27] por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y alli se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos,

los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fue rezar, y asi lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era no hallar por alli otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y asi se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgais,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,

aunque mas terrible sea;
pues por pagaros escote,
aqui lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aqui el lugar adonde
el amador mas leal
de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber cómo ó por dónde.
Traele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y asi hasta henchir un pipote,
aqui lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras.
Hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole [22] *al cogote,*
aqui lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote que si en nom-

brando á Dulcinea no decia tambien el *Toboso* no se podria entender la copla: y asi fue la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia; que si como tardó tres dias tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fue que en saliendo al camino real se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: díga-

me, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote; y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros, los cuales asi como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de D. Quijote se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y asi les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les con-

tó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero le dijeron que qué le habia sucedido

que tan mal se paraba. ¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese asi, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen. Decidla Sancho pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la

carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No dirá, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Asi es, dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa;* y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aqui iba escurriendo hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura.* No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar: dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser emperador, ó por lo menos monarca, que asi lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria

viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por muger á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuan vehemente habia sido la locura de D. Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades; y asi le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo menos arzobispo ó otra dignidad equivalente. Á lo cual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que se-

pa ayudar á misa por lo menos; y si esto es asi, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.; ¿qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aqui rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Asi me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria alli fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen alli algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de alli á po-

co el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote, y para lo que ellos querian, y fue que dijo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que asi irian adonde D. Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que D. Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de D. Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huesped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le to-

casen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo subió en su mula á mugeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese asi aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que asi se profanaba menos su dignidad, y que si no lo queria hacer determinaba de no pasar adelante aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage no pudo tener la risa. En efecto el barbero vino en todo aquello que el cu-

ra quiso, y trocando la invencion, el cura le fue informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diese licion él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba, y asi dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza; el cual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que

sí, y que por no saber leer le habia respo
dido de palabra diciéndole que le mandaba,
pena de la su desgracia, que luego al mome
to se viniese á ver con ella, que era cosa q
le importaba mucho; porque con esto y c
lo que ellos pensaban decirle tenian por co
cierta reducirle á mejor vida, y hacer con
que luego se pusiese en camino para ir á s
emperador ó monarca, que en lo de ser arzo
bispo no habia de que temer. Todo lo escu
chó Sancho, y lo tomó muy bien en la me
moria, y les agradeció mucho la intencion qu
tenian de aconsejar á su señor fuese empera
dor y no arzobispo, porque él tenia para s
que para hacer mercedes á sus escuderos ma
podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y asi determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por alli estaban. El calor y el dia que alli llegaron era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la

hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos alli sosegados y á la sombra llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los zelos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.

¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quién consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo no es cordura
querer curar la pasion,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas.
Desde allá cuando quieres nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo; ó amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea;
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirar-

los mas de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque alli no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y asi viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo asi lo dieron á entender, y asi respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria por de ningun juicio; y no seria maravilla

que asi fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mis-

mas palabras y pasos que la habia contado á D. Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: y asi llegando al paso del billete que habia hallado D. Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime; y asi, si quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podreis muy bien hacer: padre tengo que os conoce y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis y como yo creo.

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Díjele yo

á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linage de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, asi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Ó Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te di que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estre-

llas, como vienen de alto abajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos; que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me

dijo, tan segura como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fue, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fue, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto

tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de D. Fernando, fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fue invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Órden y mandato fue este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro dias que alli llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande

debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre antes de leerla quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: hermano, si sois cristiano como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aqui traigo, con esa carta que os he dado; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba; y asi viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla, y en diez y seis horas que

ha que se me dió he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y vi que contenia estas razones.

La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas[89] *en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que D. Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aqui á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios plega que esta llegue á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.*

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don

Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que asi como Luscinda me vió me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala D. Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mis [90] determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si

tú llevas daga para acreditarte, aqui llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: asi que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras alli estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entro en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera

sino los criados de casa. De alli á un poco salió de una recámara Luscinda acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. Á esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gus-

to las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿quereis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡O quien se atreviera á salir entonces diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo

para quejarme: en fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *sí quiero*; y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cual quedé yo viendo en el *sí* que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leer-

le se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y asi sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y egecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á que-

jarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles Don Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que

ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condecendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y alli pregunté á unos ganaderos que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aqui la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y des-

atinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agra-

vio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto? y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser agena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será egemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y [91] en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle

algunas razones de consuelo le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta [92] parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

NOTAS Y OBSERVACIONES

SOBRE EL TOMO PRIMERO.

---

1 Página IX. Se puede remediar en que vos *mismo* tomeis algun trabajo en hacerlos. En las ediciones del año de 1605 se dice *mesmo*, *asimesmo*, *ansimesmo*. La de 1608, que sigue la Academia, dice constantemente *mismo*, *asimismo*, *ansimismo*: lo que se advierte aqui de una vez para evitar la repeticion de notas sobre una misma cosa.

2 Pág. XI. Yo os *daré* la historia de Caco. En las ediciones de 1605: Yo os *diré* la historia de Caco.

3 Pág. XIII. *Melancólico*. Asi en las ediciones de 1605. En la de 1608 *malencólico*.

4 Pág. XIV. *Cantarás* las aventu-. En las de 1605: *Contáras* las aventu-.

5 Pág. XVII. En las tres ediciones primeras *sus Lóndres*.

6 Pág. 2. Que se llamaba *Quijana*. En la segunda edicion de 1605: Que se llamaba *Quejana*.

7 Pág. 2. Para comprar libros de caballerías que leer. Las dos ediciones de 1605: Para comprar libros de caballerías *en que* leer.

8 Pág. 3. Palmerin de *Inglaterra*. En las tres primeras ediciones: Palmerin de *Ingalaterra*.

9 Pág. 5. Unas armas que habian sido de sus *bisagüelos*. En las dos de 1605: Unas armas que habian sido de sus *bisabuelos*.

10 Pág. 8. Yo soy el gigante Caraculiambro. En las de 1605: Yo, *señora*, soy el gigante Caraculiambro.

11 Pág. 13. Vió á las dos *distraidas* mozas. En las de 1605: Vió á las dos *destraidas* mozas.

12 Pág. 16. Traidas y llevadas. Siendo unas rameras, como las llama el autor al fin de este capítulo, significa esta expresion *muy usadas*, *muy comunes*. En este sentido la usa tambien en la novela de Rinconete y Cortadillo.

13 Pág. 18. El pan *candial*. En las de 1605: El pan *candeal*.

14 Pág. 19. En lo que deseaba, y que tal *prosupuesto* &c. En la primera de 1605: En lo que deseaba *y pedia*, y que tal *presupuesto* &c. En la segunda del mismo año: En lo que deseaba *y pedia*, y que tal prosupuesto &c.

15 Pág. 22. Sin las prevenciones *recebidas*. En la segunda del año de 1605: Sin las prevenciones *referidas*.

16 Pág. 22. *Admirándose* de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde lejos. En las de 1605: *Admiráronse* de tan extraño género de locura, *y* fuéronselo á mirar.

17 Pág. 22. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna. En las dos primeras: Acabó de cerrar la noche, *pero* con tanta claridad de la luna.

18 Pág. 26. Dióle sobre el cuello un *gran* golpe. En las dos primeras: Dióle sobre el cuello un *buen* golpe.

19 Pág. 40. Y llevó *preso* á su alcaidía. En las ediciones de 1605: Y llevó *cautivo* á su alcaidía.

20 Pág. 42. El sabio Esquife. El verdadero nombre de este encantador es Alquife.

21 Pág. 43. Sin que venga esa *Urganda*. En las de 1605: Sin que venga esa *Urgada*.

22 Pág. 44. Pidió las llaves. El supuesto de esta oracion es el cura, del cual se hace mencion en el epígrafe del capítulo.

23 Pág. 45. En pena de *la* que les queremos dar. En las de 1605: En pena de *las* que les queremos dar.

24 Pág. 45. Dogmatizador de una *seta* tan mala. En las de 1605: Dogmatizador de una *secta* tan mala.

25 Pág. 48. *Escetuando* á un Bernardo del Carpio. En las dos primeras: *Eceptuando* á un Bernardo del Carpio.

26 Pág. 51. Que son libros de *entretenimiento* sin perjuicio de tercero. En todas las primeras ediciones se lee: Que son libros de *entendimiento* sin perjuicio de tercero. La Academía ha considerado ser este un error conocido de imprenta.

27 Pag. 53. *Desengaño de zelos*. Este es el verdadero título del libro, no *Desengaños de zelos*, como se lee en las tres primeras ediciones.

28 Pág. 54. El *Monserrat de Cristóbal de Virues*. Este es el título verdadero, no el *Monserrato*, como escriben las primeras ediciones.

29 Pág. 54. Todos *estos* tres libros. En las de 1605: Todos *esos* tres libros.

30 Pág. 55. Compuestos por D. Luis de Avila. El que escribió los hechos del Emperador Cárlos V no es D. Luis de Avila, sino D. Luis de Zapata, pues aquel solo escribió: Guerra de Alemania en tiempo del Emperador Cárlos V: obra que se imprimió en Sevilla el año de 1552.

31 Pág. 56. La pereza del *escudriñador*. En las de 1605: La pereza del *escrutiñador*. El texto de la Academia dice por errata de imprenta *escútriñador*, no *escudriñador* como la de 1608. De ambos modos está bien segun el diccionario.

32 Pág. 57. Y no sé lo que hizo dentro. En las de 1605: Y no sé lo que *se* hizo dentro.

33 Pág. 71. Caballero andante y cautivo de la sin par &c. En las de 1605: Caballero andante *y aventurero* y cautivo de la sin par &c.

34 Pág. 74. Del modo que se contará en la segunda parte. En el capítulo IX comenzaba la segunda parte de las cuatro en que Cervantes dividió el primer tomo.

35 Pág. 80. Véase la nota anterior.

36 Pág. 82. El epígrafe de este capítulo X en las primeras ediciones dice: *De lo que mas le avino á Don Quijote con el vizcaino, y del peligro en que se vió con*

una turba de yangüeses. Pero es error conocido, como consta del contexto de todo el capítulo, que no contiene otra cosa que un razonamiento entre D. Quijote y Sancho, por lo que mudó ya el epígrafe la Academia en otra edicion, y conserva esta mudanza en la presente.

37 Pág. 99. Con todo *eso* seria bien. En las dos ediciones de 1605: Con todo *esto* seria bien.

38 Pág. 101. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque &c. En las tres primeras ediciones se lee: Bien dices, Pedro, dijo, aunque &c. La Academia añadió en sus ediciones anteriores *uno de ellos*, lo que faltaba para el sentido y régimen.

39 Pág. 102. Con su *cayado* y pellico. Asi en la edicion segunda del año de 1605, de donde la Academia ha tomado ahora la verdadera leccion. La otra del mismo año y la de 608: Con su *ganado* y pellico.

40 Pág. 108. Me doy á entender. Asi en las dos primeras ediciones, de donde se ha tomado esta leccion. En la de 1608: Me *lo* doy á entender.

41 Pág. 114. Sudando, afanando y trabajando *excesivamente*, síguese. En las de 1605: Sudando, afanando y trabajando, síguese.

42 Pág. 125. Para *contarla* pide nuevos modos. En la primera de 1605: Para *contarle* pide nuevos modos. En la segunda: Para *contarlle* pide nuevos modos.

43 Pág. 130. Como otro *desapiadado* Nero. En las de 1605: Como otro *despiadado* Nero.

44 Pág. 132. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, *el fin de ninguno dellos* bien se puede decir que antes le mató su porfia que mi crueldad. Asi se halla este pasage en las dos primeras ediciones. En la de 1608 está puntuado en esta forma: Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno de ellos, bien se puede decir &c. La Academia cree que ó sobran las palabras *el fin de ninguno dellos*, ó lo que es mas regular faltan para la buena sintáxis otras que se omitieron por descuido de los impresores.

45 Pág. 135. Ella ha mostrado con claras razones. En las de 1605: Ella ha mostrado con claras *y suficientes* razones.

46 Pág. 136. Dando aqui fin la segunda parte. En el siguiente capítulo, que es el xv, comienza la tercera parte de las cuatro en que Cervantes dividió el primer tomo. Véase lo que sobre este punto se ha dicho en la nota 34.

47 Pág. 141. Sin *eceptar* estado ni condicion alguna. Asi en las dos ediciones de 1605, de donde se ha tomado la leccion. En la de 608: Sin *aceptar* estado ni condicion alguna.

48 Pág. 147. Habia andado algo *distraido*. En las de 1605: Habia andado algo *destraido*.

49 Pág. 150. Bien *podria* ser eso. En las de 1605: Bien *podrá* ser eso.

50 Pág. 154. Con su *dueña* Quintañona. En las tres primeras ediciones se lee: Con su *dama* Quintañona; pero como en otros varios pasages escribe siempre el autor *dueña Quintañona*, ha creido la Academia que debe corregirse en este.

51 Pág. 167. Que parecia que *lo* arrancaba de lo profundo de sus entrañas. En la segunda de 1605: Que parecia que *le* arrancaba de lo profundo de sus entrañas.

52 Pág. 178. Con una letra que dice *Miu*. En las de 1605: Con una letra que dice *Miau*.

53 Pág. 189. Una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia. Está en efecto copiada del robo y traslacion del cuerpo de S. Juan de la Cruz, hecha el año 1596 desde Ubeda á Madrid y Segovia. Véase la vida de Cervantes.

54 Pág. 190. Donde podré yo como quisiere *esgrimir* mi espada. En las dos primeras: Donde podré yo como quisiere *esgremir* mi espada.

55 Pág. 197. No hay para que, *señor*, *querer* gastar tiempo y dineros. En las dos primeras: No hay para que gastar tiempo y dineros.

56 Pág. 198. Y nos diesen *muy bien* en qué entender. En las de 1605: Y nos diesen en que entender.

57 Pág. 198. El jumento está como conviene, la montaña *es* cerca. En las de 1605: El jumento está como conviene, la montaña cerca.

58 Pág. 203. Yo he oido *muchas veces* predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced *muy* bien conoce. En las de 1605: Yo he oido predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce.

59 Pág. 222. Lo que veo y columbro. En las de 1605: Lo que *yo* veo y columbro.

60 Pág. 227. Y aun la *malencolía*. En las de 605: Y aun la *malenconía*.

61 Pág. 229. O de la *Serpiente*. En las de 1605: O de la *Sierpe*.

62 Pág. 232. *Diciéndole*, habiéndose despedido de los dos. En las de 1605: *Dícenle*, habiéndose despedido de los dos.

63 Pág. 232. *Asegura* la doncella. En las de 1605: *Asegúrala* la doncella.

64 Pág. 236. Sea *por* Dios, dijo Sancho. En las de 1605: Sea *par* Dios, dijo Sancho.

65 Pág. 239. No es tiempo este de *detenernos* á sacarlas. En las tres primeras ediciones se lee, sin duda por error de imprenta: No es tiempo este de *detenerles* á sacarlas.

66 Pág. 240. Él respondió que por enamorado. Por eso no mas? En las dos primeras: Él *le* respondió que por enamorado *iba de aquella manera*. Por eso no mas?

67 Pág. 240. Tres *años* de gurapas. La primera edicion de 1605: Tres *precios* de gurapas. La segunda del mismo año: Tres *precisos* de gurapas.

68 Pág. 241. Yo voy por cinco años á las *señoras* gurapas. La segunda edicion de 1605: Yo voy por cinco años á las *sonoras* gurapas.

69 Pág. 243. Truhanes de pocos años y de *muy* poca experiencia. En las de 1605: Truhanes de pocos años y de poca experiencia.

70 Pág. 252. Viéndose tratar *mal* y de aquella manera hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte comenzaron á llover tantas *y tantas* piedras so-

bre D. Quijote. En las de 1605: Viéndose tratar de aquella manera hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte comenzaron á llover tantas piedras sobre D. Quijote.

71 Pág. 253. Con que la hizo *casi* pedazos. En las de 1605: Con que la hizo pedazos. La palabra *casi* añadida en la edicion de 1608 salva la inconsecuencia en que incurriria el autor, pues en el capítulo xxv dice D. Quijote que el galeote desagradecido quiso hacer pedazos el yelmo de Mambrino, pero no pudo; y en el capítulo xxxvii se expresa que salió D. Quijote con el yelmo aunque abollado en la cabeza.

72 Pág. 258. Y asi iba tras su amo *cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio*, sacando de un costal &c. En las de 1605: Y asi iba tras su amo *sentado á la mugeriega sobre su jumento*, sacando de un costal. Enmendó Cervantes en la edicion de 1608 el olvido que tuvo en las primeras, pues habiendo dicho que Pasamonte la noche antes habia robado el rucio á Sancho, á pocas líneas dice que iba sentado sobre su jumento.

73 Pág. 258. Pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease á tomarlos. Véase la nota 76.

74 Pág. 259. Este soneto se halla repetido por Cervantes en su comedia: *La casa de los zelos*.

75 Pág. 263. Mandó á Sancho que se apease del asno. Véase la nota 76.

76 Pág. 265. Siguiôle Sancho *á pie y cargado*, merced á Ginesillo de Pasamonte. En las de 1605: Siguióle Sancho *con su acostumbrado jumento*. Aqui vuelve á corregir Cervantes en la edicion de 608 el olvido de la pérdida del rucio de Sancho; pero todavía se descuidó en enmendarle en dos parages antes de este, como se advierte en los números 73 y 75, y en otro posterior, que se señala con el número 79.

77 Pág. 276. No era Luscinda para tomarse ni darse á hurto. En las de 1605: No era Luscinda *muger* para tomarse ni darse á hurto.

78 Pág. 281. Y comencé á temer, y *con razon* á re-

celarme dél. En las de 1605: Comencé á temer y á recelarme dél.

79 Pág. 286. El cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Véase la nota 76.

80 Pág. 289. Y entiende con todos cinco sentidos. En las dos ediciones primeras: Y entiende con todos *sus* cinco sentidos.

81 Pág. 291. Y asi lo ha de hacer y hace el que *quisiere* alcanzar nombre. En las dos primeras: Y asi lo ha de hacer y hace el que *quiere* alcanzar nombre.

82 Pág. 299. Se me revuelve el alma, cuanto *y mas* el estómago. En las dos primeras: Se me revuelve el alma, *no que* el estómago.

83 Pág. 306. Dígamela, que me holgaré mucho de oilla. En las dos primeras: Dígamela *vuestra merced*, que me holgaré mucho de oilla.

84 Pág. 307. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á *veinte y siete* de Agosto deste presente año. En las de 1605: Fecha en las entrañas de Sierra Morena á *veinte y dos* de Agosto de este presente año.

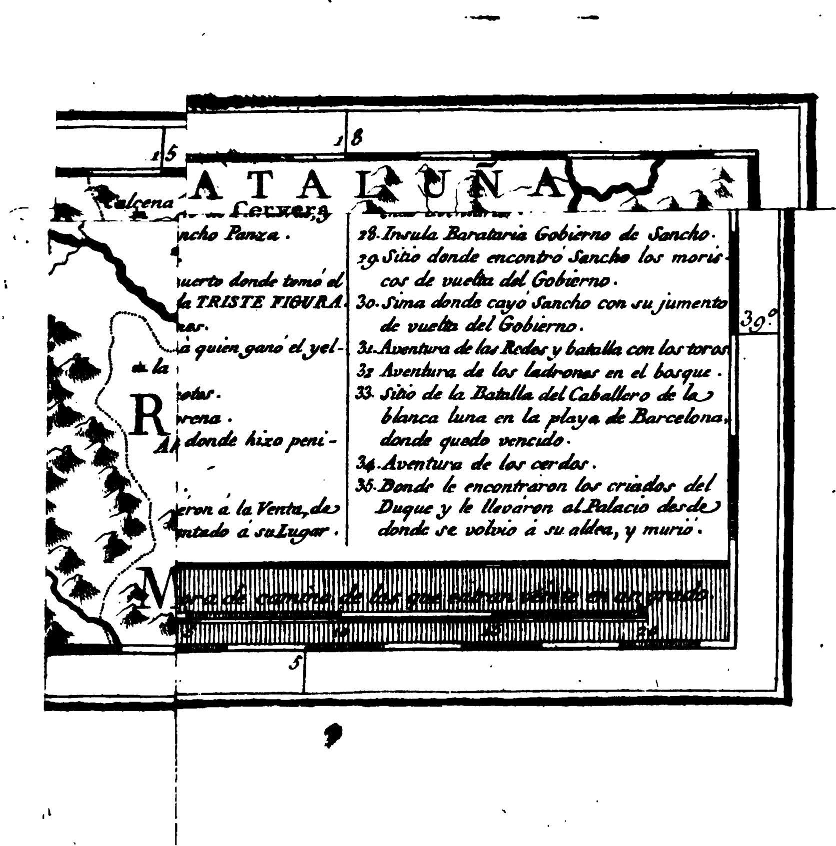
85 Pág. 310. *Teseo*. En las tres primeras ediciones se lee *Perseo*, que es error muy conocido.

86 Pág. 312. Por las señales que halló en la *fuente*. En las tres primeras ediciones se dice: Por las señales que halló en la *fortuna;* pero debe decir en la *fuente*, segun habia expresado en el capítulo xxv anterior pág. 292, lín. 10.

87 Pág. 312. Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, *de que* se retiró á la Peña Pobre. Asi en las tres primeras ediciones. La Academia ha suprimido las voces *de que* segundas por hallarse repetidas.

88 Pág. 314. Y en tocándole *al* cogote. En las dos primeras: Y en tocándole *el* cogote.

89 Pág. 338. La ha cumplido *mucho* mas en su gusto que en vuestro provecho. En las dos primeras: La ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho.


ATALUÑA
Cervera
ncho Panza.
uerto donde tomó el
la TRISTE FIGURA.
quien ganó el yel-
R
rena.
donde hizo peni-
eron á la Venta, de
ntado á su Lugar.
28. Insula Barataria Gobierno de Sancho.
29. Sitio donde encontró Sancho los moriscos de vuelta del Gobierno.
30. Sima donde cayó Sancho con su jumento de vuelta del Gobierno.
31. Aventura de las Redes y batalla con los toros
32 Aventura de los ladrones en el bosque.
33. Sitio de la Batalla del Caballero de la blanca luna en la playa de Barcelona, donde quedó vencido.
34. Aventura de los cerdos.
35. Donde le encontraron los criados del Duque y le llevaron al Palacio desde donde se volvio á su aldea, y murió.
39°
15
18
5

90 Pág. 339. Que podrá estorbar *mis* determinadas fuerzas. En las dos primeras: Que podrá estorbar *mas* determinadas fuerzas.

91 Pág. 348. Y *en mí es* causa de mayores sentimientos. En las tres ediciones se lee: Y *es mas* causa de mayores sentimientos; lo que sin duda es errata.

92 Pág. 349. Lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion. En el capítulo siguiente, que es el XXVIII, comienza la cuarta *y última* parte de las cuatro en que Cervantes dividió el primer tomo.

